

Lavalle:
Tierra de presencias inquietantes
Historia y leyendas de los arenales

Itinerarios Culturales Rutas Artístico Patrimoniales

Lavalle:
Tierra de presencias inquietantes
Historia y leyendas de los arenales

Marta Elena Castellino
Silvia Marcela Hurtado
y colaboradores



Mendoza, Argentina
2010

AUSPICIO



Itinerarios Culturales Rutas Artístico Patrimoniales

Lavalle: Tierra de presencias inquietantes

Historia y leyendas de los arenales

Autoras: **Marta Elena Castellino y Silvia Marcela Hurtado**

Colaboradores: **Pablo Darío Colombi**

Julia Fernández

Marcela Beatriz González

Silvia Nasiff

Directora de la colección y del volumen: **Marta Elena Castellino**

Editor: **SECRETARÍA DE RELACIONES INSTITUCIONALES Y
TERRITORIALIZACIÓN, UNCuyo**

Diseño de tapa: **Concepción Passera**

Diseño Interior: **Inca Editorial**

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los autores, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Castellino, Marta Elena

Lavalle, tierra de presencias inquietantes : historia y leyendas de los arenales / Marta Elena Castellino y Silvia Marcela Hurtado ; con colaboración de Pablo Darío Colombi ... [et.al.] ; dirigido por Marta Elena Castellino. - 1a ed. - Mendoza : Universidad Nacional de Cuyo, 2010.

216 p. ; 21x16 cm. - (Itinerarios culturales. Rutas artístico patrimoniales / Marta Elena Castellino)

ISBN 978-987-575-098-2

1. Historia Regional. I. Hurtado, Silvia Marcela II. Colombi, Pablo Darío, colab. III. Castellino, Marta Elena, dir. IV. Título
CDD 982.64



Fecha de catalogación: 21/12/2010

Copyright © 2010, Secretaría de Relaciones Institucionales y
Territorialización, UNCuyo

Teléfono: 0261 4251191

E-mail: martael@logos.uncu.edu.ar

1ª edición: 500 ejemplares

ISBN: 978-987-575-098-2

Impreso en Argentina

Printed in Argentina

El presente volumen es el resultado de las investigaciones realizadas en el marco del Programa Institucional Anual "Itinerarios culturales. Rutas artístico-patrimoniales de la Provincia de Mendoza", aprobado por Res. N° 228/09 - UNCuyo, y ha sido editado con fondos de la Secretaría de Relaciones Institucionales y Territorialización - UNCuyo, otorgados por Res. N° 1373/09.

A Jorge, con quien compartimos la fascinación por Huanacache

Para Adelina, "Poeta del desierto"

A don Juan Draghi Lucero, *amauta*, tejedor y desentrañador de misterios

ÍNDICE

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES	11
PRÓLOGO	13
PÓRTICO	19
PRESENTACIÓN	31
ASPECTO FÍSICO: EL DESIERTO MENDOCINO COMO PAISAJE NATURAL	37
ACTIVIDADES ECONÓMICAS	57
EI “DESIERTO VERDE”	74
Los Altos Limpios	74
Las Lagunas de Huanacache	78
POBLAMIENTO	87
HISTORIA Y LEYENDAS DE LOS ARENALES	119
Refugio de bandidos	126
Decadencia de la zona	133
Ánimas en pena y canonizaciones populares	147
Los Altos Limpios y su encanto	155
Personajes del Desierto	165
NUESTRA EXCURSIÓN	170
PRIMER RECORRIDO	171
La Asunción	174
El o los cementerios de La Asunción	180
El Cavadito	183

Los Altos Limpios	186
Los Bosques Telteca	188
Puesto Santa Lucía	191
San José de las Lagunas	192
El Balde de la Vaca	196
SEGUNDO RECORRIDO: LAS LAGUNAS DEL ROSARIO DE HUANACACHE	197
La Capilla del Rosario	200

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

“Canastera terminando su obra” – Fidel Roig Matóns	18
Puesto. Departamento de Lavalle	21
Gregorio Manzur	26
“Esta mujer...” (poema de Bettina Ballarini)	27
Ubicación del Departamento de Lavalle en el mapa provincial	31
Alfredo Bufano	33
Distritos del Departamento de Lavalle	34
Juan Galo de Lavalle	35
<i>Las mil y una noches argentinas</i> de Juan Draghi Lucero - Grabado de Víctor Delhez	39
Jagüel en el interior de los Bosques Telteca	42
Juan Draghi Lucero	45
Algarrobos	47
Algarrobos con nido de catas	55
Lagunas del Rosario	56
Artesanías del “Desierto”: cestería	59
Artesanías del “Desierto”: alfarería	59
Artesanías del “Desierto”: aperos	59
Artesanías del “Desierto”: hilado	59
Vivienda - Lagunas del Rosario	62
Fogón	64
Puesto - Lagunas del Rosario	65
Capilla de La Asunción	66
El Cavadito	68
Festividad de la Virgen del Rosario en las Lagunas	71
La vida en el desierto lavallino	73
Los Altos Limpios	76
Los Altos Limpios	74
“Bogador. Al fondo la cordillera nevada”- Fidel Roig Matóns	79
Capilla de Nuestra Señora del Rosario de las Lagunas	81
Puesto - Lagunas del Rosario	85
Fiesta de la Virgen del Rosario en las Lagunas	85
Artesanías huarpes	86
“Lagunerita” - Fidel Roig Matóns	91
“Joven trenzador” - Fidel Roig Matóns	91
“Hilandería con huso” - Fidel Roig Matóns	91
Artesanías huarpes en el Mercado Artesanal Mendocino	92
“Autorretrato” - Fidel Roig Matóns	92
La Fundación de Mendoza - Rafael Cubillos	98
Corral de cabras	113
“Agua pura” - Esculturas de Rodolfo Carmona	118
“Armando la balsa” - Fidel Roig Matóns	118

Imagen de Nuestra Señora del Rosario	123
Rolando Concatti	130
<i>El tiempo diablo del Santo Guayama</i> - Rolando Concatti	130
Retrato de Carmen Jofré - Fidel Roig Matóns	132
<i>Las mil y una noches argentinas</i> de Juan Draghi Lucero - Grabado de Víctor Delhez	142
Cabras sobre horno de barro	146
“San Roque” Guayama	154
Los Altos Limpios	155
Los Altos Limpios	159
“Capilla solitaria” - Fidel Roig Matóns	164
Laguneros	167
Trabajando en el telar	167
Itinerario Religioso	170
Itinerario Cultural	171
Canoa huarpe	173
Capilla vieja, en La Asunción	175
Interior de la Capilla vieja en La Asunción	178
Imagen de la Virgen del Tránsito - Capilla de La Asunción	178
La Asunción	180
Cementerio de La Asunción	181
Capilla de San Judas Tadeo - El Cavadito	183
Interior de la Capilla de San Judas Tadeo	184
Capilla de San Judas Tadeo - El Cavadito	185
Los Altos Limpios	186
Atardecer en Los Altos Limpios	187
Museo de la Reserva Telteca	188
Museo de la Reserva Telteca	188
Reserva Telteca	190
Reserva Telteca	190
“Juan de Dios Nievas, de El Balde de la Vaca” - Fidel Roig Matóns	196
Cementerio de Las Lagunas del Rosario	199
Capilla del Rosario - Frente	201
Capilla del Rosario - Vista lateral	202
Capilla del Rosario	202
Parte posterior de la Capilla del Rosario	203
Capilla del Rosario - Vista lateral	203
Muro de la Capilla que mira al cementerio, con el “Reprofundo”	204
“Reprofundo”	204
Cementerio de Las Lagunas del Rosario	205
Virgen del Rosario	206
Procesión en la festividad de la Virgen del Rosario de Las Lagunas	208
Imagen de “La Patrona”	210
Imagen de la Virgen del Rosario	211

PRÓLOGO

*Caminante, ésta es mi tierra:
nada más que incendio verde.
Aunque te quieras morir
acá no pasa la muerte.*

Américo Calí

Mendoza es conocida por ser la tierra “del sol y del buen vino”. Pero también es tierra de artistas, músicos, pintores, dramaturgos, novelistas, cuentistas y de tantas otras expresiones culturales. Artistas cuyas obras conforman un riquísimo patrimonio cul-tural que enorgullece a los mendocinos y se ofrece a todos los visitantes que deseen conocer y gustar nuestra provincia. Porque a través de la obra artística se puede captar de manera privilegiada la esencia de un pueblo, entidad troquelada en la peculiar conjunción de un entorno geográfico y particulares circunstancias socio-históricas, igualmente diversa en el correr del tiempo, pero siempre fiel a sus rasgos esenciales. Entonces, acercarnos a la obra de algunos de nuestros artistas a través de un recorrido por los sitios que conocieron, amaron y cantaron en su obra, constituye una incitante aventura de descubrimiento.

Decía el escritor Manuel Mujica Lainez, en *Placeres y fatigas de los viajes*, a propósito de la relación entre arte, patrimonio y turismo, entre vida real y ficción: “*Más que en ningún otro lugar de los muchos que he recorrido en el mundo, he valorado aquí en Verona el poderío fascinante de los hijos de la imaginación [...]. Las casas de Romeo y Julieta y el sepulcro de esta última atraen a los espíritus curiosos o románticos [...]. Y he pensado una vez más en el prodigio feliz del arte, elaborador de realidades más hondas que la realidad evidente*”. Y el mismo escritor agregaba, a propósito de la casa de un escritor famoso: “*La Villa conserva intacta su fascinación. No es porque sea excepcionalmente bella ni de un gusto admirable [...] sino –he aquí la paradoja– por su conexión con un libro. Libro y casa conjuntamente han llegado a crear un mito [...]. Aquí se ha producido un fenómeno al que señalé en Famagusta, donde la personalidad de Otelo,*

una creación shakespeariana, ha dado origen a una torre donde se supone que vivió el gran celoso que en realidad no existió nunca. Aquí ha sucedido al revés: el libro atrajo la curiosidad hacia la casa [...]. En realidad, si bien se mira, lo único importante es que prevalezcán los hijos de la imaginación” (En: Placeres y fatigas de los viajes).

Este Proyecto cuyos resultados hoy ponemos a consideración, y que fue realizado gracias a un subsidio otorgado por el Fondo de Integración de la Secretaría de Relaciones Institucionales de la UNCuyo, consiste en el diseño de una serie de recorridos artístico - patrimoniales por distintos sectores de la provincia. Estas rutas combinan el conocimiento de diversos aspectos de la realidad cultural y natural de Mendoza, buscando el nexo profundo que une en un todo armónico naturaleza y obra del hombre, entendiendo por tal tanto la que ha obrado sobre la faz material del territorio, como la que ha dejado una impronta espiritual. De esta manera se pretende revalorizar y difundir la obra de nuestros hacedores culturales en su propio contexto de producción, en el entorno en que se gestó y como resultado último de una peculiar ecuación que da identidad y

sentido a nuestro ser comunitario.

La propuesta se singulariza por utilizar como criterio de selección para la trazado de los itinerarios la mediación artística, vale decir, el valor agregado que representa la relación del sitio considerado patrimonio con los “relatos subjetivos” que los hacedores culturales han hecho de ellos.

Itinerarios culturales. Rutas artístico - patrimoniales de Mendoza es un proyecto de cooperación interinstitucional y de extensión y transferencia al medio desde la Institución universitaria como productora de conocimiento crítico, y la Dirección de Patrimonio cultural, como unidad ejecutora de gestión cultural. Así, este proyecto nace de la conjunción de esfuerzos entre la Universidad Nacional de Cuyo, en particular la Facultad de Filosofía y Letras y de Arte y Diseño, por una parte, y por otra, la Secretaría de Cultura del Gobierno de Mendoza, a través de la Dirección de Patrimonio Cultural.

En el marco de la línea de investigación que en forma sostenida viene llevando a cabo el *Centro de Estudios de Literatura de Mendoza (CELIM)*, de la Facultad de Filosofía y Letras sobre “Literatura y cultura de Mendoza” se advirtió la necesidad de emplear dichos conocimientos en el diseño de algunos recorridos turísticos y cultu-

rales que aúnen las bellezas naturales de Mendoza con el recuerdo de su riquísimo patrimonio intangible representado por los escritores, músicos, artistas plásticos, etc., que le confirieron prestigio a nivel nacional e internacional, y cuya presencia está indisolublemente unida a los sitios en que vivieron y que aparecen textualizados o evocados en sus obras, alcanzando así una vida imperecedera: la del arte.

Por su parte, la *Dirección de Patrimonio Cultural*, en cumplimiento de su finalidad específica de velar por la conservación, incremento y difusión de los bienes de interés histórico y artístico y también el ámbito natural, todo lo cual configura nuestro *patrimonio cultural*, aporta el sustento teórico y la experiencia en el área para la elaboración y puesta en práctica del proyecto, como un modo de dar continuidad y armonía al desarrollo social y espiritual de la provincia, reafirmando su identidad cultural.

Es así que proponemos una acción encarada en forma conjunta, en la que se lleva a cabo la articulación entre la Universidad como productora de conocimiento, a través de una de sus finalidades específicas como es la investigación, y los organismos estatales encargados del diseño y aplicación de políticas

culturales integradas.

En una primera etapa hemos propuesto los siguientes recorridos, cada uno de los cuales se desarrolla en un volumen:

Guaymallén: tierra de poetas. El pasado indígena y el papel fundacional de los inmigrantes.

Lavalle: tierra de presencias inquietantes. Historia y leyendas de los arenales.

San Rafael: el oasis frutal y soñado; entre la égloga y el mito del paraíso perdido.

Malargüe: la magia de la voz y la memoria en medio de bellezas naturales que vencen los tiempos.

Posteriormente podrán agregarse, en sucesivas etapas, otros recorridos, hasta cubrir la totalidad del territorio provincial.

Por un motivo entrañable, hemos iniciado la publicación con el volumen dedicado a Lavalle, luego de cumplir con todas las “peregrinaciones rituales”, propiciatorias de la escritura; luego de recorrer Huanacache, el antiguo paraíso huarpano, en el corazón del desierto lavallino.

Geografía de tierra reseca (verdadero *Cuyum* de la sed y las arenas); de fauna huidiza, casi únicamente visible a través de esas catas bullangueras cuyos ni-

dos decoran en profusión los árboles lugareños; de flora pobre y achaparrada, que florece sin embargo en amarillos y espinas, con el chañar, con el retortuño...

Un sistema hidrográfico modificado tanto por la mano del hombre (desvió del curso del río hacia tierras labrantías), como por causas telúricas (movimientos que afectaron la topografía de la zona). Una economía pastoril, arcaica, que nos retrotrae cientos de años en alucinado retorno a los orígenes, a la mítica *Pachamama –Señora de los multiplicos–* diosa indígena de la fecundidad: Madre Tierra...

Hemos conocido las Lagunas del Rosario y su Capilla, *Catedral del desierto*, en sus días bulliciosos, cuando la celebración de Nuestra Señora congrega una multitud de fervorosos y de curiosos... días mágicos, propicios a todos los rituales... los de la fe pero también los del amor y el vino... Días en los que se asiste a una suspensión del tiempo ordinario para ingresar (oh Pachamama rediviva) en un círculo sagrado donde se exalta por sobre todo la fecundidad de la tierra, junto a la celebración de la Madre de Dios.

Noches del *Bordo Negro*, donde afloran antiguas supervivencias paganas, agazapadas entre la bebida y los bailes... Noches estrelladas del desierto, profunda-

mente oscuras en su abismante sugestión de misterio, poco antes iluminadas por los fuegos artificiales y las *Vivas* a la Virgen del Rosario.

Sí, hemos ido a las Lagunas en los breves días de su alegría anual, allá por octubre, fiesta de la Santa Patrona...; pero hemos viajado también cuando la soledad y el frío hacían todavía más hondos el desamparo y el silencio: paredes de adobe marcadas por los surcos del tiempo, que aún no habían recibido su bautismo de cal, para disponerse –ellas también– a la fiesta... Puertas cerradas, campanas silenciosas... Vísperas de todo: de la fe, de la alegría, de la vida misma... Sólo un sitio paradójicamente alegre: el cementerio vecino a la Capilla (justo enfrente del *Reprofundo donde lloran las velas* los lunes, días de ánimas), con sus humildes coronas de flores de papel, brillantes y coloridos testimonios de piedad en ese humilde camposanto lagunero.

Hemos viajado también a La Asunción, hemos hablado con los lugareños y hemos sabido de la profunda sabiduría ancestral que dispone que aquellos que han nacido y muerto en la tierra reposen en un lugar diferente de los que no son nativos de la zona; hemos aprendido también que las almas, en las profundas noches del de-

sierto, requieren de nosotros el regalo de botellas de agua, ofrendas votivas que sellan la continuidad de nuestros mundos, que desdibujan la frontera de lo sobrenatural.

Hemos escuchado el viento en *Los Altos Limpios* (¿será acaso el legendario *Hachador*, el espíritu solo de una tierra en sufrimiento?). Y ante la estricta desnudez de arena, hemos comprendido que existe también la belleza del vacío, de lo inexistente... el encanto casi abstracto de un paisaje que, sin ofrecer nada a los ojos, eleva insensiblemente el alma a la meditación del misterio...

Sí, hemos cumplido con todas las peregrinaciones rituales. Re-

cién ahora podemos pretender asomarnos al misterio de la tierra.

Esta propuesta que hoy sometemos a la consideración general se inscribe dentro de la política de territorialización que viene encarrando en forma prioritaria la Universidad Nacional de Cuyo, a través de la Secretaría de Relaciones Institucionales y Territorialización, y aspiramos a que contribuya a fortalecer los vínculos existentes entre las distintas zonas o departamentos de la provincia, a través del mutuo conocimiento y aprecio de sus bienes culturales respectivos.

Marta Elena Castellino



“Canastera terminando su obra” – Fidel Roig Matóns

Lavalle: Tierra de presencias inquietantes. Historia y leyendas de los arenales

PÓRTICO

Media entre las provincias de Mendoza y San Juan un desierto que por su falta completa de agua recibe el nombre de travesía.

Domingo Faustino Sarmiento

“**E**sta es mi tierra, caminante: / nada más que incendio verde”. Tales los versos iniciales de la copla con que Américo Calí, el sensible “capitán de ruiseñores” mendocino, saluda emocionado a su comarca “cruzada por banderas de esplendores”. El dístico parece -y de hecho lo hace- alabar la faz agrícola, el oasis mendocino: esa pródiga paleta de verdes que la primavera y el verano despliegan en viñas y huertas y a la orilla de los canales y acequias regadoras. Todo un idílico cuadro de paz y progreso, emblema de eso que se ha dado en llamar “la civilización del riego” y que, durante mucho tiempo, fue “postal” obligada de nuestra provincia.

Pero Mendoza es una realidad bifronte: junto al verdor del oasis, las “tierras de la sed”, enormes desiertos salitrosos que configuran, en proporción mucho mayor, la fisonomía comarcana en una complementariedad que no desdice sino que confirma la unidad regional. Al respecto, señala Luis

Triviño: “Para ofrecer una idea sintética de la aridez predominante, es dable señalar la extensión relativa de los oasis mendocinos: la superficie total bajo riego, base no sólo de la economía provincial sino también [...] de las concentraciones demográficas, sólo ocupa algo menos del cinco por ciento de la superficie total de la provincia; el noventa y cinco por ciento restante está prácticamente despoblado” (*Antropología del desierto*. Buenos Aires, Fundación para la Educación, la Ciencia y la Cultura, 1977, pp. 102-103). Y en la misma formulación de Calí, algo de esta idea despunta a través del sustantivo-metáfora que -convocado para connotar lo lujurioso de la vegetación contemplada- evoca en la significación real del término un campo semántico muy diverso, pero aplicable por igual (maravillosa intuición del poeta) a la realidad descripta

En efecto: “incendio” remite, en un primer despliegue de su carga significativa habitual, a la idea de

calor y sequedad y, por una no difícil traslación de sentido, sugiere aridez y ardimiento; términos ambos contenidos en la definición primigenia de estas tierras del *Cuyum* o “País de las arenas”. Si bien la etimología y consiguiente significación del topónimo indígena ha sido discutida, optamos por la versión que Juan Draghi Lucero propone: “*Cuyum*, significa en el materno idioma patrio: tierra arenosa, o en otras palabras más representativas: tierra sedienta”

(*Cancionero popular cuyano*. Anales del Primer Congreso de Historia de Cuyo, vol. VII. Mendoza, Junta de Estudios Históricos de Mendoza. Mendoza, Best, 1938, p. CXVII), y que habla del ardimiento de la tierra salitrosa, desprovista de vegetación, quemada por soles y Zondas, pero también por ese ardor de las pasiones que -según el mismo Draghi- constituye el clima emocional de esta tierra: tierra y hombre unidos en una misma configuración...

Juan Isidro Maza propone dos orígenes diversos de la palabra *Cuyo*: si es de origen huarpe, significaría “tierra o territorio de las arenas o pedregullo”; si fuera de origen incaico, tendría el sentido de “súbditos del Imperio del Cuzco”, “razón por la cual -aduce- la calle que llevaba el nombre de Cuyo (hoy Garibaldi) se llamaba también calle Cuzco”.

Toponimia, tradiciones y leyendas mendocinas.
Buenos Aires, Fundación Banco de Boston, 1990, p. 20.

Alberto Rodríguez y Elena Moreno de Macía, por su parte, optan por la segunda posibilidad, si bien consignan que “Hay quienes sostienen que esta denominación proviene de dos palabras araucanas: *Cuyum puuli*, que quiere decir tierra arenisca”.

Manual del folklore cuyano.
Mendoza, Ediciones Culturales de Mendoza, 1991, p. 16.

Dentro de la discontinuidad geográfica de nuestro territorio provincial, vastas extensiones corresponden a lo que se podría denominar “el desierto”. En la plurali-

dad significativa de la palabra (que puede denotar tanto el vacío como la aridez) se esconden también múltiples “miradas”, posibilidades de visión en las que lo geo-

gráfico se une con lo histórico: cronistas, viajeros argentinos y extranjeros de los siglos XVIII, XIX y XX, artistas plásticos, narradores, poetas... La textualización del referente geográfico obedece en

cada caso a intenciones diversas, que van desde el simple relevamiento del dato topográfico curioso, hasta una estilización artística dentro de un mundo claramente personal.

Uno de los primeros cronistas que escribieron sobre la región de Cuyo, Juan López de Velazco, con el estilo conciso del cosmógrafo, anota los datos esenciales del paisaje: la aridez que sólo se vence con el riego artificial; la flora y la fauna aborígena; los incipientes frutos de la agricultura, junto con la docilidad de los primitivos pobladores; la existencia de un conjunto de lagunas (suponemos, las de Huanacache) que desde el comienzo se erigen como un espacio con rasgos distintivos:

“[...] no se da en ella comida ninguna, salvo en algunos pequeños valles y quebradas que tienen los españoles, en que se da algún trigo, maíz y cebada y viñas, todo de regadío; los naturales se sustentan de algarrobos y carne de oveja silvestre que cazan y de pescado que hay en muchas lagunas de esta comarca, en la cual hay muchos avestruces y liebres tan grandes como podencos, y la gente es morena y no muy belicosa”.

Juan López de Velazco.
Geografía y Descripción Universal de las Indias (1590)



Puesto. Departamento de Llavalle

El desierto aparece así como un constituyente insoslayable del relevamiento imaginario que el mendocino hace de su tierra, y en la variedad de aspectos que engloba (geográfico, antropológico, cultural, mítico-legendario...) se encuentra un interesante campo de estudio. Encararlo supone tanto hacer referencia al modo en que el arte se “apropia” y transforma los datos de la realidad, como detenernos en los sitios mismos que convocan esa alquimia artística, en un itinerario turístico-cultural que nos deparará múltiples emociones.

Así, acercarnos a Lavalle es remontar los siglos cauce adentro, hasta el corazón de la memoria: memoria de su pasado huarpe, que tuvo en torno de las Lagunas de Huanacache su asiento privilegiado, y también memoria del poblamiento hispánico y católico, de los misioneros que levantaron esas “Catedrales del Desierto”

(Capilla de La Asunción, Nuestra Señora del Rosario, San Judas Tadeo...) que aún perduran en medio del silencio ancestral.

Entre lo hispano-criollo y lo indígena, la voz del desierto se hace oír aún en las leyendas, en los relatos y poemas que todavía hoy la tradición oral atesora. Y late también en la obra de aquellos autores que han hecho de esta zona el norte privilegiado de sus anhelos literarios, como es el caso de Draghi Lucero. Y también de otros, como Antonio Di Benedetto, Roldando Concatti, Gregorio Manzur... que se ocupan de estas tierras en algunas de sus obras. Del mismo modo, ha sido fuente de inspiración para artistas plásticos de la talla de Fidel Roig Matóns o del fotógrafo Máximo Arias, por sólo citar dos nombres emblemáticos.

El turismo rural en Lavalle invita asimismo a degustar comidas típicas y admirar bellos paisajes propios del desierto.

“Con alma de otoño”

Emprendimientos de turismo rural, buenas excusas para escapar del cemento y respirar aire puro, al menos por un día:

“[...] Partiendo del centro de Mendoza son pocos los kilómetros y una vez in situ, varias las alternativas. Desde el área de Turismo del municipio sugieren elegir algunos de los emprendimientos, hacer las reservas pertinentes y disponerse a pasar un día de campo.

Chivo con apellido

El Puesto Días tiene un lugar en el mapa gastronómico local y ahora además integra la red de turismo rural de Lavalle. Nada más sencillo, ni tampoco más auténticamente lavallino y rico: empanadas, chivo asado, pan caseero y postres artesanales (zapallo en almíbar, mermelada de damasco o membrillos en panes). [...] Después de comer, algunos se deciden por las cabalgatas, otros esperan el mate y las tortas fritas. General Acha s/n. Colonia Italia. Lavalle [...]

Animales de granja

Las 3 F es una granja educativa y turística que ofrece visitas guiadas para ver animales [...] La sensación inigualable de estar en un entorno rural también se hace patente en las cabalgatas y paseos en sulky. Para aportarle color local a la salida, una agrupación gaucha realiza exhibiciones de destrezas criollas. Sortijas, domas, jineteadas y pilladas de choique [...] La propuesta gastronómica llega con una degustación de chivo al horno, lechón a la llama o carne a la olla, entre otras comidas típicas [...] San Martín s/n, Jocolí.

Caprinos

Mostrar el proceso productivo de los quesos es el objeto de las visitas al Establecimiento Caprino La Griselda [...] El paseo guiado saca a la luz el proceso agrícola industrial y comienza con la exhibición de material audiovisual [...] se ve la ordeñadora industrial que trabaja con 32 animales de manera simultánea y la fabricación de quesos. El corolarío [...] es la degustación de las 12 variedades que preparan, entre duros y untables. Ruta Provincial 34 s/n, km 12 y 1/2, Lavalle.

De ultralivianos y otras hierbas

[...] El sitio es una típica casona de inmigrantes, enmarcada en una enorme finca que invita vivenciar la historia del lugar coloreada por el hobby del propietario [Juan Lanzilotta]: ultralivianos. Los antiguos hangares pueden ser visitados de la mano de los relatos de los pilotos y de don Juan y sus hijos, pilotos todos que sueñan algún día brindar vuelos turísticos desde su propiedad [...] En la finca por el momento ofrecen desayunos y meriendas de campo, con panes caseros y dulces realizados en el lugar [...] Ruta Provincial s/n Jocolí.

Asunción, presente

Algunas familias de Asunción también se aunaron en la red de turismo ru-

ral; artesanía y comidas típicas son la llave que tienta a los viajeros a sumergirse en costumbres arraigadas en el desierto [...] En el encantador poblado de raíces huarpes chivos asados y almuerzos en las casas de los habitantes, visitas guiadas a la capilla y a la Reserva Telteca, talleres de artesanías en lana y cuero, son las actividades propuestas. Además por supuesto hay exposición y venta de los artículos que elaboran en la comunidad [...] todo el que llega a Asunción quiere empaparse de los relatos ancestrales, conocer las casitas de pisos de tierra y vivenciar los trabajos rurales de los nativos [...].

Puesto de los hermanos González, comidas típicas [...] Puesto El Águila, de Marcelino Villegas, comidas criollas, artesanías y hospedaje [...].

Días de campo

Finca La Milagrosa y Casona La Magdalena [...] ofrecen además de hospedaje rural días de descanso al aire libre con comidas criollas, fogones, guitarradas, paseos a caballo o en carro tirado con tractor [...] La Milagrosa [...] Cortadera s/n a metros de Morón, Costa de Araujo [...].

Diario Los Andes, 11 de abril de 2010

Los médanos de Los Altos Limpios y la Reserva de los Bosques Telteca son sitios donde se puede observar la fauna y la flora ricas del monte. También son atractivos para el viajero las “Catedrales del Desierto” lagunero de Huanacache, como la Capilla de Nuestra Señora del Rosario, de San José o de La Asunción, que albergan importantes festividades religiosas.

En el oasis, fincas, bodegas y agroindustrias muestran un vergel rural. Los antiguos trigales fueron sustituidos por extensos viñedos y frutales, y han ganado merecida fama sus melones y sandías. Asimismo, se observan fértiles chacras, y ahora una nueva fuente de producción va ganando prestigio: la miel lavallina.

“- ¿Miel de qué flores?

-La flor del algarrobo. La mejor miel de Mendoza es de ahí. La jarilla, el alpataco, el chañar, el jume, la zampa. Aparte porque tiene contenido cero de plomo. La miel del gran Mendoza es buena, hay mucha floración, pero tiene algún contenido de plomo a causa de la contaminación de los autos. En el De-

sierto la miel es más pura, no tiene ningún tipo de contaminación ambiental. Y tiene buen rendimiento”.

Gregorio Manzur. *Guanacache, las tierras de la sed.*
Mendoza, Fundación Marañón, 2007

Gregorio Manzur

Gregorio Manzur nació en 1936 en la localidad de El Algarrobal, provincia de Mendoza, hijo de padre de origen libanés y de madre criolla. Muy pronto, en la escuela primaria se interesa por el teatro, lo que lo llevó a estudiar en la Escuela de Arte Dramático de la Universidad de Cuyo, nada más y nada menos que con una discípula directa del gran director de teatro ruso Stanislavski, Galina Tolmacheva.

A partir de allí, su trayectoria lo convirtió en un auténtico “ciudadano del mundo”, tal como él mismo relata: “formé parte del elenco estable de esa institución, y luego empecé a montar obras de teatro... Al inaugurarse Canal 7 de TV, fui contratado para montar obras ahí. Y me interesé en la dirección de cámaras. Luego pasé a trabajar en el Canal 9 de Buenos Aires, donde, además, me desempeñé como actor. Todas estas actividades, sumadas a mi trayectoria como realizador, me permitieron ganar un premio del Fondo de las Artes, el cual consistió en un curso de perfeccionamiento en Nueva York. Fui allí e hice el curso en la ABC (*American Broadcasting Company*), y luego fui invitado por la radio y televisión francesa, donde estudié y trabajé un año y medio, en una época en que la TV era muy creativa. Terminado esto participé como director de escena invitado en la Universidad Teatro de las Naciones, en París, donde monté, entre otras, una obra mía. Luego hice la escuela de cine en Francia, y allí participé en grupos de trabajo con directores venidos de distintas partes del mundo y escribí un par de guiones de películas. Poco después, Radio Francia Internacional me contrató como periodista, trabajé allí varios años y luego pasé a *France Culture*, la radio cultural de Radio Francia, en donde hasta hoy hago emisiones sobre América Latina para los franceses”.

Desde entonces reside en Francia. Ha publicado las novelas *Sangre en el ojo* e *Iguazú*, y la colección de cuentos *El solsticio del jaguar*, además de su “libro de viajes”: *Guanacache, las tierras de la sed*. Todas sus obras han sido traducidas al francés.

Fuente: “**Entrevista a Gregorio Manzur por Ariel Búmbalo**”.
Alphalibros - Literatura y arte



Gregorio Manzur

A la vez, en algunas zonas ha vuelto a florecer una industria ancestral: el tejido en telar.

Bettina Ballarini recrea poéticamente esta ocupación milenaria, casi análoga a la creación de un mundo:

Esta mujer

no comerá en la mesa de los dioses
ni lucirá el collar de algún rito.
Bajo su diaria ramada de chañar
decidirá
luces, sombras, tatuajes
para la lana áspera que da el desierto.

Sus dedos van a repetir
la danza sigilosa
de siglos de colores
saltando al sol.

Urdimbre. Vertiente.

El telar crece por los ojos.

Hace lo necesario
su esperanza.

Bettina Ballarini. *Sin fundación mítica.*
Mendoza, Libros de Piedra Infinita, 2003, p.43

“La historia del poema *Esta mujer...*”

por **Bettina Ballarini**
(Colaboración especial para *El Desaguadero*)



...para Maracaná, que no conoce el desierto de Lavalle

“Me gusta la propuesta de escribir la historia de uno de mis poemas. Al menos en mi caso, todo poema ha nacido de una experiencia vital y, más allá de cualquier retruque teórico sobre la distancia estética y el ‘yo’ lírico, no sé escribir lo que no he vivido. Desconozco si eso me hace mejor o peor escribiendo poesía o si, en fin, me hace poeta. Solo algunas experiencias de los sentidos –sobre todas las de los ojos y los oídos- me provocan el desafío que se concreta palabra. Contaré la historia de un poema que no tiene título y que pertenece a ***Sin fundación mítica***, un poemario sobre Mendoza -mi maceta más que mi tierra- publicado en 2003 por **Libros de Piedra Infinita**, emprendimiento editorial mendocino dirigido por Fernando G. Toledo y Hernán Schillagi.

Antes que nada, quiero aclarar que desde niña amé el desierto y que no puedo dar un por qué razonable si a alguien se le ocurriera pedírmelo. Pero sí puedo reconstruir el origen de este amor. Tenía cerca de ocho años y los Reyes Magos me habían traído una de esas cámaras fotográficas que obtenían fotos absolutamente cuadradas. Una amiga de la familia nos llevó entonces a mi camarita y a mí por primera vez a la Fiesta de las Lagunas del Rosario en Lavalle [...].

Por supuesto, documenté minuciosamente con fotos todo el camino y cada imagen que me sorprendía los ojos. Recuerdo que lo que más me impactó del trayecto fue que el colectivo corcoveaba y oscilaba a uno y otro lado por una brecha —que llaman picada— abierta en la arena y que algunas personas aparecían de la nada de entre los médanos de los costados y se subían al vehículo cargados con bolsos y niños en brazos. Yo preguntaba dónde estaban las casas, porque no podía ver ninguna construcción donde vivieran. Solo arena, guadal, arbustos y algunos algarrobos que salpicaban el paisaje y de los que colgaban unos extraños y abigarrados nidos que luego supe que eran de catas. Hasta que me señalaron una casa típica del desierto y casi se me fue un rollo de fotos. Paredes y techo tramados con ramas de arbustos y ‘chicoteados’ con barro hasta formar una estructura compacta y flexible. Y la ramada, un techo de cañas como una galería, que da la necesaria sombra a la entrada de la casa y que es el espacio de reunión. También recuerdo que, desde aquella primera vez, siempre vi muy azul el cielo del desierto.

En el entorno de la que llaman la Catedral del Desierto, la del Rosario, una capilla colonial encalada y con puertas de algarrobo talladas a cuchillo, se celebraba la popular Fiesta a la Virgen del Rosario. Cerca, bajo toldos de carpa, los famosos bodegones, sostenidos por palos irregulares y nudosos, los lugareños y los turistas comían asado de chivo, empanadas y bebían o bailaban folklore, o escuchaban a los tonaderos que florebaban a lo mendocino las cuerdas de sus guitarras o apostaban a una riña de gallos o a un partido de truco. Más allá, el cementerio con cruces de hierro forjado en arabescos y también talladas en algarrobo y adornadas con claveles de papel crepé. Todo el bullicio secular vibraba a la par de los sacros rezos y letanías a la Virgen. Fue mi primer encuentro con el desierto y con sus pobladores, muchos descendientes de huarpes según indicaban sus apellidos. El socavón de lo que había sido la gran laguna del humedal de Guanacache brillaba cubierto no de agua sino de gramilla. Algunas gallinas ‘belichas’ picoteaban por allí mientras perros flacos las espantaban y luego se metían entre la gente.

Una mujer muy anciana, inclinado sobre un telar su rostro cuarteado de arrugas y sus dedos sarmentosos, tejía colores ‘chillones’: fucsia, amarillo maíz y verde. En la trama, iban apareciendo flores. Pregunté que por qué te-

jía flores si allí no había flores. Me dijeron que las sacaba de su alma. Algo que no he comprendido sino mucha vida después. La ansiedad fotográfica ya había agotado hasta mi rollo de reserva; sin embargo, esa imagen me ha seguido todo el tiempo. Lo mismo que la seducción del desierto.

Hace unos pocos años, tuve la oportunidad de realizar un proyecto de alfabetización para puesteros jóvenes y adultos de la Reserva de Telteca. Durante los casi tres años que duró, conocí muchas expertas tejedoras. Una, la del poema, Josefa, bordaba flores sobre su tejido ayudándose como molde con una cáscara de naranja que dividía en cuatro pétalos.

Ni las coloridas flores ni las jugosas naranjas se dan en el secano de Lavalle [...].”

El Desaguadero

24 de febrero de 2010

Nuestro viaje a las Lagunas del Rosario podría iniciarse —hipotéticamente— desde esa vieja estación del Ferrocarril General Belgrano, ubicada en Villanueva, Guaymallén, desde donde parte (o partía) un tren de carga con destino a San Juan. A este ramal,

que luego empalma con el de Pie de Palo (San Juan) hoy abandonado, solían agregarse vagones de pasajeros durante un fin de semana señalado de octubre, cuando en Las Lagunas se celebra la festividad de Nuestra Señora del Rosario, Patrona de Mendoza.

El estado de este ramal de Pie de Palo, como de otros tantos, es una verdadera postal del abandono:

“Los rieles y durmientes que están desvencijados son atravesados por arbustos secos, arrastrados por el viento. En el fondo, una vieja estación donde descansan cinco vagones, casi desmantelados. Se trata de la estación de trenes ‘Pie de Palo’, que está en el corazón del pueblo del mismo nombre, en Cauçete. Allí, en el caserío de mediados del siglo pasado, donde no hay más de 800 habitantes, el fantasma del tren que los hizo resurgir sigue latente, a pesar de que hace 4 meses ya no se escucha su silbato.

Casi nadie en el pueblo se acuerda de cuál fue la fecha exacta en que se fue el último tren. Actualmente, por las vías, sólo transitan algunos rebaños de cabras, bien temprano en la mañana rumbo al Este, y caída la tarde, de

vuelta. Precisamente son ex ferroviarios algunos de los que adoptaron la profesión de criadores de cabras para sobrevivir luego de que el ferrocarril empezó a desaparecer, a mediados de los '90".

"Los fantasmas del tren".

Crónica Ferroviaria; Magazine electrónico de noticias a todo tren, 26 de mayo 2010

Experimentaríamos entonces la emoción –casi inédita en este tiempo de comunicaciones veloces- de viajar más en el tiempo que por el espacio, en un abismante retroceso de edades; viajar –digo- en un trencito para el cual la velocidad no existe; que apenas empieza a marchar se detiene (¿detención programada o forzo-sa?) y permanece casi media hora quieto en una estación, la siguiente al punto de partida, que hubiéramos podido alcanzar cómodamente en unos minutos, caminando.

Luego, entre jadeos, nuevamente la marcha y el ritual repetido de detenciones y demoras en estaciones semiurbanas, hasta que finalmente, al encarar decididamente "la travesía" y el rumbo a nuestro destino, entre cortinas de polvo, nuestro andar parece hacerse más constante. Y entonces, horas y horas de campo yermo, de atmósfera ardiente, de vegetación escasa y achaparrada, de tierra reseca entrando por nuestros ojos y nuestros pulmones, hablándo-

nos inequívocamente de la entraña árida de ese *Cuyum* –"País de las arenas"- hacia cuyo corazón marchamos...

No hace mucho, ésa era la perspectiva para los atrevidos "peregrinos de la Virgen" que desde la ciudad encaraban la aventura de participar en los festejos laguneros. Hoy hay otras opciones para viajar al desierto, a los pueblitos de La Asunción y El Cavadito, a los Bosques Telteca: la ruta 40 y la 142 están en perfecto estado, y en cuanto a los caminos interiores y otras sendas complementarias, a despecho de algunas zonas de guadales, están consolidados y son de tránsito seguro. De todos modos, siempre es oportuno consultar antes encarar la travesía, sobre todo si nuestro destino es la Capilla del Rosario.

Junto con la electricidad y el agua corriente, un anticipo de progreso ha llegado a ese antiguo "hábitat huarpano" de que habla Juan Draghi Lucero. Pero el desierto sigue incólume en toda su capacidad de sugerencia.

PRESENTACIÓN

Enclavado en el noreste de la provincia de Mendoza, Lavalle se encuentra a sólo 34 kilómetros de la capital provincial y cuenta con unos 33 mil habitantes repartidos en sus 10.244 kilómetros cuadrados de extensión.

Es uno de los departamentos más antiguos, no sólo de la provincia, sino de todo Cuyo. En 1837 el actual territorio de Lavalle figuraba como Departamento de cam-

paña del Rosario y luego, con fecha 2 de agosto de 1855, el Gobernador de la Provincia de Mendoza, General Pedro Pascual Segura, expidió el decreto respectivo, por el cual se creaba la subdelegación de Las Lagunas, bajo el nombre de El Rosario, separando dicho territorio del Departamento de La Paz, que a la vez había sido creado con fecha 4 de agosto de 1850.



Departamento de Lavalle

Lavalle es uno de los asentamientos poblacionales más antiguos de Mendoza: en época colonial ya existían en su territorio las poblaciones indígenas denominadas *Indapaico*, *Gozmita* y *Elencón*, donde surgieron después como poblaciones civilizadas, las

llamadas Capilla de Rosario, Asunción y San Miguel.

Con fecha 18 de enero de 1859, el Poder Ejecutivo de la Provincia decretó que el territorio de Las Lagunas llevaría en lo sucesivo el nombre de "Tulumaya".

Acerca del significado de la palabra Tulumaya hay distintas versiones:

“Dice Julio Barrera Oro que el nombre indígena de Tulumaya significa río de los osarios.

Por su parte, esta investigación toponímica manifiesta que la palabra *tulumaya* es una deformación de un nombre compuesto de la lengua quichua: *tule-mayu*, interpretado así: *tule* es cortadera, junquillo o espadaña, planta herbácea que por lo general se reproduce en las riberas de los arroyos cenagosos; *mayu*, en la misma lengua de los quichuas, significa río, mientras que *malla*, *maya*, en lengua pehuenche es color blanco.

La cortadera produce un penacho de color blanco amarillento, espigado y flexible, por lo que se presume que el nombre *tulumaya*, *tule-mayu*, estaría relacionado con la abundancia de cortadera en el lugar del expresado río o arroyo.

En el vocabulario incaico se ha encontrado también la palabra *turunmaya*, cuyo significado es arco del cielo, lo que podría estar relacionado con el horizonte.

Existen otras opiniones que expresan que el nombre *tulumaya* tiene por significado río manso”.

Toponimia, tradiciones y leyendas mendocinas.

Buenos Aires, Fundación Banco de Boston, 1990, pp. 128-129

Este nombre no logró imponerse en las costumbres, continuándose con el de Rosario por ser el de origen; pero por una Ley dicta-

da en 1889, la subdelegación de Las Lagunas del Rosario o de Tulumaya pasaría a denominarse “Departamento de Lavalle”.

El poeta Alfredo Bufano (1895-1950) dedica algunas coplas al arroyo Tulumaya, que toma su nombre de un antiguo cacique huarpe:

¡Tulumaya, Tulumaya,
arroyo de mi querer,
hacia ti mi copla vaya
como un junco a florecer.

Y brindame la fortuna
de dar a todo viajero
en el puco de la luna
el alma de tu coplero.

Alfredo Bufano. Poemas de Cuyo (1925).

Poesías Completas. Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1982, Tomo II, p. 404

Alfredo R. Bufano
(1895 – 1950)



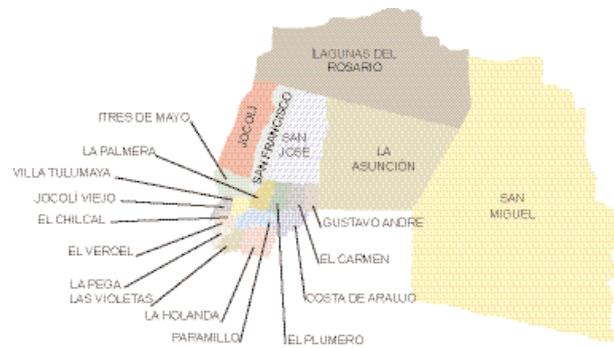
Nació en 1895, en Italia, pero su familia se radicó en Guaymallén cuando contaba unos meses de edad. Debido a un accidente que sufrió a los dos años, su madre prometió que vestiría el hábito franciscano durante diez años. De origen humilde, debió trasladarse a Buenos Aires en busca de mejores horizontes y se desempeñó en muchos oficios desde temprana edad.

En 1917 se casa con Ada Giusti y publica su primer libro de poemas: *El viajero indeciso*. En 1919 publica *Canciones de mi casa*, en 1920, *Misa de Réquiem* y en 1922, *Poemas de provincia*. Luego retorna a la provincia de Mendoza y se radica en San Rafael, donde ejerció la docencia en la Escuela Normal y desarrolló su labor poética en plenitud. A esta segunda etapa pertenecen poemarios tan logrados como *Poemas de Cuyo* (1925); *Tierras de huarpes* (1926); *Poemas de la nieve* (1928); *Romancero* (1932) o *Presencia de Cuyo* (1940).

Dejado cesante de sus cátedras por motivos políticos, se trasladó nuevamente a Buenos Aires. Luego viajó a Europa para organizar en España la Exposición del Libro Argentino. Recorre tierras españolas y el norte de África; de estas vivencias surgen sus dos últimos libros de poemas: *Junto a las verdes rías* (1950) y *Marruecos* (póstumo, 1951). Falleció en 1950 y sus restos reposan en la Villa 25 de Mayo, en San Rafael.

El Departamento de Lavalle tiene una superficie de 10.244 km² como ya dijimos, y abarca los distritos de Villa Tulumaya, Jocolí, Tres de Mayo, Jocolí Viejo, El Chilcal, La Pega, El Vergel, Las Violetas, Paramillo, La Holanda, El Carmen, Ingeniero Gustavo André, Costa de Araujo, San Francisco, La Asunción, Lagunas del Rosario, San Miguel, La Palmera y El Plumero. La mayoría de los distritos están con-

centrados muy próximos a la capital mendocina. Este fenómeno de centripetismo urbano se observa en los departamentos que conforman el gran Mendoza y los que se encuentran cerca, como Lavalle. Esta concentración se produjo en el sector favorecido por el río Mendoza, los arroyos Tulumaya, San Miguel y Jocolí, los cuales han hecho posible la construcción de una red de canales para riego.



Distritos del Departamento de Lavalle

Bien señala el arquitecto Ponte que los huarpes (habitantes originarios de esta región) aprovecharon las fallas geológicas preexistentes para hacer discurrir el agua por ellas. Esta estrategia adaptativa respecto del ambiente les permitió regar grandes predios por el sistema de *manto*, inundando el terreno a partir de una acequia proveedora.

Desde el periodo pre-hispano hasta el siglo XIX, Lavalle era una de las áreas agrícola-ganaderas más importantes de Cuyo, regada por las aguas del río Mendoza que llegaba a las Lagunas de Huancache, ubicadas al norte del departamento. Sin embargo, el desarrollo de otras regiones productivas de la provincia demandó el uso del caudal de río, lo que disminuyó el volumen de agua que alimentaba la zona y afectó su capacidad de producción.

En el año 1880 comenzó a mejorarse la situación de riego del

departamento lo que permitió intensificar el cultivo del trigo. La producción de éste generó la instalación de un molino harinero en la calle que los pobladores llamaron "Puerto", por el aspecto que adquiría al llenarse de carros y gente que vendía y compraba allí una gran diversidad de productos (vinos, miel, madera, frutas, etc.). Esta calle recibe hoy el nombre de Dr. Moreno. El propietario del molino fue Don César Cipriano Ibáñez, personaje por demás influyente en la historia política, económica y social del departamento. Propietario de grandes extensiones de tierra fue el Presidente del Primer Consejo Municipal y luego, Primer Intendente.

La Patrona religiosa del Departamento es Nuestra Señora del Rosario, cuya festividad se celebra el 7 de octubre, aunque los festejos se realizan el primer fin de semana de ese mes. El aniversario de la creación del Departamen-

to es el 2 de agosto, pero la conmemoración se realiza el 20 de octubre, natalicio de su patrono civil, Juan Galo Lavalle.

Juan Galo de Lavalle (1791-1841)



Juan Galo de Lavalle fue uno de los hombres más controvertidos de nuestra historia nacional. Héroe en las campañas de San Martín y Bolívar, respondió a la ideología unitaria, que defendió ciegamente hasta el fin de sus días. El fusilamiento de Manuel Dorrego, ordenado por él, contribuyó al encumbramiento de Juan Manuel de Rosas como gobernador de la provincia de Buenos Aires, contra quien se levantará sin éxito en repetidas oportunidades, siempre en defensa de la causa unitaria.

Juan Galo de La Valle nació el 17 de octubre de 1797 en Buenos Aires. Fue el quinto hijo de Manuel José de La Valle y Cortés y María Mercedes González Bordallo. Su padre, descendiente directo del conquistador de México, era Contador general de las Rentas y el Tabaco del Virreinato del Río de la Plata.

La Revolución de Mayo resultó claramente adversa para con los De La Valle, por su subordinación a las autoridades españolas. Recién en 1812, una vez asumido el Primer Triunvirato, el gobierno nombra a Manuel (amigo cercano de Bernardino Rivadavia, secretario del Triunvirato) administrador de la Aduana de Buenos Aires.

Llegado San Martín al país, y a cargo del Regimiento de Granaderos a Caballo, decidió encaminar la formación de un conjunto de jóvenes voluntarios que se incorporarían como cadetes. Juan Galo de Lavalle (que en esa época suprimió el "de" de su apellido y lo apocopó, posiblemente para evitar la vinculación con los apellidos españoles) pidió su alta como cadete y fue aceptado en agosto de 1812.

Cuando San Martín se hizo cargo del Ejército de los Andes, Lavalle recibió la orden de trasladarse a Cuyo para incorporarse a él. Allí, en uno de los convites organizados por Remedios de Escalada de San Martín, la joven esposa del Libertador, Lavalle conoció a su futura esposa, María de los Dolores Correas.

Durante el cruce de los Andes, Juan Lavalle marchó a la vanguardia, bajo las órdenes del brigadier Miguel Estanislao Soler. Se destacó en el triunfo de Chacabuco, en febrero de 1817, y ya ostenta el grado de general en jefe,

cuando el ejército patriota fue derrotado en Cancha Rayada. Luego de la victoria de Maipú, Lavalle acompañó a San Martín en el avance sobre Perú, en el cual también brilló por sus dotes militares.

Lavalle formó parte del ejército que San Martín envió a Simón Bolívar para continuar con la independencia americana y participó de la campaña al Ecuador. Tuvo una actuación excepcional en los combates de Río Bamba y Pichincha.

Lavalle cumplió su promesa y regresó a Mendoza, donde contrajo matrimonio con María de los Dolores en abril de 1824. Regresó a Buenos Aires junto con su esposa y fue nombrado jefe del Cuarto Regimiento de Infantería, cuyo objetivo era cubrir la frontera sur del río Salado con el fin de avanzar sobre el territorio dominado por los indígenas, un problema que comenzaba a inquietar fuertemente al gobierno.

Juan Lavalle fue luego enviado a integrarse al ejército en la guerra con el Brasil, donde nuevamente se destacó por sus dotes militares.

El 1º de diciembre de 1828, un golpe de estado encabezado por el General Lavalle derrocó a Dorrego. EL general Lavalle decide fusilarlo el 13 de diciembre. En Buenos Aires, las repercusiones de la muerte de Dorrego no se hicieron esperar y el propio grupo que había gestado el golpe de Estado se alejó estratégicamente de Lavalle, quien había sido designado gobernador provisorio, pero aún no había regresado a la capital. Poco a poco, la situación de Lavalle se hizo insostenible y debió exiliarse en la Banda Oriental.

En 1839, con el apoyo de los exiliados del régimen rosista, pasó a Entre Ríos y comenzó a avanzar con el objetivo final de derrocar a Rosas. Pero en septiembre de 1840, Rosas logró reunir 17.000 hombres para hacerle frente, por lo cual Lavalle, al mando de apenas 1.100, se retiró a Santa Fe. La tropa de Lavalle fue constantemente perseguida y su líder fracasó en todos los intentos de reorganizar su maltrecho ejército.

Llegó a Tucumán en 1841, desde donde intentó una vez más avanzar sobre la capital, pero fue derrotado en Famaillá por las fuerzas de Oribe, el caudillo uruguayo apoyado por Juan Manuel de Rosas. La derrota marcó el fin de la llamada "coalición del norte". Cuando el contingente llegó a Jujuy, el 7 de octubre por la noche, se encontró con que las autoridades habían fugado hacia la quebrada de Humahuaca, dejando acéfalo el gobierno.

El 9 de octubre de 1841, una partida federal dio con la casa donde se encontraba Lavalle y disparó a la puerta. Una de las balas atravesó la cerradura e hirió de muerte a Lavalle. Su cadáver fue conducido hacia la catedral de Potosí, donde fueron depositados sus restos.

Fuente: **Felipe Pigna**.
www.elhistoriador.com.ar

ASPECTO FÍSICO: EL DESIERTO MENDOCINO COMO PAISAJE NATURAL

*Mendoza la llaman los paisanos
corazón del país
de las arenas...*

Jorge Sosa. "Era una niña apenas".

Esta jurisdicción político-administrativa de la provincia de Mendoza, que ocupa su ángulo noreste, se presenta como una amplia llanura que incluye a simple vista dos áreas claramente distintas, a partir de la posibilidad de acceso al agua superficial. Una porción irrigada y fértil que corresponde al extremo septentrional del oasis del Río Mendoza, el área de cultivo donde los pueblos se agrupan alrededor de la Villa Tulumaya, cabecera del Departamento, y otra, de mayor extensión: un desierto de médanos que forman unas ondulaciones particulares –parte del desierto occidental de Mendoza y San Juan– que recibe el nombre de "travesía", donde reside el 14% de la población total, a pesar de que representa el 92% de la superficie total del Departamento.

Como rasgos generales de esta *travesía* pueden mencionarse los suelos predominantemente arenosos, salinizados, la gran evaporación, debida a la intensidad de la insolación, la diafanidad atmosférica y la cubierta vegetal

xerófila, con un régimen hidrográfico "muerto" o "espasmódico", por diversas causas, en vastas extensiones surcadas por cursos que ya no llegan a destino: estos "cauces secos, limo arenosos, son surcos claros en un suelo oscurecido por vegetación arbustiva que se adosa al antiguo cauce, resistiéndose a desaparecer ante la falta de agua, los embates del médano invasor y la acción humana" (Luis Triviño. *Antropología del desierto*. Buenos Aires, Fundación para la Educación, la Ciencia y la Cultura, 1977, p. 156).

La violencia del sol determina también el resquebrajamiento de la superficie arcillosa, dando lugar a suelos "poligonales" barridos por la intensidad del viento Zonda: presencia distintiva ésta del clima; el "chasque de los secadales" (como lo denomina Juan Draghi Lucero) se integra con propiedad al sustrato mítico-legendario de la zona. Ya los primitivos ocupantes de Cuyo buscaron explicación a este hecho climático, desconocedores de su causa científica.

“Leyenda del Viento Zonda”

“En tiempos muy lejanos, antes de la llegada de los españoles habitaba una tribu de huarpes muy dispuesta para la labranza de sus chacras, como aficionada a la caza y la recolección de frutos del campo. En sus pequeñas parcelas sembraban maíz, papa, zapallo, porotos y un grano pequeño y muy nutritivo llamado quínoa.

Era gusto ver en primavera cómo verdeaban las sementeras regadas por las acequias, que repartían prolijamente entre los surcos el agua, llevándola a la raíz misma de cada plantita. Y en el verano tata Inti, dador de toda vida, caldeaba la tierra y los huarpes celebraban el milagro del fruto maduro. Hunuc Huar bendecía año tras año el trabajo fecundo de los hombres y las mujeres del valle.

También en el verano recogían otros frutos silvestres como un regalo de la Pachamama. Pero no sólo plantas había, sino también abundantes animales -choiques, guanacos, quirquinchos, vizcachas, perdices y toda clase de aves- que los hombres cazaban para su alimentación. Arcos, flechas y también boleadoras esgrimían los hombres en sus partidas de caza.

Uno de estos cazadores, el joven Gilanco, sobresalía entre todos por su destreza y valentía y gustaba de jactarse de lo poderoso que era con sus flechas frente a una tropilla de guanacos. Un atardecer, luego de una jornada de matanza innecesaria y mientras descansaba frente a una roca, se le apreció la mismísima Pachamama que envuelta en un viento le habló así:

-Gilanco, gran cazador, los animales que he puesto sobre la tierra sirven a la vida de los hombres, pero si sigues matando llegará el día en que desaparecerán para siempre y no habrá carne para tu alimento, ni pieles para cubrirte, y faltarán también otros animales y plantas cuya existencia depende de los guanacos. La vida es una larga cadena en la que los animales, las plantas y el hombre son eslabones que no deben romperse pues peligra todo el ciclo de la vida sobre la tierra.

Dicho esto la Madre Tierra desapareció, siempre envuelta en un viento. El atardecer había avanzado y Gilanco, mientras bajaba de los cerros rumbo a su aldea en el valle, pensaba sobre lo ocurrido.

Muchas lunas pasaron y el cazador iba olvidando la advertencia de la Pachamama, hasta que un día, aguijoneado por su vanidad y soberbia, volvió a la cacería impiadosa. Tanta era su imprudencia que no sólo no se conformó con matar guanacos sino que la emprendió también con todo bicho que caminaba sobre la tierra.

Cierto día, al finalizar la jornada de caza y mientras descansaba feliz, el cazador vio con sorpresa que envuelta en un viento apareció nuevamente la Pachamama para hablar de esta manera:

- Mandaré sobre tu pueblo un viento arrastrado que ahogará en polvo a la gente, tan caliente que incendiará los campos y las chacras, tan veloz y poderoso que volará los ranchos, tan malsano que morirán los viejos y enloquecerán los jóvenes. Este es el castigo.

Al instante la Madre Tierra desapareció y comenzó a soplar ... el Zonda”.

Versión de esta leyenda rescatada de la tradición oral por
Oswaldo Rodríguez Flores. *Cuentos y leyendas de la tradición cuyana*

También ha inspirado a los artistas mendocinos, tanto plásticos, como narradores, como poetas... Draghi Lucero, por ejemplo, en un pasaje de *Las mil y una noches argentinas* describe este viento ardiente, personificándolo: “Retrocedió el moreno Norte, *revoliando* su poncho. Se levantaron remolinos de aire quemante [...] Los ardientes resuellos del Norte tostaron con sus fuegos encendidos los flancos del huracanado Sur [...] Retrocedió a sus arenales asoleados el moreno Norte, y recogiendo todos sus hálitos quemantes, los enfiló en punta de flecha [...]” (Juan Draghi Lucero. *Las mil y una noches argentinas*. Buenos Aires, Kraft, 1953, p. 307).

Este pasaje ha sido bellamente ilustrado por el grabador mendocino Víctor Delhez, en la edición de lujo realizada por Kraft, cuyo pie de imprenta indica lo siguiente: “Dirigió la obra en su aspecto gráfico don Alberto Kraft. Se imprimieron 25 ejemplares en papel im-

perial del Japón, numerados del I al XXV; 75 ejemplares en papel verjurado, fabricado especialmente [...] numerados del XXVI al C. Representan la edición común 5.200 ejemplares en papel offset, numerados [...]”.



Grabado de Víctor Delhez

Víctor Delhez

Nació en Amberes y en su patria, Bélgica, estudió arquitectura, ingeniería, química y topografía. No obstante, sus inclinaciones artísticas lo llevaron a instalarse en París, para dedicarse a la escultura, la pintura, el grabado y la fotografía.

En 1925, año de su llegada a la Argentina, se dio a conocer en Buenos Aires con una exposición de sus ilustraciones de *Las flores del mal*, del poeta Charles Baudelaire. Entre 1926 y 1933 residió en Buenos Aires, pero abandonó la ciudad en busca de parajes más solitarios y se estableció en Cochabamba, Bolivia, por un tiempo; allí trabajó en ilustraciones de los *Evangelios*. Luego estuvo un tiempo en Chile y Córdoba. En 1940 vino a Mendoza y fijó su residencia en Chacras de Coria. Contratado por la UNCuyo, se hizo cargo de la Cátedra de Grabado en la Academia Nacional de Bellas Artes.

Tuvo una destacadísima trayectoria, con exposiciones tanto en el país como en el extranjero. En la década del '50 ilustró *Las mil y una noches argentinas* de Juan Draghi Lucero. Con respecto a estas ilustraciones, podríamos decir que en ellas "Delhez, artista universal, consiguió un homenaje fino, estilizado y jerárquico. El lenguaje literario y la erudición del folklorista se funden armoniosamente con las fantasías delhezianas. Juan Draghi Lucero, conocedor profundo de las tradiciones del pueblo argentino sumado a su propia imaginación creadora forja en estas catorce narraciones un mundo de emoción en el que están presentes las leyendas, las supersticiones, los espíritus maléficos y los ángeles protectores del hombre de nuestro campo, difundidos por la tradición oral, todo ello a través del alma de un gran artista y xilógrafo que captó en sus grabados la universalidad de lo humano".

Fuente: **Marta Gómez de Rodríguez Brito; Mirta Scokin de Portnoy; Graciela Verdaguer. Mendoza y su arte en la década del '50** Mendoza, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, 2009, Tomo II, p. 274 ss.

También la poesía mendocina ha recreado artísticamente el fenómeno atmosférico:

Vísperas de Zonda

ha dicho el halo de la luna
y el cielo colorado
que anduvo el día.

Tendrás que estar desnudo
y no respetar ninguna gloria

ni aun de las palabras.

Desnudo
con tu espejismo delante de ti.

Tendrás que respirar arena
girar borracho
de polvo y sentir
que la humedad es esa vieja
retórica de los mares
que de verdad
no pensaron en mojarnos
antes de partir.

Bettina Ballarini. Sin fundación mítica.
Mendoza, Libros de Piedra Infinita, 2003, p.13

Como rasgo particularizador del paisaje tenemos también los *médanos*, que reaparecen en distintos sectores en que los cursos fluviales han labrado mayor cantidad de arena. Estos suelos medanosos tienen alta capacidad receptiva y de infiltración de las aguas de lluvia. La napa libre, asentada sobre una capa arcillo-

sa, puede encontrarse a diversos niveles de profundidad, incluso cerca de la superficie. Ello permite la construcción de pozos a cielo abierto, denominados "baldes" o "jagüeles" en la travesía. Cerca de ellos se instalan los puestos dedicados a la cría de ganado, generalmente caprino.

La gente de campo -señala Juan Isidro Maza- distingue los pozos de los jagüeles:

"[...] en los primeros se hace la extracción de agua subterránea por medio de molinos de viento, malacates o bombas con fuerza motriz, mientras que los segundos son vertientes u ojos de agua naturales o cavidades donde se acumula el agua de las lluvias".

Juan Isidro Maza. Toponimia, tradiciones y leyendas mendocinas.
Buenos Aires, Fundación Banco de Boston, 1990, p. 37.



Jagüel en el interior de los Bosques Telteca

En el interior de los Bosques Telteca puede observarse un jagüel, separado en dos partes: una, de la que beben los animales y otra, que permanece cubierta con algunas ramas, para los seres

humanos. Ese pozo también encierra una leyenda, que Gregorio Manzur recoge en su novela, escrita en forma de “diario de viaje”.

“En el bosque Telteca, entrando así, más o menos unos seis kilómetros, está el jagüel. Un tipo de perforación muy tradicional, en forma de espiral, que permite que los animales lleguen hasta la napa freática a tomar agua. No es un pozo balde tradicional, en que uno saca agua con el balde, sino que es una cosa mucho más grande, que permite que entren cuatro o cinco vacas a la par, así como en un tirabuzón, hasta que llega la napa freática. Baja más o menos seis metros y va haciendo así. Bueno, ahí, después que se hizo la reserva, el puesto del Telteca, propiamente dicho, se desocupó. Los puesteros fueron trasladados, qué se yo, y quedó el puesto. El puesto con el jagüel. Nosotros cuando íbamos al puesto ese, había quedado un gato, un gato grande, negro y tuerto. De esos que le lagrimea el ojo y tiene el ojito cerrado. Entonces uno está en medio de eso, se puede imaginar un zorro, un puma, pero no se puede imaginar un gato, porque son animales que de alguna manera tienen que ver con la civilización, es un bicho doméstico. En-

tonces, estábamos ahí comiendo, había venido con otros, con el guía, el señor Villegas, que es de ahí. Estábamos comiendo, en silencio, absolutamente sepulcral, y aparece el gato. Yo le digo, ¿y ese gato? Y el hombre así, muy pausado, lo mira y dice : ¿qué gato? Ese gato, el gato ese, tuerto, ese gato negro. Me mira y me dice : eso no es un gato. Y uno se queda así, esperando, ¿qué me va a decir? ¿Cómo que no es un gato? Es un gato, le digo. Parece un gato, me dice, pero eso no es un gato. Para ese hombre, eso era una manifestación del demonio, en forma de gato. Eso me estaba diciendo”.

Gregorio Manzur. *Guanacache, las tierras de la sed.*
Mendoza, Fundación Marañón, 2007

El arcaico sistema pervive hasta nuestros días:

“De regreso al rancho nos mostró el pozo de agua. Se trataba de una excavación hecha a pala, de unos seis metros de profundidad, cavada en oblicuo, donde aparecía un nido de agua.

- De aquí tomamos nosotroh, y el ganado también. Es buena el agüita.
- ¿Como hizo para llegar hasta el agua?, le pregunté mientras bajábamos por la manga del pozo, donde se veían los miles de pisadas de cabras y caballos.
- Y, me costó bastante. Primero tuvimos que limpiar, sacarle todo el monte. Esta es una parte muy dura, ¿ve? O sea, pico y hacha, hasta llegar hasta esa parte blanda.
- Y una vez que sale el agua, ¿cómo la trae?
- La vamos sacando con el balde.
- ¿Después la filtra ?
- La filtramos con un filtro que tenemoh ahí. De cerámica.
- ¿Y cómo supo que había agua aquí?
- Hay una experiencia que me dejó mi mamá. Usté en lo primero que se tiene que fijar, es en la jarilla. Donde hay jarilla grande, que tiene palo bien grueso, es seguro que es agua rica. Y es cierto. Porque no es el primer pozo que vamos a abrir así”.

Gregorio Manzur *Guanacache, las tierras de la sed.*
Mendoza, Fundación Marañón, 2007

La provisión de agua requiere también la construcción de “represas” para almacenar las aguas de lluvia o de crecientes que provienen de los *huaycos* y ríos secos de las montañas al oeste; hacia ellas y hacia los baldes se encami-

nan sendas y picadas que apenas dibujan un reducido mapa de interrelación humana entre los puestos dedicados a la cría de cabras, sustento de los habitantes de la zona.

La tarea de cavar pozos no está exenta de peligros. Juan Draghi Lucero construye alrededor de este tema un hermoso relato que combina el dato preciso con lo sobrenatural

“Todo el mundo esquiva de allegarse hasta por las cercanías [...] Nadie se acerca a ese balde tapado porque allí penan. Dicen que se oyen golpes bajo tierra como si cavaran en el fondo del pozo. Esos ruidos sordos aumentan en las deshoras de la noche y contestan, a lo lejos, los gritos lastimeros de una mujer en desconsuelo...”

[...] para cavar un pozo en el desierto, buen tino hay que tener. Primero parece cosa de niños trazar un círculo en la tierra y sacar las primeras paladas. Hasta llegar a unos tres metros de hondura es más o menos fácil tirar la tierra afuera por el mismo cavador, pero después se hace obligado que otra persona retire los baldes llenos y los vacíe por ahí. Cuando ya la hondura llega a unos 5 metros se va sintiendo lo pesado de la obra porque se multiplican los trabajos y peligros y solamente los muy baqueanos, y esto con muy buenas herramientas, pueden seguir. Hay que hacerse de tablones para ponerlos sobre la boca del pozo y procurarse un buen seguro torno para arrollar la cuerda que sube y baja con los dos baldes, y es sabido que tiene que ayudar otra persona, desde arriba, para este arriesgado trabajo. Se debe cuidar celosamente que no caiga nada dentro de pozo mientras está en el fondo el cavador. Un pequeño golpe en la cabeza puede herirlo malamente... En la tremenda soledad de esos campos no se debe esperar ayuda de nadie [...]”.

Juan Draghi Lucero. *Cuentos mendocinos*.
Buenos Aires, Troquel, 1964, pp. 37-38

Juan Draghi Lucero



Nació en Los Nogales, Provincia de Santa Fe, el 5 de diciembre de 1895, pero fue anotado en el Registro Civil de Luján de Cuyo, Mendoza. Deja la escuela en tercer grado para colaborar con el socio de su madre (que enviudara cuando Draghi tenía 9 años) en la tarea de juntar leña en el campo y allí se embebe de las tonadas y dichos de los jarilleros. No vuelve a la escuela pero hacia 1925 se dedica con pasión a escrutar el enigma de los huarpes.

Publica dos libros de versos: *Novenario cuyano* (1935) y *Al pie de la serranía* (1966) y artículos de historia; funda la Escuela de Apicultura de Mendoza (1929) y, con otros investigadores, la Junta de Estudios Históricos de Mendoza. Durante años recorre sistemáticamente los campos cuyanos en busca de antiguos cantares, que reúne y publica en su *Cancionero popular cuyano* (1938), obra monumental del folklore argentino.

Fue profesor de Historia y Geografía, Castellano y Folklore. Fue miembro correspondiente de la Academia de Historia y del Instituto Nacional Sanmartiniano en 1961, Técnico en puentes y caminos, Profesor de Historia y Castellano en la Universidad Nacional de Cuyo en 1950, Primer Presidente de la Sociedad de Historia y Geografía de Cuyo, Presidente de la Biblioteca Sanmartiniana.

Obtuvo becas del Fondo Nacional de las Artes para investigadores de Folklore Regional, y otra de la Universidad Nacional de Cuyo para presenciar el Primer Congreso Internacional de Folklore. También con el folklore se relaciona su obra más famosa: *Las mil y una noches argentinas* (1942), en la que recrea con gracia y poesía antiguos cuentos de la tradición universal, pero afincados en nuestras tierras. Otras de sus colecciones de cuentos son: *Cuentos mendocinos* (1964); *El hachador de Altos Limpios* (1966); *Andanzas cuyanas* (1968); *El Tres Patas* (1968); *El bailarín de la noche* (1969). Es autor de dos novelas: *La cabra de plata* (1978) y *La cautiva de los pampas* (1988). Murió en Mendoza en 1994.

La descripción de los corrales en la actualidad todavía nos remonta a tiempos inmemoriales:

“En el corral caminaban de un lado a otro unas cincuenta cabritas y un par de matuchos. La pirca que los protegía y contenía, estaba hecha con palos de algarroba clavados en tierra, entre los cuales habían atado ramas espinosas de algarrobo y chañar. Todo era color tierra, color agua turbia y las cabritas, a medida que yo avanzaba entre ellas, se espantaban para detenerse ni bien yo me detenía, mirándome atónitas y volviendo a mirar al dueño de casa, como pidiéndole explicación”.

Gregorio Manzur. *Guanacache, las tierras de la sed.*
Mendoza, Fundación Marañón, 2007

En relación con la vegetación típica de la zona, podemos decir que corresponde a lo que se denomina *monte*. En general, cubre un espacio de precipitaciones fluviales escasas (de 200 a 300 mm), correspondiente a la gran región llana y semiárida de Mendoza. Además, bordeando viejos cauces como el del Tulumaya y surcos de aguas temporarios, existe una vegetación leñosa de bosque ralo: hacia el área nororiental de Huanacache-Desaguadero, de algarrobos, y en las Huayquerías, de chañares. Muchos de estos “bosques nativos” fueron violentamente abatidos; hoy sólo se observan sus restos, convertidos en leña menuda o en “renovales” cuya utilidad “nunca será la misma” (Atilio Anastasi y María R. C. de Palmada. “Envergadura de los procesos de desertización y diferencial infraestructu-

ra de base en zonas áridas”).

Apenas un resto de lo que fueron las formaciones originales de algarrobos lo constituyen entonces los denominados *Bosques Telteca*, en la zona del desierto lavallino, constituidos en reserva natural en época ya tardía como para detener la terrible expoliación. Sin embargo, gracias a los esfuerzos de la Dirección Provincial de Bosques, del INTA, de la comuna de Lavalle, de la Federación Gaucha y del IADIZA, una considerable extensión cubierta por algarrobos permanece resguardada, preservando el paisaje natural de hace miles de años. En el corazón del bosque se conserva también un jagüel, resto de un antiguo puesto. Recorrer la zona, en expediciones organizadas por la Dirección de Turismo y la Municipalidad de Lavalle, es una experiencia inolvidable.



Algarrobos

Acerca de la flora de la región también nos aportan su testimonio los primeros cronistas de Cuyo:

“Fuera de las frutas de Europa, tiene esta tierra otras muy buenas. Son las más celebradas, la primera, que llaman *chañales*, y son a manera de ave-llanas, aunque se diferencian en que la comida no la tienen dentro del hueso sino por de fuera; otra es la algarroba, de la cual hacen un pan tan demasiado dulce que empalaga al que no está hecho a comerlo”.

Alonso de Ovalle.

***Histórica Relación del Reyno de Chile y de las Misiones y Ministerios que ejercita en él la Compañía de Jesús* (1644)**

Algunas especies, por su divulgación, constituyen algo así como una “postal” fitogeográfica de la travesía mendocina. Tal es el caso de las distintas especies de *algarrobo*, entre ellas, el *algarrobo blanco*, muy abundante en otro tiempo, a juzgar por algunos relictos como el que existe entre la estación del ferrocarril Ramblón y Retamito, en el límite entre los Departamentos de Las Heras y Lava-

lle; allí todavía se puede observar el “bosque nativo” que se conserva a uno y otro lado de las vías. El *algarrobo de guetá o huetá* vive preferentemente en el Departamento de Lavalle, en las Lagunas del Rosario. Su nombre vulgar “es aporte de don Anacleto Videla, síndico de la Capilla del Rosario en 1972” (“Flora y fauna de estas tierras”. *Los Andes*, Mendoza, 23 de abril 1988).

El algarrobo es un árbol que alcanza los 7 metros de altura, el tronco es rugoso y retorcido. Las ramas se extienden abundantemente, formando una copa tupida semejante a una sombrilla. Las hojas son pequeñas, nacen de a pares sobre las ramas. Tiene flores amarillas muy diminutas, agrupadas en espigas.

El fruto se llama algarroba: es una vaina de 15 centímetros de largo. Cuando está madura se pone carnosa y de sabor azucarado. Contiene en su interior semillitas en forma circular.

La algarroba machacada, puesta en agua, fermenta y da origen a una bebida llamada *aloja* que fue muy apetecida por los aborígenes. Si se muele, se obtiene una harina con la que se prepara un pan llamado *patay*. Sirve de alimento al hombre y también a los animales.

La madera de algarrobo es dura y se utiliza para construir muebles y pisos. Su leña es excelente y ofrece un buen carbón muy requerido en la época del ferrocarril.

Por su parte, el algarrobo dulce, también ubicable en Lavalle, tiene frutos comestibles que se utilizan para la preparación de la *aloja* y el *patay*. El *algarrobo de guanaco*, "cuyo nombre vulgar fue recogido en Nueva California, Lavalle, por don Carmen Jofré, de ascendencia huarpe" ("Flora y fau-

na de estas tierras". *Los Andes*, Mendoza, 23 de abril 1988), forma extensos matorrales y posee también frutos comestibles, por lo que es muy útil para fijar el suelo medanosos, además de proveer -con su fruto- un verdadero recurso natural.

"- Y dígame, don Salazar, con tanto algarrobo, ¿usted hace patay?"

- Sí, patay y añapa.

- ¿Cómo se prepara el patay?"

- Hay que moler la algarroba. Tenemos un mortero, que le decimos, ahí, un palo agüecao y le ponemos una piedra encima y se muele. Después en un cernidor, un cedazo, se saca la arenita y hay unas hormas, así, de lata, redonditas. Ahí se echa la pasta y después se cocina. Lo puede hacer en el rescoldo o al horno.

- ¿Y la añapa?"

- Hace la algarroba molida y después se le echa el agua. Como la prefiera, con la bombillita o con la cuchara.

- ¿Y la deja fermentar?"

- No, en el momento. Instantánea, tendría que llamarse.

- ¿Y eso alimenta?"

- Claro.
- ¿Refresca?
- También. Dicen que tiene buena vitamina, de paso. Por lo menos se nota en los animales. Cuando comieron una semana algarroba, ahí están, todos repuestos".

Gregorio Manzur. *Guanacache, las tierras de la sed.*

Mendoza, Fundación Marañón, 2007

En base a la presencia del algarrobo gira un ecosistema complejo. Los insectos (como la hormiga arriera, larvas y arañas) se crían en sus ramas caídas, los animales herbívoros comen los frutos que sacan de sus vainas, los roedores hacen sus refugios, las aves anidan y las espinas son el escudo de muchos pequeños animalitos. Sus raíces buscan el agua en las napas freáticas a 10 metros bajo tierra.

En su honor hay un sitio en la Ruta Provincial nº 27 que lleva su nombre. El centenario algarrobo que allí se encuentra tiene una placa recordatoria a la que acompaña una cruz conmemorativa de los 500 años de la evangelización pues bajo su sombra se había construido la "capilla vieja" que dejó de ser utilizada después del terremoto de 1920 y hoy sólo se conservan restos.

Descripción de algunas especies vegetales de la zona

Espinillo (*Acacia caven*): arbusto o árbol de 2 a 6 metros de altura. Ramas tortuosas con espinas muy agudas, grises o blancas, dispuestas de a pares en los nudos. Tiene flores amarillas, muy perfumadas. Su fruto es una vaina leñosa, castaño oscura. Florece en agosto o setiembre y fructifica hacia diciembre. Sus hojas y frutos tienen propiedades medicinales. Sus flores se utilizan para hacer perfumes y su madera es apta para postes y varillas de alambrado. Es buena leña. Triturada, sirve para teñir de color café. La decocción de los frutos tiñe de negro brillante.

Jume (*Allenrolfea vaginata*): arbusto endémico de 1 a 3 metros de altura, de hojas carnosas muy pequeñas, abrazadas al tallo. Las cenizas contie-

nen carbonato, sulfato y cloruro de sodio y de potasio, por lo que se las usa industrialmente para la preparación de aceitunas y la elaboración de jabón de lavar.

Quebracho blanco (*Aspidosperma querao blanco*): árbol que alcanza entre 6 y 25 metros de altura, corteza con surcos profundos longitudinales y transversales, ramas principales ascendentes y las terminales, delgadas y péndulas. Las hojas son persistentes, simples, con una espina en el ápice. Las flores, blanco amarillentas, son muy perfumadas. Florece a partir de octubre y fructifica en enero. Su madera, blanca y resistente, se utilizaba para la fabricación de carros, sillas y banquitos. Su leña provee brasa duradera y sin humo. En medicina popular, la decocción de sus hojas se utiliza para curar heridas. El cocimiento de la corteza sirve para el paludismo y también para teñir de color naranja. Los frutos verdes machacados dan un jugo que se usa para cuajar la leche de vaca y de cabra para la elaboración de quesos.

Retamo (*Bulnesia retama*): árbol subáfilo de hasta 7 metros de altura. Sus ramas están cubiertas por una capa de cera blanquecina que se desprende en forma de escamas. Sus flores son amarillas y aparecen en octubre y noviembre, y fructifica entre noviembre y marzo. En cuanto a sus propiedades, de sus ramas se extrae cera, y su producción aumenta con la sequedad ambiental. La madera se utiliza para hacer artesanías y los tallos foliáceos se usan para teñir de color amarillo.

Atamisque (*Capparis atamisquea*): arbusto de hasta 3 metros de altura, con ramas rígidas alternas, con pelos peltados, hojas simples, alternas y flores pequeñas, con cuatro pétalos de color amarillo claro. Tiene propiedades medicinales y las hojas producen un humo insectífugo al ser quemadas. La corteza y las hojas se utilizan para teñir de color gris.

Piquillín (*Condalia microphylla*): arbusto endémico de hasta 2 metros de altura, con ramas terminadas en punta espinosa, de color verde oscuro. Las flores son de color amarillo pálido y el fruto, de color rojo, rosado, amarillo o negro. Las flores se usan como laxante; los frutos son comestibles. Se usa como combustible. De las raíces se puede extraer un látex que antiguamente se utilizaba para teñir prendas de color morado.

Para más información consultar: **Adrián Ruiz Leal, *Deserta N° 3, Flora popular mendocina***. Mendoza, CONICET, 1972

Entre la flora se encuentran muchas especies medicinales que los pobladores emplean para curarse, por ejemplo la jarilla sirve

para los resfríos y la bronquitis. Como bien señalan sus habitantes “*las plantas del campo son como la farmacia*”.

Acerca de la flora de la zona de Las Lagunas también nos ilustra Gregorio Manzur en su “diario de viaje”:

“Cuando días después regresé a casa de Heber Sosa, tras el suculento asado, Nidia, su esposa, puso la pava de agua a calentar. Heber me propuso regresar al fogón, junto a la arboleda. Como el agua estaba a punto, emprendimos la mateada.

Sintiéndolo locuaz tras el quinto o sexto cimarrón, le pregunté ¿qué otros árboles se dan en la zona de Guanacache?

- Aquí son tres árboles los que forman el estrato arbóreo, me precisó. El chañar, el retamo y el algarrobo. Antiguamente estaba el quebracho blanco. Cuando apareció el ferrocarril descubrieron los bosques de quebracho blanco que crecían en forma de galería junto al río Desaguadero. Y claro, el quebracho es una madera fuerte, venía de primera para hacer durmientes. Se talaron todos esos bosques. Eran bosques en galería que crecían en las riberas de los ríos. Se juntaban las copas y formaban una galería. Todo eso se perdió, no queda nada. Hoy encontrás algún que otro reducto de quebracho blanco. Así es que no podemos decir que el componente arbóreo de Mendoza es el quebracho. Lo fue, en algún momento. Hoy no hay más. Lo dominante es el algarrobo.

- ¿Quién acompaña al algarrobo?

- El chañar y el retamo.

- ¿Y la jarilla?

- Bueno, sí, jarilla, tenés alpataco, atamisque, albaricoque, vidriera, que son todas esas plantitas que se han adaptado a este tipo de suelo, a este tipo de clima, de salinidad del suelo. De una amplitud térmica muy fuerte. Vos tenés inviernos muy crudos, de diez grados bajo cero y tenés veranos de cuarenta grados de temperatura. Y para que una planta se aguante esa amplitud térmica, tiene que estar muy bien adaptada, ¿viste? También hay gramíneas y estratos herbáceos. Pero en muy baja producción. O sea que no hay pasto, no hay pastura”.

Gregorio Manzur. *Guanacache, las tierras de la sed*.
Mendoza, Fundación Maraño, 2007

Algunos de los primeros viajeros que la recorrieron hacen referencia a otras especies vegetales de la zona, que llaman poderosamente su atención. A Juan Ignacio Molina, por ejemplo, le debemos

la primera exposición detallada acerca de la flora y fauna de la región; respecto de la primera, podemos destacar su pintura de la “flor del aire”, dando razón de su nombre: “no tiene raíz alguna ni se

ve jamás fijada en tierra: sus sitios nativos son las rocas más áridas o los árboles secos donde se enreda. Esta planta que se reduce a un solo tallo, es semejante a las ramas del clavel, pero sus hojas son más grandes, más gruesas y tan duras que al tocarlas parecen de palo. Cada tallo o rama da dos o tres flores blancas transparentes y semejantes a las del lirio en su tamaño y su figura, y por lo menos tan olorosas como ellas, y se conservan frescas más de dos meses en su tallo y por muchos días, cortadas [...] Lo más admirable en esta planta es que transportada sin la menor atención por más de 300 millas, produce anualmente sus flores colgada de un clavo” (*Compendio de la Historia Geográfica, Natural y Civil del Reyno de Chile*. 1776).

En suelos medanosos hay abundancia relativa de pastos. Algunas formaciones vegetales diversas se observan, además, en los “bajíos” de la depresión del Tulumaya: allí se encuentran chilcales y totoras, en aquellos sitios en que la capa de agua subterránea se encuentra próxima a la superficie, casi aflorando; esto “permite también la subsistencia de un es-

trato herbáceo de ‘pastos de hoja’, que es consumido en corto tiempo por las majadas de la zona” (Atilio Anastasi y María R. C. de Palma. “Envergadura de los procesos de desertización y diferencial infraestructura de base en zonas áridas”). En cuanto a la *tatora*, resulta un importante recurso renovable para la provincia: se usa especialmente para atar los sarmientos de los viñedos después de la poda; las hojas sirven para el calafateo de toneles y bordelesas. En mueblería se emplea para confeccionar sillas. Los pelos de los frutos o los frutos enteros de las inflorescencias femeninas se prestan para el relleno de almohadones.

El área del médano conserva a menudo agua propicia para los junquillares, especialmente extendidos en los interfluvios de las formaciones arenosas; ellos proveen al hombre del desierto otro recurso para su supervivencia, cuando “siega con la ‘hechuna’ verdeantes tallos que luego empaca en ‘manojos’ con los que forman fardos que estiban para su venta a acopiadores” (“Flora y fauna de estas tierras”. *Los Andes*, Mendoza, 23 de abril de 1988).

Descripción de algunas especies vegetales de la zona

Chilca amarga (*Baccharis slicifolia*): arbusto con raíces gemíferas, hojas lanceoladas, aserradas en la mitad y flores amarillas. Crece en terrenos húmedos y se utiliza en medicina popular como calmante y antiinflamatorio.

Chañar (*Geoffroea decorticans*): árbol pequeño o mediano, con ramas espinoscentes. Lo más característico es que la corteza vieja se desprende en láminas parduscas, dejando ver la nueva, verde y brillante. Sus hojas son de color verde grisáceo, y las flores, amarillas con estrías anaranjadas, vistosas y perfumadas. Sus frutos son comestibles y se utilizan para preparar aloja y arrope. La corteza se usa para teñir de color marrón café. Con su madera se hacen cabos de herramientas y postes de alambrado. Tiene además varios usos medicinales.

Retortuño (*Prosopis strombulifera*): arbusto de hasta un metro de altura, de tallos grises, con raíces gemíferas, hojas compuestas y flores pequeñas, amarillas, con los estambres rojos. Su fruto es una legumbre espiralada. Florece y fructifica en verano.

Vidriera (*Suaeda divaricata*): arbusto endémico de hasta 3 metros de altura, hojas carnosas, insertas en ángulos abiertos y flores pequeñas, reunidas en grupos de tres o cinco. Es usada como combustible y como lejía para lavar; sus cenizas contienen mucho bicarbonato de sodio. La raíz se utiliza para teñir de color verde.

Jarilla (*Larrea divaricata*): arbusto o arbolillo de hasta 3 metros de altura, hojas compuestas, resinosas y brillantes y floras solitarias de color amarillo. Su fruto está cubierto de pelos blancos. La infusión de sus hojas tiene propiedades medicinales; también se utilizan como emplasto en luxaciones y fracturas. Con las ramas, hojas y flores se hace una tinta de color anaranjado. Sus ramas al quemarse producen un humo con olor a cloro que se utiliza para desinfectar las habitaciones y ahuyentar insectos y ratones. Hay otras especies de jarilla, como la “jarilla macho” y la “jarilla crespá”.

Para más información consultar: **Adrián Ruiz Leal, *Deserta N° 3, Flora popular mendocina***. Mendoza, CONICET, 1972

En cuanto a la zoogeografía mendocina, en la zona que nos ocupa, en sus rasgos fitogeográficos dominantes corresponde al *monte*. Poco a poco, el número de los animales de variadas especies que integraban la fauna fue decre-

ciendo. Los mamíferos son numerosos en la zona: comadreja, piche llorón, peludo, mataco, zorro gris, gato montés, puma... Entre los roedores: rata y ratón de campo, ratón conejo, ratón del palo y pequeño cuis.

También en este aspecto es oportuno consultar la sabiduría de los actuales pobladores:

“- ¿La fauna que vive dentro de ese gran margen de temperatura, cuáles es?”

- La fauna típica de lo que es la zona árida, es bastante diversa también. Pero, básicamente, son animales que están adaptados a este tipo de suelo, a la poca agua, a la poca disponibilidad de alimento. Vos tenés, por ejemplo, lagartos tipo iguana, que pueden comer insectos. En invierno, cuando no hay insectos, van a comer semilla, van a comer flores, van a comer vegetales. Tomemos la lechucita, por ejemplo. Todos la tienen por animal carnívoro, un predador nocturno. Sin embargo la lechucita te come insectos, come ranas, come pajaritos, come lagartos. En la época en que no hay lagartijas, en invierno, la lechucita come roedores”.

Gregorio Manzur. *Guanacache, las tierras de la sed.*
Mendoza, Fundación Marañón, 2007

Las aves más comunes son las perdices, avutardas, piuquenes y patos en las cuencas lacustres. Hay también aves de rapiña, como el jote, el gavilán y el halconci-to gris. Pueden mencionarse también la polla de agua, la gallineta, la tórtola, la paloma turca, la torcaza, cuyo grito se oye durante los grandes calores en el monte, y el

loro barranquero. De lechuzas hay varias especies: los búhos, dormilones, picaflores, pechos colorados, pititorras, etc., son bastante comunes, junto a otros pájaros que se distinguen por su canto, como el jilguero y la calandria, el gran cantor del monte, cuyo canto es variado y perece en cautiverio.

En los relatos de la época colonial también se aportan datos sobre la fauna de la región:

Al hablar de las aves, se detiene el abate Juan Ignacio Molina en una “especie de papagayo”, al que llaman “catita” y que “se parece a la tórtola en la configuración de su cuerpo, aunque es más pequeño: el color del lomo es verdoso y el del vientre blanquizco”. Menciona también perdices, martinetas, una especie de faisán llamada “chuña” y un pájaro al que designa con el

nombre de “albañil”: “del tamaño de un tordo y de color tabaco, que mereció tal nombre por el modo como fabrica con barro su habitación en el tronco de los árboles”. Detalla luego con minucia el proceso de construcción, que culmina en “una linda bóveda” y “tan fuerte, que resiste a la lluvia y a los vientos más impetuosos”.

Juan Ignacio Molina.
Compendio de la Historia Geográfica, Natural y Civil del Reyno de Chile (1776)



Algarrobos con nidos de catas.

Los habitantes más conspicuos de la zona son las “catas”:

“- Las catas también hacen sus nidos..., comenté.

- Así es, respondió el segundo hombre. Yo he visto un algarrobo, grandotazo, cubierto de arriba a abajo por un solo nido de cata. Se fabrican pasadizos por adentro. Es una sola pelota de ramas y espinos, ni se ve el algarrobo. Y charlatanas como son las catas, eso es un hervidero. Menos mal que cierran el pico por las noches”.

Gregorio Manzur. *Guanacache, las tierras de la sed.*
Mendoza, Fundación Marañón, 2007



Lagunas del Rosario

ACTIVIDADES ECONÓMICAS

*No, maestro... Un desierto es un lugar donde no vive nadie,
y aquí todavía vivimos nosotros.
Aunque nadie lo sepa, todavía estamos acá.*

Soledad Esquivel.

Lagunas del Rosario, Lavalle

En: Rogelio Alberto Aguilera. *Poemas de arena*

En cuanto a las posibilidades económicas de la zona, en general se relacionan con la cría de majadas de cabras y ovejas y, en menor medida, de “haciendas” (como se denomina al ganado vacuno) de magro rendimiento económico. Hay algunas estancias dedicadas al ganado mayor y puestos de cría de caprinos, unos pocos con majadas de importancia. Sin embargo -destaca Luis Triviño- estas explotaciones “son en general reducidas, distanciadas físicamente entre sí y socialmente aisladas: aun las de mayor tamaño son todas típicas empresas de familia” (*Antropología del desierto*. Buenos Aires, Fundación para la Educación, la Ciencia y la Cultura, 1977, p. 112). Al igual que en el norte, el proceso de comercialización se hace con ventaja relativa para intermediarios y compradores, nunca para el productor: “La economía es tan rudimentaria que, en muchos casos, la compraventa se realiza

en parte con dinero y en parte con trueque” (Luis Triviño y Mario Pignata Monti. “En busca de un pueblo olvidado”. *Revista La Nación*. Buenos Aires, 15 de marzo de 1981, p. 14).

Sólo una parte del territorio lavallino es aprovechado para cultivo y hay miles de hectáreas esperando el desafío de las nuevas generaciones. “La riqueza de lejanos tiempos poco a poco fue decayendo, pero sus pobladores -fieles a su terruño- viven en la esperanza de que nuevos proyectos produzcan un cambio para que el hombre no abandone la tierra, única fuente de su riqueza” (Norma Acordinaro de Castiglia. *Conozcamos nuestros departamentos*).

Para las actividades agrícolas que se desarrollan en la zona, se utiliza el agua proveniente del río Mendoza, que se desvía a las distintas fincas por medio de la canalización, por lo que es muy importante, al igual que en otras zonas

del oasis mendocino, la figura del *tomero*. Antes de la construcción de los diques, cuando el río crecía en verano, los productores y propietarios de fincas, chacras y quintas, enviaban a sus obreros a realizar una especie de trabajo

comunitario: iban a trabajar a la *to-ma*. En una zona del río realizaban un dique temporario con madera de álamo en forma de “pie de gallo”, al que le atravesaban ramas y palos (llamados “muertos”).

Juan Edgardo Martín, en sus cuentos sobre la Colonia Francesa relata lo siguiente:

“El hombre era un *chinazo*. Negro, grandote, mezcla de indio y, tal vez, de algún integrante de esa raza, según afirman, extinta en nuestras guerras de independencia... Se ganaba la vida en lo de él. Amansaba algún animal, desvasaba, tusaba, cortaba el ‘aba’; y siempre tenía un cuerito para trenzar y vender un cabrito, unas maneas o un cinchón.

[...] De a poco fue tomándole la mano a la pala y la *zapa* y hasta comenzó a manejar las tijeras de podar. Pero animal de tierra, jamás se le animó al agua. Por eso cuando, trabajando en la finca de los hermanos Talet, Ignacio le había dicho:

-Pedro, ¿qué tal anda para el río?, la semana que viene vamos a la ‘to-ma’ y hay que preparar los ‘pie de gallo’ y meterse al agua.

-No, don *Inacio*, yo no me meto, si quiere voy, pero les hago *asao*, hacho palos, junto monte, o cualquier cosa, pero al agua no – había contestado serio y cauteloso”.

Esto sucedía año tras año y disfrutaban de una gran camaradería donde cada patrón pagaba el jornal y el Departamento de Irrigación de la Provincia pagaba el asado al final de la tarea.

Igualmente se utiliza la escasa agua de lluvia que se acumula en algunas depresiones y la de las napas subterráneas situadas a poca profundidad. Esto permite los cultivos de la vid, los frutales, algunas hortalizas, forrajeras y cereales por lo que existen algunas agroindustrias como bodegas y

secaderos de fruta en el Departamento.

La vitivinicultura fue introduciéndose lentamente y a grandes costos debido al carácter del suelo. Hacia fines del siglo XIX, con la llegada de los inmigrantes europeos –sobre todo italianos que dieron el nombre a una localidad (Colonia

Italia) cerca de la villa, españoles y otros– fue cambiando la fisonomía productiva de esta región.

En la zona de las Lagunas se da también una cestería artesanal de junquillo: los famosos canastos de Huanacache, cuyo tejido es tan

apretado que en ellos se puede transportar agua sin que se pierda ni una gota, y en cuyos “hijitos” (cestillos pequeños que rodean al más grande) Draghi Lucero cree advertir pervivencias del culto a Pachamama.



Cestería



Artesanías del “Desierto”

Alfarería

Otra fuente de ingresos para los desertícolas del norte, principalmente, la constituyen las artesanías: peleros, jergones, fraza-

das y alforjas que confeccionan las mujeres y bozales, lazos, chincotes, cinchas y cinturones fabricados por los hombres.



Aperos



Hilado

Un relevamiento de artesanos realizado en la década del '90 arrojó los siguientes resultados:

Apellido y nombre	Distrito	Especialidad
MAYORGA, Felipe	San José	Cuero y telar
VILLEGAS, José	San José	Cuero y cestería
JOFRE, V.	San José	Cuero y cestería
NIEVAS, Domitila	Balde de la Vaca	Telar
MAYORGA, Isidro y Benito	Balde de la Vaca	Cuero
ROMERO, Laura y María	S. Miguel de los Sauces	Cestería
GONZÁLEZ, Lucas	Jocolí	Cuero
GUAKINCHAY, Señora de	Gustavo André	Cestería
FRETES, Liliana	El Retamo	Telar
VILLEGAS, Margarita	San Francisco	Bordado a mano
GUARDIA, Raúl	Asunción	Telar y cuero
FERNÁNDEZ, Juana A. de	Asunción	Telar
GONZÁLEZ, Mateo	Asunción	Cuero
BÁEZ, Candido	Asunción	Cuero
BARROS, Gregorio y Pedro	Asunción	Cuero

La comercialización de estos productos se realiza en general a través de organismos oficiales. En cuanto a la producción de la zona, deplora Triviño “el paulatino, pero

acentuado abandono de una artesanía folklórica que implicaba un recurso relevante para la economía familiar” (*Antropología del desierto*. pp. 112-113).

“Artesanos del desierto”

“Los descendientes de aquellos hombres altos, de piel cobriza, que adoraban al sol y a la luna, hoy son humildes puesteros que cuidan sus cabras. Pero en ese desierto, las 25 familias que habitan el poblado de Lagunas del Rosario y las 150 de los parajes más alejados de la capilla -considerada centro del lugar- decidieron no dejar morir la tradición aborígen. Así lo explica Lorenza Videla, orgullosa descendiente de aquellos hombres y su cultura, encargada de su representación en congresos que tratan la problemática de los pueblos originarios. Lorenza dice que todo recomenzó con la decisión de su tía, doña Francisca Godoy de Molina -que murió hace poco, después de haber pasado largamente los 100 años-, última cestera de Lagunas del Rosa-

rio que, al presentir un futuro difícil para sus descendientes, decidió enseñar su arte a los jóvenes, allá por la década del '70.

Mientras Lorenza va recordando, dos mujeres aparecen en uno de los caminos del poblado, en medio de la siesta. Una de ellas es Nilda Morales de Jofré, sobrina de Lorenza, cestera y celadora de la Escuela Elpidio González, responsable de su hogar, de la transmisión de la técnica ancestral y de 150 chicos que cíclicamente viven 10 días en la escuela-albergue y pasan 4 en sus casas, desierto adentro. Nilda, su marido y sus hijos, fueron premiados en exposiciones artesanales de Buenos Aires y de Córdoba por sus trabajos en junquillo.

‘El junquillo se da en los médanos, a 4 kilómetros’, dice Lorenza mientras Nilda toma un manojo y va explicando cómo se hacen las paneras, semilleros, costureros y todo tipo de canastos, con la técnica del acordalado. Consiste en una estructura básica llamada estrella, en que los juncos verdes se entrecruzan para dar forma al recipiente. Luego se irán entrelazando las varas de junquillo estacionado, ya con su color mimbre característico, y se dará la terminación a los bordes, con paciencia y cuidado de no pincharse o cortarse las manos. Muchas veces se alternan lanas de colores en la trama, adornando la parte inferior del canasto o la tapa de los costureros. Uno de los modelos más comunes es el “costurero con hijitos”, un recipiente que lleva adosadas dos canastillas, que no son otra cosa que un homenaje a la Pachamama, la Madre Tierra que cuida a sus hijos, otra herencia felizmente rescatada de la cultura precolombina”

Fuente: www.cardon.com.ar

Otra actividad económica, ésta de claro signo depredatorio, lo constituye la tala del *monte*, del bosque nativo de Algarrobos y caldenes, que suministran varillas y postes para parrales y alambrados. Esta tala ha provocado la degradación de los suelos por la acentuada erosión eólica, además de provocar irreparables daños a la flora autóctona y el empobrecimiento de la zona. La agricultura tiene una baja rentabilidad relativa, no tanto por la calidad del sue-

lo sino sobre todo por las bajas temperaturas y los fuertes vientos.

En cuanto a las consecuencias sociales, Triviño señala que “la vivienda es escasa y cara, y normalmente de malas o regulares condiciones; la prestación de servicios públicos y sociales es deficitaria; faltan oportunidades para la recreación y el deporte; las probabilidades educativas son mínimas y [...] favorecen el éxodo” (*Antropología del desierto* p. 113).



Vivienda - Lagunas del Rosario

Marzo e Inchauspe apuntan, a propósito del poco alentador panorama socio-económico del desierto en la actualidad:

“Ni la oportuna llegada del ferrocarril ni el posterior trazado de la red vial alcanzaron a rescatar la región para una economía de empresas diversificadas. Por muchos lustros, sólo la presencia y el aprovechamiento del agua producía verdaderas mutaciones en el paisaje natural, de suelos loésicos, arenosos y salinos, cubiertos por vegetación xerófila [...] La economía de los baldes y represas, representante de la ganadería extensiva de nuestros días, da una visión superficial de dominio y ocupación de la tierra. Las aguas subterráneas [...] se utilizan para crear oasis pequeños o simples abrevaderos de haciendas enflaquecidas. Técnicas de explotación anticuada y prácticas rurales escasamente evolucionadas no alcanzan para crear fuentes de recursos a escala comercial. La población, muy diseminada, constituye minúsculos *paraderos* [...]”.

Miguel Marzo y Osvaldo Inchauspe. *Geografía de Mendoza*.
Mendoza, Editorial Spadoni, 1962, T. II, p. 3

En cuanto a la “Villa Tulumaya”, ubicada en la “frontera” del desierto lavallino, presenta una fisonomía urbano-rural, con mucho

de aldeano, en relación con su carácter articulador entre el área irrigada u oasis y el desierto propiamente dicho.

Un distrito de Lavalle es actualmente Gustavo André, antiguamente denominado “Colonia Francesa”. El origen de su nombre se debe a las tierras que un belga (no un francés) –nacido en Brujas– compró luego de la Primera Guerra Mundial en busca de un horizonte mejor para huir del posterior conflicto bélico que devastaría a Europa. Así lo relata Juan Edgardo Martín en su libro:

“Mi abuelo, si bien había comprado todas esas tierras, en realidad jamás vivió en la Colonia Francesa. El que rápidamente se hizo cargo de todo fue mi padre. Era hombre joven en aquel tiempo. Mayormente, la gente que vivía en estos lugares, que era todo campo o potreras de pasto, y alguna que otra viñita... era muy humilde. Y mi padre le dio la forma de finca grande. Así que en la entrada, donde empezaba la finca, que era por allá, por lo que es ahora ‘las puertas negras’... allá empezaba todo. Y don Gustavo hizo poner unos portones, y todo el que quería pasar tenía que pedir permiso. Entonces dicen que un viejito medio enojado decía que parecían ‘las colonias francesas de San Rafael’. Aunque también he escuchado decir que le pusieron así, porque a mi abuelo, que era belga, lo confundían con los franceses, y como había comprado todo esto, la gente de la Costa, entre ellos don Heriberto Devoto en broma le decían ‘las colonias francesas’”.

En el desierto pueden observarse gran cantidad de viviendas abandonadas, como consecuencia del proceso de desertificación y consiguiente éxodo poblacional, que ha convertido este territorio en un “espacio de eventualidad” (cf. Anastasi y Cozzani. “Envergadura de los procesos de desertización y diferencial infraestructura de base en zonas áridas”). Luis Triviño manifiesta al respecto: “El puestero no tiene motivaciones para hacer mejoras y al recibir información de lo que pasa en el oasis (sobre todo a través de la radio) carga con las expectativas que se llevan a los jóvenes. Por eso es curioso ver la pirámide poblacional del desierto,

que es ancha arriba, formada por los viejos; angosta por el medio, donde se ubican los jóvenes y adultos y grande abajo, donde están los niños. Lo más común es encontrar a la pareja vieja con muchos niñitos, que son o sus últimos hijos, o todos los nietos que viven con ellos, mientras los padres trabajan en otro lugar. También es importante saber que ningún puesto queda vacío. En cuanto fallece la pareja mayor, algún hijo vuelve para hacerse cargo” (“El descubrimiento del desierto”. *Los Andes*. 24 de julio de 1988). Así, este territorio árido mendocino aparece como una región subpoblada con notas de marginalidad y desamparo.

Como restos de la antiguas estancias o latifundios pueden observarse hoy puestos aislados, que Luis Triviño describe así:

“La silueta del “puesto”, por contraste, parece acentuar aún más la dramática soledad [...] Especie de oasis, de avanzada de la civilización, el puesto generalmente está compuesto por la vivienda, los corrales para el ganado, el ‘pozo balde’ del que se obtiene agua casi siempre salobre, y los ramblones o represas [...] Las construcciones son simples [...] Hay casas con y sin revoque, de postes de madera, de caña revestida con barro y hasta de ramas de arbustos secos. Muy excepcionalmente se encuentran construcciones de ladrillo”.

Luis Triviño y Mario Pignata Monti. “En busca de un pueblo olvidado”. *Revista La Nación*. Buenos Aires, 15 de marzo de 1981, p. 14



Fogón

Los caseríos que pueden ser considerados como los máximos exponentes de concentración demográfica no exceden -en el norte- los 150 habitantes. De ellos, *Arroyito* es el de mayor importancia, tanto por el orden de su trazado,

cuanto por la calidad de las viviendas; además, el aprovisionamiento de necesidades básicas puede realizarse con mayor facilidad; cuenta con teléfono y una estación de frecuencia modulada, unida a una red que opera también en El

Retamo, Lagunita y Los Sauces de San Miguel” (Luis Triviño. “El des-

cubrimiento del desierto”. *Los Andes*. 24 de julio de 1988).



Puesto en Las Lagunas del Rosario

En la actualidad, muchos de estos pueblos tienen una apariencia casi fantasmal; así por ejemplo el pueblito de La Asunción, donde antes

“[...] hubo viñedos. Hubo trabajo para los jóvenes. Hubo gente hasta que falleció el dueño de la finca y los hijos se pelearon. Y dejaron secar las vides. Y no hubo más trabajo para los jóvenes [...]”.

Casitas de adobe y techos de paja [...] Algunas taperas volteadas por el último sismo y una placita, extrañísima [...] diez metros cuadrados alambrados, con cuatro algarrobos pelados, tres monolitos que recuerdan fechas y dos bancos de madera [...] A lo lejos, en la cima de un médano sostenido por alpatacos, jarillas y otros arbustos [...] está la capilla”.

Luis Triviño. “El descubrimiento del desierto”.
Los Andes. 24 de julio de 1988



Capilla de La Asunción

Rogelio Aguilera recrea con emocionadas palabras su “descubrimiento” del desierto mendocino:

“A mi pueblo de Asunción”

“El destino a veces nos conduce a lugares increíbles [...] El desierto frente a mis ojos daba muestra, una vez más, de que los hombres no somos dueños de nada. Prepotente y decidido, se extendía a ambos lados del camino, como una inmensa llanura en la que la vegetación, salvo algún algarrobo o chañar, no superaba el metro de altura.

Al poco tiempo de transitar por aquel mundo de arenas tranquilas que jugueteaban a la orilla de la ruta encontramos los primeros animales del lugar. Sorprendido por la bocina, sacando la cabeza por un costado de la compuerta, vi cómo un puñado de cabras flacas y multicolores cruzaban delante del camión con su andar despreocupado y uniforme. Por último, atravesamos el puente del río Mendoza, que se presentaba como un tajo desprolijo, seco e inerte, en medio de tanta armonía y tranquilidad.

El camión frenó lentamente su marcha. Un pequeño cartel abollado decía en letras blancas el nombre de ‘Asunción’. Penetramos por una huella angosta y llena de pozos, que se hundía en ese mundo árido y silencioso”.

Rogelio Alberto Aguilera.

Poemas de arena. Mendoza, Fondo Provincial de la Cultura, Subsecretaría de Cultura, 2008, pp. 20-21

Rogelio Alberto Aguilera

Nació en La Colonia, Junín (Provincia de Mendoza). Vivió su infancia en Alto Verde, donde realizó sus estudios primarios. Cursó el magisterio en la escuela Normal “General José de San Martín”. Se desempeñó como maestro rural en escuelas albergues de Asunción y Arroyito y también el Lagunas del Rosario, Llavalle.

A modo de prólogo a sus *Poemas de arena; Vivencias en el desierto lavallino* manifiesta en palabras sencillas su:

“Poética del desierto”

“Nunca me hubiese animado a escribir este libro sin el aliento constante y sincero de cierta gente [...] *Poemas de arena* es una obra que relata con total simpleza y calidez, mis vivencias como maestro rural en las comunidades aborígenes huarpes, que habitan el desierto de Llavalle, ubicadas en el Noreste de la provincia de Mendoza. En ellas refiero el reencuentro con mi niñez, con mi familia, con mis sueños y sobre todo, con mis valores más íntimos y olvidados.

Expreso en cada relato el ineludible compromiso social y emocional que viven los docentes [...] A la hora de fusionarse con los pobladores, con los increíbles lugares, con las costumbres e historias de este maravilloso pueblo, los maestros se hacen parte de él, y comienza en su interior una metamorfosis hacia la verdadera esencia de la vida, el amor y la entrega al prójimo [...]

El destino me condujo hasta este mágico lugar, donde la nostalgia invade indeclinablemente el paisaje. El desierto de Llavalle, esa gigantesca extensión territorial bañada de médanos salitrales e interminables llanuras, es el escenario real de miles de historias [...] En ellas descubrirán rostros [...], melancólicos; paisajes llenos de magia y misterio, momentos irrepetibles y únicos, tales como el atardecer o el silbido de los duendes que, disfrazados de pájaros, juegan entre los algarrobales. Podrán oír con su corazón el llamado de la naturaleza reflejada en la simpleza de la lluvia. Experimentarán en su piel la tibieza de la arena regada por el sol de una mañana [...] Simplemente sentirán que están allí, en ese lugar donde el impetuoso Zonda juega con los remolinos del Diablo...”.

Rogelio Alberto Aguilera.

Poemas de arena. Mendoza, Fondo Provincial de la Cultura, Subsecretaría de Cultura, 2008, pp.9-11

También en El Cavadito es posible reflexionar acerca de la obra destructora que el hombre puede ejercer sobre el medio; según queja de uno de sus pobladores: “Este paraje es un pueblo fantasma porque el hombre abusó indiscriminadamente de la tala de árboles” y el recuerdo de un pasado, si no de esplendor, al menos de bonanza: “Si antes, El Cavadi-

to era un gran bosque y uno de los lugares más ricos del desierto, ahora, éste es un pueblo fantasma que vive de una fiesta anual [la de San Judas, en octubre] de las cabras y nada más. A esta situación han sido llevadas todas la poblaciones pequeñas” (Luis Triviño. “El descubrimiento del desierto”. *Los Andes*, 24 de julio de 1988).



El Cavadito

Respecto de estos centros poblados del desierto lavallino, Atilio Anastasi y María Rosa Cozzani de Palmada observan:

“La Asunción y San José muestran una cierta intención de organización a través del esbozo de una o dos calles y el relativo ordenamiento de las casas en diversos ejes. Capilla del Rosario también muestra un cierto intento de organización, alrededor del histórico templo y su camposanto adjunto, y el resto de las construcciones insinúan un apego a las líneas de caminos de tierra por los que se accede o se sale del caserío”.

Atilio Anastasi y María R. C. de Palmada.
“Envergadura de los procesos de desertización y diferencial infraestructura de base en zonas áridas”

Otros pueblos, como El Alpero, San José y Resurrección, denotan su origen ferroviario en la disposi-

ción paralela a las vías y en ciertas construcciones de estilo fácilmente identificable.

El nombre de “El Alpero”, según Juan Isidro Maza, “provine de alperinos, que es la denominación que se les da a los pobladores de una aldea española llamada Alpera, ubicada en la provincia de Albacete, próxima al pueblo de Almansa, en España. Probablemente, este nombre fue aplicado al lugar por algún colonizador español oriundo del pueblo de Alpera”.

Juan Isidro Maza. *Toponimia, tradiciones y leyendas mendocinas.*
 Buenos Aires, Fundación Banco de Boston, 1991, p. 125

En todos estos asentamientos del desierto existen, en forma alternada, algunos órganos político-administrativos: Policía, Registro Civil, Juzgado de Paz y algunos

servicios básicos.

La educación se imparte a través del sistema de “escuelas albergue” en vastas zonas del departamento.

“Un simple maestro de campo”

“El régimen de albergue consiste en un período de internado de diez días, en los cuales, maestros, alumnos y directivos (matrimonio docente) conviven como una gran familia. En muchos de los casos, los maestros comparten su habitación con los alumnos, es decir, que duermen junto a ellos; lo mismo sucede con el comedor y los baños”.

Rogelio Alberto Aguilera.
Poemas de arena.

Mendoza, Fondo Provincial de la Cultura, Subsecretaría de Cultura, 2008

Una característica diferencial de la vida en el desierto nortino es la preponderancia que cobra la iglesia, tanto a través de la

presencia material de la capilla (nueve en la actualidad) cuanto en las festividades que alrededor de ella se celebran. Huella de la tarea

apostólica emprendida por los misioneros españoles, como aquel Juan Pastor recordado por Draghi en las páginas de *El hachador de Altos Limpios*, tres de ellas tienen origen colonial (Asunción, San Miguel y Nuestra Señora del Rosario). Además, “muchos de los

puestos tienen sus propios santuarios en los que siempre hay flores y velas encendidas” (Luis Triviño y Mario Pignata Monti. “En busca de un pueblo olvidado”. *Revista La Nación*. Buenos Aires, 15 de marzo de 1981, p. 14).

Como testigos de la piedad heredada aún subsisten –mudos, solitarios– muchas de estos lugares de devoción:

“Parecía abandonada. Sin bancos, paredes de adobe, edificada en un promontorio, rodeada de algarrobos, jarillas y otros montecillos. En la sacristía estaba el palio para las procesiones, algunas flores de papel, un Cristo al que le faltaba el brazo izquierdo. Las paredes, con huellas de regueros de agua. Silencio, abandono, decepción. Fausto salió como empujado por los diablos, enfadado con los murciélagos. Yo la sentí triste a la capilla, pero de ánimo bueno, taciturna como el pueblo, no más”.

Gregorio Manzur. *Guanacache, las tierras de la sed*
Mendoza, Fundación Marañón, 2007

En la zona de Lavalle existen una Parroquia, Nuestra Señora del Rosario, y una serie de capillas: San Miguel (ubicada en el distrito del mismo nombre); San Isidro (ubicada en el distrito Algarrobo Grande); Nuestra Señora del Rosario (ubicada en Las Lagu-

nas del Rosario); San José (ubicada en el distrito Lagunas del Rosario); Nuestra Señora de la Asunción (ubicada en el distrito de Asunción); Santiago Apóstol (ubicada en Gustavo André) y Nuestra Señora del Carmen (ubicada en Costa de Araujo).

“A mi pueblo de Asunción”

Yo supe tener amigos
en un lugar muy lejano
donde el Zonda se hace hermano.

Y la payada es consejo.
Donde no se paga en pesos
sino con la simple palabra

[...]
Donde siempre hay un hermano
con sólo abrir la boca.
Donde el agua siempre es poca,
pero mucho el corazón
[...]
Y cuando va llegando agosto,
todo se viste de fiesta;
están las carpas abiertas

esperando a los paisanos.
Tonadas, cuecas y gatos,
asado, vino y empanadas,
dejan las almas colmadas
para la gente del pueblo;
que así entre velas y ruegos,
y el sonar de una campana
le agradecen a la Virgen
la dicha tan agraciada.

Rogelio Alberto Aguilera.
Poemas de arena.

Mendoza, Fondo Provincial de la Cultura, Subsecretaría de Cultura, 2008,
pp. 16 y 18

Las festividades patronales de La Asunción, San José Artesano, San Judas Tadeo, Todos los muertos, la Fiesta de San Miguel en Los Sauces, la Navidad de la Virgen el Arroyito... conservan aún colorido y fervor tradicional, si bien la “globalización” va disminuyendo cada vez

más los rasgos de originalidad y autenticidad evidentes hasta hace pocos años atrás. En esas ocasiones, el pueblo se anima como en días de antiguo esplendor y se reúnen frente a las iglesias, fieles llegados de puestos muy remotos.



Festividad de la Virgen del Rosario

“Las celebraciones siguen siempre el mismo esquema. Por la tarde o por la noche, la ‘rezadora’ se hace cargo del rezo vespertino o nocturno de la novena. En la víspera, se llevan a cabo actos especiales, y el día del santo hay una solemne procesión. Es entonces que se le formulan promesas al santo, o se cumple una ‘manda’ por ‘gracia recibida’. La presencia del misionero, generalmente en los últimos días de la novena, modifica los detalles litúrgicos, en especial la administración de los sacramentos”.

Luis Triviño y Mario Pignata Monti. “En busca de un pueblo olvidado”.
Revista La Nación. Buenos Aires, 15 de marzo de 1981, p. 15

La vida en el desierto mantiene un tipo de organización patriarcal. Además, a pesar de la separación de los puestos entre sí, se mantiene una cierta jerarquía, encabezada por los puesteros que tienen mayor cantidad de ganado, pero también por el almacenero, “personaje de una gran importancia económica” en la zona (Luis Triviño y Mario Pignata Monti. “En busca de un pueblo olvidado”. *Revista La Nación. Buenos Aires, 15 de marzo de 1981, p. 14*).

La comunicación entre estos poblados se realiza a través de un tejido -a veces dificultoso- de huellas internas, a menudo muy “pesadas” por la sucesión de “altos” o médanos; en el desierto lavallino las avionetas se convierten, en ocasiones, en el único medio de superar el aislamiento en momentos de emergencia: el

desertícola es, por esencia, el habitante de la soledad. Fuera de los escasos caseríos reina el vacío de extensos campos dedicados a una vida pastoril acosada por la necesidad de procurar y conservar el agua.

Hacia el norte, el camino de carretas de Mendoza a San Juan pasa por la antigua posta de *Jocolí*, cuyo nombre aparece desde los primeros tiempos de la conquista. Con respecto a la etimología del vocablo, Maza señala que la presencia de grandes bosques de algarrobos al noreste de Jocolí podría indicar que el topónimo tiene relación con estos árboles, denominados *nogolí* por los indios comechingones. Actualmente ha crecido una villa en torno al antiguo asentamiento.



La vida en el desierto lavallino

Además del existente en Las lagunas del Rosario, en Lavalle están los siguientes museos:

Nombre	Jurisdicción	Domicilio
HISTÓRICO Y NATURAL	Municipalidad	Villa Tulumaya
MUSEO DEL CORREO	Escuela Correo Argentino	Costa de Araujo
MUSEO HISTÓRICO NATURAL	Escuela de El Retamo	El Retamo
COLECCIÓN PRIVADA	Antonio Divattista	San Martín s./n. Lavalle

En cuanto al patrimonio que conservan estos museos, pueden destacarse las siguientes piezas:

- **Museo Municipal:** contiene una canoa, réplica de las que usaban los indios huarpes; un aparador del siglo XVII y morteros de origen huarpes, entre las piezas más importantes.
- **Colección privada Antonio Divattista:** se pueden consignar, entre otras, las siguientes piezas: mano y cola de puma capturado en la zona; cabeza de ternero “Capitán”, que se caracteriza por tener cuatro cuernos; estribos “trompa de chancho”; artesanías en cuero; boleadoras con tabas de venado en cuero; diversas espuelas de hierro.

EL “DESIERTO VERDE”

Luis Triviño da razón de esta denominación, que puede parecer paradójal, como también lo es hablar -como lo haremos- de Huanacache: “lagunas” en medio del desierto.

“Al noreste de Mendoza, limitando con San Juan y San Luis, se extiende el desolado ‘desierto verde’ del departamento de Lavalle. Es una zona medanosa, árida [...] En ese entonces [antes de la colonización] la existencia de las Lagunas de Guanacache y el algarrobal, un abigarrado matiz boscoso del que hoy sólo quedan algunos vestigios [avalaban la denominación] [...] Hoy, el ‘desierto verde’ cubre 9.000 kilómetros cuadrados en los que se alternan el relieve medanoso, las lagunas desecadas, los campos cubiertos por arbustos achaparrados”.

Luis Triviño y Mario Pignata Monti. “En busca de un pueblo olvidado”.
Revista La Nación. Buenos Aires, 15 de marzo de 1981, p. 15

Como dos núcleos especialmente significativos -tan semejantes y tan distintos- dentro de esta región distinguimos (además de los pueblos ya mencionados), los *Altos Limpios* y las *Lagunas de Huanacache*.

Los Altos Limpios

Integran la Reserva Forestal Telteca y constituyen un paisaje de sobrecogedora belleza: médanos cambiantes y dorados, desnudos de toda presencia viviente, pero “donde mora el alma quejosa del viento”, al decir de Juan Draghi Lucero (“El Hachador de Altos Limpios”. *El Hachador de Altos Limpios*. Buenos Aires, EUDEBA, 1966, p. 168).

Estos “arenales que caminan”, deben su denominación a la casi absoluta falta de vegetación: “¡Los Altos Limpios! Ahora comprendía la razón de su nombre. Allí no crecía ni una hierbecita” (Juan Draghi Lucero. *El hachador de Altos Limpios*. Buenos Aires, EUDEBA, 1966, p. 172). Cuesta entender algunas cosas de este lugar como el que al meter las manos en la arena caliente, es común encontrar conchas de caracoles en un lugar donde no hay agua en muchos kilómetros a la redonda. Esto es sólo una muestra de lo que el lugar fue hace algo más de 100 años y que el hombre, como consecuencia del uso indiscriminado del río, ayudó a hacer desaparecer.



Los Altos Limpios

Estos médanos, ubicados a 130 kilómetros de Mendoza capital y a solo pasos de la ruta 142, se encuentran dentro de las 24.000 hectáreas que comprende la Reserva Faunística y Florística Telteca, creada en 1985 con la intención de proteger el bosque nativo más importante de la provincia, vale decir, encargada de proteger la flora y fauna de la formación de monte. Esta reserva protege un bosque de algarrobos más que centenarios, representativos de un ecosistema que ocupaba grandes extensiones del territorio de la Provincia, con ejemplares de más de 15 metros de altura y 80 centímetros de diámetro (los científicos calculan que

tienen unos 300 años).

Encontramos, además del algarrobo dulce, chañares, arbustos como la jarilla, la chilca, el alpataco y la totora. Podremos encontrar además animales como los peludos, el piche, el mataco y el pichiciego; la zona también es habitada por felinos como el gato montés, el gato del pajonal, el yaguarundí y el puma.

El viento deja marcas ondulares en el terreno pero muchas de las huellas las dejan las 15 especies de reptiles que viven sobre la arena, 9 de las cuales son víboras escurridizas, que no se dejan ver fácilmente. Además, hay 130 especies de pájaros, 53 de mamíferos y 80 especies de flora autócto-

na: algarrobos, chañares, chilca, jume, tuscas, jarillas dan cabida a chuñas, zorros, maras, cuises, tunduques y piches.

El paisaje muestra al visitante las formaciones de dunas arenosas. Estos médanos alcanzan una altura de hasta 15 metros de are-

na sin vegetación. En ellos podremos disfrutar hermosos atardeceres, en los que todo el lugar se tiñe de tonos rojos que van transformándose poco a poco en los ocres y amarillos característicos del desierto.



Los Altos Limpios

Toda el área se ve sometida a intensos y frecuentes vientos del sudeste y del noreste, que determinan el patrón de los médanos de la región. Los investigadores del IADIZA han detectado movimientos de arena en el orden de los 1.800 metros cúbicos por hectárea y por año, y una vez más, la visión del poeta trasmuta en belleza y misterio un fenómeno cuya explicación científica es innegable:

“Caía el anochecer [...] en ese instante sentí la llegada de brisas arrastradas. Miré al suelo al reparar que algo serpenteaba y vi, asombrado, inquieto, que las arenas caminaban hacia arriba, y en la pulimentada superficie se dibujaban vivas rayas torcidas, libradas por manejos intrusos.

Me di en pensar que aquellas caracolas truncas que había hallado cuando llegué a los Altos Limpios, las modelaba un viento caviloso, artesano. Era un desgovernado viento maniobrero [...] Me agaché, desconfiando de mis ojos y de la avanzada oscuridad. Palpé el suelo y ‘sentí’ que ese suelo se movía”.

Juan Draghi Lucero. “El hachador de Altos Limpios”.

El hachador de Altos Limpios. Buenos Aires, EUDEBA, 1966, p. 172.

Esta acumulación de arena de origen continental, favorecida por la tala de la vegetación autóctona, cubre una superficie aproximada de 18 hectáreas, y sus elevaciones alcanzan una altura promedio de 10 metros sobre el nivel del suelo. Las temperaturas diurnas son sumamente elevadas y tocan los 70 grados centígrados; la brisa constante y la falta de precipitaciones (tan sólo 150 mm anuales) configuran un auténtico *desierto*, en el más propio sentido de la palabra, situado a 130 km de la ciudad de Mendoza y poblado de leyendas y supersticiones.

Al caminar por las dunas el viento borra las huellas de las pisadas. Los pobladores dicen que

es el Diablo el culpable y que lo hace para que el caminante se pierda entre el médano. Eso puede que sea verdad pues el horizonte parece igual hacia todos lados donde se mire. Ellos se guían por los bordes de los altos, que tiene nombres y que conocen a la perfección por haber *nacido y haberse criado en la aridez*.

La contemplación de este paisaje produce singular impresión en el más avezado, nos habla de la más profunda soledad y a la vez nos sugiere con una serie de “presencias” intangibles que nos remiten, una vez más, a las connotaciones simbólicas del *desierto* como lugar de encuentro con lo sobrenatural.

Al fondo del día el desierto

tiene unos ojos
rojos de sol y de viento
blancos en la arena de siempre.

Son otras esas pupilas.
Apenas
una línea mansa de horizonte
más lejos que el deseo.
[...]
Los ojos del desierto
son eternos de par en par.

Entre un grano de arena
y otro se quiebra la pregunta
de todos los comienzos.

Bettina Ballarini. *Sin fundación mítica.*

Mendoza, Libros de Piedra Infinita, 2003, p. 41

Las Lagunas de Huanacache

Entre los antiguos valles de *Tucma* y *Güentota* se ubicaba el llamado en las crónicas “valle de Guanacache”; allí se encontraban las lagunas homónimas, situadas entre las actuales provincias de San Juan y Mendoza; este valle era, tal como puede apreciarse en las Actas de Fundación, el límite

establecido para las jurisdicciones respectivas de ambas provincias.

Se trata de una vasta región que se extiende también hasta el límite con la provincia de San Luis. El nombre genérico de *Guanacache* o *Huanacache*, topónimo que según Draghi Lucero significa “lugar de la sal” (*huan* = lugar y *cache* = sal).

Juan Isidro Maza propone otras etimologías diversas:

“Carlos Rusconi, en su libro *Poblaciones pre y posthispánicas de Mendoza*, dice que Huanacache significa encomendarse valientemente (vocabulario araucano). Si [...] se toma como de origen incaico, sería una palabra compuesta de GUA, HUA, que significa admiración; NAICO es agua que baja, y en cuanto a CHE [...] es gente, por lo que la traducción [...] sería ‘gente o persona que admira el agua que baja’ [...] puede ser muy aceptable, ya que a las lagunas de Huanacache descendían las aguas del río San Juan, y también del río Mendoza, y desde la misma laguna descendían las aguas, para ir después a verterse al río Desaguadero”.

Juan Isidro Maza. Toponimia, tradiciones y leyendas mendocinas.
Buenos Aires, Fundación Banco de Boston, 1990, pp. 125-126.

“Huanacache” abarca en la actualidad toda la zona lagunera, si bien -como señalan Inchauspe y Marzo- sólo una laguna era conocida con ese nombre “y a su semirrellenada cubeta llegaban los derrames del arroyo Tulumaya, provenientes del sur” (Miguel Marzo y Osvaldo Inchauspe. *Geografía de Mendoza*. Mendoza, Editorial Spadoni, 1962, p. 238).

Originalmente se trataba de un sistema de 25 lagunas intercomunicadas entre sí; la etnia huarpe -llamada lagunera- recorría sus aguas en pequeñas embarcaciones de juncos semejantes a las usadas en el lago Titicaca por los indios urus.

Las lagunas estaban rodeadas de tierra fértil y cubrían un territorio de 2.500 kilómetros cuadrados.

Antiguamente toda la zona era un rico bosque de algarrobos. Con el crecimiento de los oasis de cultivo, el agua subterránea que alimentaba las lagunas mermó y se fueron secando. Posteriormente comenzó una tala indiscriminada de árboles para la producción de madera, leña y carbón, lo que acarrió un gran impacto en la zona, de lo que también da testimonio la literatura. En el año 1999, las Lagunas de Huanacache son nombradas integrantes del sistema RAMSAR, organización internacional encargada de la conservación y el uso racional de los humedales.

Otras lagunas eran las del Toro, Echuna, de Los Blancos, La balsita, del Rosario, etc.; hacia el sudeste, las de Silverio y Las Quijadas. Se trata de “numerosas cuencas independientes entre sí, o escasamente unidas a través de canales en época de abundancia hídrica” cuya altura sobre el nivel del mar oscila entre los 490 y los 550 metros (Miguel Marzo y Osvaldo Inchauspe. *Geografía de Mendoza*. Mendoza, Edi-

torial Spadoni, 1962, p. 238).

Alrededor de las lagunas crecen chilcas, cortaderas y juncales. En los “Altos”, de humedad menor, aparecen arbustos y vegetales de tronco leñoso, como el olivillo y la zampa, que constituyen el remate de formas fitogeográficas más septentrionales. También perduran algunos algarrobos y matas de chañares.

Este antiguo complejo lagunar ha ido perdiendo su antiguo potencial hídrico, y por consecuencia, variando su aspecto a lo largo de los siglos, por diversas razones: cambios climáticos que han disminuido -por evaporación- el caudal de los ríos alimentadores, la creciente utilización de éstos para riego, movimientos sísmicos que han determinado cambios en el terreno, descenso de la napa freática... hasta llegar al aspecto de una planicie casi fantasmal que presenta hoy en día, salvo en ciertos años excepcionales.



“Bogador. Al fondo la cordillera nevada” - Fidel Roig Matóns

Sin embargo, no fue siempre ésa la percepción de quien arribaba a la zona de Huanacache. Así, en las crónicas de Ovalle y Rosales se hace referencia a grandes lagunas, alrededor de las cuales moraban los indios huarpes, cuyas aguas suministraban pescado a la naciente población:

“[...] no hay en estas tierras de Cuyo, pescado de mar, por estar muy lejos uno del otro, del sur y del océano, pero proveyó naturaleza de unas lagunas que llaman los indios de Huanacache, donde se pescan con grandísima abundancia las truchas que llaman de este nombre, que son muy grandes”.

Alonso de Ovalle. *Histórica relación del Reino de Chile.*
Santiago de Chile, Instituto de Literatura Chilena, 1969, p. 95.

Draghi Lucero nos remonta a esta suerte de idílico tiempo primordial, tanto en las páginas preliminares a su novela *La cabra de plata*, como en la introducción al *Cancionero popular cuyano*; en efecto, las lagunas fueron en un tiempo el centro del paraíso huarpe, escenario de una existencia plácida que hallaba en el lugar todo cuanto apetecía a su existencia: alimento a través de la abundante pesca que brindaban sus aguas, material para su industria textil en las plantas que adornaban sus riberas: “Como expresión

de arte, floreció allí el tejido de paños cienegueros con las que hicieron curiosos recipientes para el agua, que no dejaban escapar ni una gota y la mantenían fría, tan apretada era su malla. Adornaron sus tejidos de fibra vegetal con curiosísimos adornos de lana teñida, de vicuña, con un gusto originalísimo y tanto que parece ser único en el mundo” (*Cancionero popular cuyano*. Anales del Primer Congreso de Historia de Cuyo, vol. VII. Mendoza, Junta de Estudios Históricos de Mendoza. Mendoza, Best, 1938, p. XII).

Aún hoy, en años excepcionales por la cantidad de precipitaciones, las lagunas pueden recobrar algo de su antiguo aspecto. Así lo testimonia, por ejemplo, Gregorio Manzur:

“Al llegar a las lagunas, desde un medanito, Fausto me dijo que mirara el horizonte. Las aguas se explayaban a pérdida de vista, el cielo, con sus nubes rayadas horizontalmente, se ensanchaba hasta confundirse con el celes-

te de las aguas. Se oía el chasquido de las paladas de arena, que un grupo de hombres embolsaba, atando firmemente las bocas con sogas. Construían un dique para impedir que el agua se fuese con un torrente, que impetuoso atacaba la orilla de la laguna, buscando rodar hacia las dunas. Pasaban rasantés las catitas. ‘Éstas son dañinísimas, se comen las chacras’, había dicho Rubén. En un recodo, una garza blanca picoteaba el barro bajo el agua; dos patos se perseguían por el aire”.

Gregorio Manzur. *Guanacache, las tierras de la sed.*
Mendoza, Fundación Marañón, 2007

Así, el complejo hídrico constituyó el elemento vitalizador del antiguo asentamiento indígena, “que durante siglos mantuvo señorial hegemonía” (M. Marzo y O. Inchauspe. *Geografía de Mendoza*. Mendoza, Editorial Spadoni, 1962, p. 239).

Pronto se instalaron allí “Doctrinas” para instruir a los indios en la fe cristiana. La tradición señala el año de 1609 como el de la primera construcción de la Capilla del Rosario, en un principio una simple ramada de palos de algarrobo y ramazones, por parte de los jesuitas

Juan Pastor y Fabián Martínez.

Otros atribuyen la fundación al Padre Domingo Benítez quien en 1610 colocó la zona bajo la advocación de la Virgen del Rosario. En 1753 esta primitiva capilla había ya desaparecido, para dar lugar -en una fecha no determinada a una nueva construcción realizada de adobones, “rústica como el paisaje, humilde como sus comarcas y tranquila como las aguas de las lagunas” (“Los laguneros de Guanacache”. *Los Andes*. Mendoza, 16 de abril de 1988, p. 5).



Capilla de Nuestra Señora del Rosario de Las Lagunas

Esta segunda capilla fue levantada por el fraile franciscano Marcos de Videla, quien allí encontró la colaboración de los indios laguneros: “Este doctrinero logró reunir en el paraje una feligresía de

500 indios, en forma de pueblo, siendo la principal población de las tribus de los huarpes” (“Los laguneros de Guanacache”. *Los Andes*. Mendoza, 16 de abril de 1988, p. 5).

La actual construcción data de 1864, y Juan Draghi Lucero refiere una anécdota que nos habla del antiguo esplendor de esta zona:

“El terremoto del 20 de marzo de 1861 destruyó completamente a la capital mendocina y sus alrededores. Cayeron las capillas de la cabecera de Lavalle y de la Virgen del Rosario de las Lagunas [...] Apostaron estos pobladores con los de Lavalle a quiénes levantaban primero una nueva Capilla. Ganaron los laguneros, al inaugurarla el primer domingo de octubre de 1864. Eran más ricos”.

Juan Draghi Lucero. *La cabra de plata*.
Buenos Aires, Castañeda, 1978, p. 10

La documentación histórica denota la importancia que conquistadores y misioneros asignaron a la zona de Huanacache: “a principios del siglo XVIII, las fundaciones de las villas de San Miguel, Asunción, Tulumaya y otras [...] otorgó a Guanacache el privilegio de ser una de las más pobladas de esta parte del dominio español” (M. Marzo y O. Inchauspe. *Geografía de Mendoza*. Mendoza, Editorial Spadoni, 1962, p. 240).

En el siglo siguiente, Huanacache fue cediendo posiciones frente a otras zonas donde el marco geográfico ofrecía mejores perspectivas, y a comienzos del XX se

inicia el proceso de desecamiento, apenas interrumpido por fugaces períodos en que la abundancia de lluvias determina un llenado parcial y esporádico de las lagunas.

A. Metraux, en su “Contribución a la etnografía y arqueología de la provincia de Mendoza”, nos habla aún de “una sucesión de pantanos de agua ora dulce, ora salobre, cuya superficie varía, siendo en partes aguas saladas, y en otras arenales (dunas) de bajo nivel [...] su aspecto sufre variaciones con las estaciones del año, dependiendo de que los ríos [...] arrastren mayor o menor cantidad de agua”. En cuanto al suelo, “está recubierto

de eflorescencias salitrosas que dan la impresión de diminutos copos de nieve” (A. Metraux. “Contribución a la etnografía y arqueología de la provincia de Mendoza”. *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza*. Mendoza, Tomo VI, Nº 15-16, febrero 1937, p. 2).

El paisaje, en su desnudez y pobreza, promueve sin embargo sugerencias extrañas: “En la proximidad de los pantanos, el horizonte se ensancha gradualmente. La altura de las colinas disminuye

más y más, hasta que vienen a morir a lo largo de una extensión a la vez verdeante y de reflejos metálicos, la que a primera vista, no podría llamarse ni líquida ni sólida”. También nos pinta el “paisaje humano” de esta región desolada, que “se presta para la conservación de antiguas costumbres” (A. Metraux. “Contribución a la etnografía y arqueología de la provincia de Mendoza”. *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza*. Mendoza, Tomo VI, Nº 15-16, febrero 1937, p. 2).

El gallo anunció

por tres veces

que se retiraba la laguna.
Pero ellos no conocían
la tradición de ese canto
ni al propietario del agua.

Tuvieron que aprender
y ya no hubo laguna
tampoco abundantes peces
tampoco pájaros.

Se hicieron
a la parquedad
de los socavones cuarteados
y los ojos bajos.

Poco hay para moler. Llueve el polvo.
El agua bienhechora
demora sus dones y después
va y viene como un eco
que no empieza ni termina
la vida.

Se hace un círculo de silencio
el tiempo.
[...]

Bettina Ballarini. *Sin fundación mítica.*
Mendoza, Libros de Piedra Infinita, 2003, p. 49

Tal la imagen que en la actualidad nos ofrece Huanacache, parece sumergido en la reiteración de arquetipos inmemoriales, “en una especie de eternidad en la que repitieran incansablemente el mismo

paisaje, los mismos gestos, la misma trama de una vida interminable” (Luis Triviño y Mario Pignata Monti. “En busca de un pueblo olvidado”. *Revista La Nación*. Buenos Aires, 15 de marzo de 1981, p. 15).

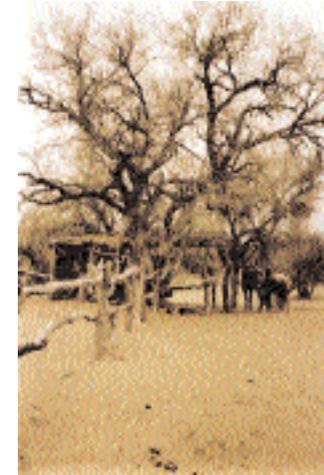
La vida en “Las Lagunas” parece adormecida en quehaceres rutinarios durante gran parte del año; quehaceres cuyo ritmo está en íntima consonancia con el medio circundante:

“[...] el tiempo de trabajo del desierto lo marca la naturaleza, mientras que el tiempo del hombre urbano o del agricultor del oasis lo marca el reloj. Un puestero del desierto puede estar cinco días dedicado a tareas menores (arreglar corrales, juntar paja para reforzar los techos, para reparar herramientas) pero después le pueden tocar cinco días andando en el campo detrás del ganado perdido, sin descanso, bajo una tormenta”.

Luis Triviño. “El descubrimiento del desierto”.
Los Andes. 24 de julio de 1988

Sin embargo, esta monotonía conoce también de agitación y colorido, cuando llega el tiempo de “La Fiesta”, que tiene como epicentro a la antigua capilla: los festejos patronales son verdaderos encuentros tradicionales, en los que convive el fervor religioso de rezos y procesiones, con las ale-

grías paganas. Es la *fiesta*, en su sentido tanto místico como dionisiaco, la *fiesta* que comporta una suspensión del tiempo ordinario y el ingreso a una suerte de círculo o centro mítico. La mayoría de los puesteros acude el día anterior a la celebración religiosa; algunos recorren a caballo o a pie largas



Puesto - Lagunas del Rosario

extensiones. Una vez reunidos en bodegones y enramadas, carnean, comen, beben, se embriagan, tocan la guitarra, bailan y juegan hasta el amanecer: “las cartas recorren las figuras del truco o los cantos con improvisaciones jue-

gan entre lo autóctono-folklórico ocupando los encordados de las guitarras, o algún acordeón o requinto” (“Bordo Negro”. *Los Andes*. Mendoza, 4 de octubre de 1992, p. 18).



Fiesta de Nuestra Señora del Rosario en Las Lagunas

El centro de esta faz de la fiesta se sitúa en el *Bordo Negro*, a unos quinientos metros de la Capilla. Su denominación puede aludir tanto al color de la tierra como a un contenido simbólico, por oposición a lo *blanco* de los muros de la Capilla o a lo *inmaculado*, asociado a la Virgen María. Juan Draghi Lucero relaciona el *Bordo Negro* con historias de duelos a facón, amores traicionados o encontrados, otros símbolos de esa “pasión cuyana” que se identifica con los campos desiertos. Y mientras en la “Catedral del Desierto” resuenan los “Vivas” a la Patrona y las plegarias y cantos de los devotos, a unos pasos, hombres y

mujeres se entregan a todas las licencias.

También guarda la zona de Las Lagunas el recuerdo de la presencia de algunos personajes significativos de la historia, la cultura o la política mendocina. Así, algunos antiguos pobladores recuerdan haber escuchado a don Hilario Cuadros, o haber visto al “Gaucho Lencinas” y “los viejos entre los viejos, a Martina Chapanay -rara mezcla de mujer caudillo- y al legendario Santos Huallama, que los laguneros llegaron a venerar en los altares y procesiones, y cuya historia narraremos luego.



Artesanías huarpes

POBLAMIENTO

*Yo vengo de las lagunas
sin tener una fortuna
que mi caballo y mi recao
también soy acostumbrao
a llegar ende otros llegan
también he andao por la Pega
cruzando por Jocolí
y al tranco de mi caballo
también m'hi güelto perdiz.
Yo vengo de las lagunas
sin tener una fortuna
que mi caballo y mi recao...*

Cronistas de Cuyo

Juan López de Velasco	1590	<i>Geografía y Descripción Universal de las Indias.</i>
Fr. Reginaldo de Lizárraga	1600	<i>Descripción colonial.</i>
Alonso González de Nájera	1607	<i>Desengaño y Reparación de la Guerra del Reyno de Chile.</i>
Alonso de Ovalle	1644	<i>Histórica Relación del Reyno de Chile y de las Misiones y Ministerios que ejercita en él la Compañía de Jesús.</i>
Diego de Rosales	1665	<i>Historia General del Reyno de Chile.</i>
P. Nicolás del Techo	1670	<i>Historia de la Provincia de Paraguay.</i>
Jerónimo de Quiroga	1680	<i>Compendio Histórico de los Principales Sucesos de la Conquista y Guerra del Reyno de Chile hasta el año 1659.</i>
Miguel de Olivares	1738	<i>Historia Militar, Civil y Sagrada del Reyno de Chile.</i>
P. Pedro Lozano	1740	<i>Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia de Paraguay.</i>
Manuel de Amat y Junient	1760	<i>Historia Geográfica e Hidrográfica de 1760.</i>
Miguel de Olivares	1766	<i>Historia Militar, Civil y Sagrada del Reyno de Chile.</i>
Abate Juan Ignacio Molina	1776	<i>Compendio de la Historia Geográfica, Natural y Civil del Reyno de Chile.</i>
Antonio de Alcedo	1789	<i>Diccionario Geográfico Histórico de las Indias Occidentales o América.</i>

Felipe Gómez de Vidaurre	1789	<i>Historia Geográfica, Natural y Civil del Reyno de Chile.</i>
Cosme Bueno	1790	<i>Descripción de las Provincias de los Obispos de Santiago y Concepción.</i>
Rafael de Sobremonte	1796	<i>Memoria.</i>

Cubren un dilatado período, desde la primera fundación de Mendoza hasta casi la época independiente; de ellos, nos interesan principalmente los referidos a los primeros años, porque nos suministran la imagen más prístina de esta tierra, nos transmiten las primeras impresiones de un territorio aun sin modificar demasiado por la mano del hombre; ello sin desconocer, por cierto, las obras de regadío debidas a los indios huarpes, que muestran un hecho crucial de nuestra realidad comarcana: desde siempre, en Mendoza, junto al desierto existió el oasis.

Si eran hombres de armas empuñados en una nueva cruzada, o hidalgos segundones en busca de crearse un patrimonio personal, las tierras de allende los mares prometían aventuras sin cuento, honores y riquezas; si eran sacerdotes an-

siosos de ganar almas para Cristo, la evangelización de los indígenas y el establecimiento de misiones en diferentes puntos del territorio americano parecía dar cuerpo al sueño de establecer un reino cristiano desde lo teológico y lo político.

¿Qué encontraron estos hombres en el territorio americano? Dentro de la diversa realidad indígena del siglo XVI cabían todos los matices: desde las tribus nómades a los grandes imperios; así también, la ocupación del territorio ofrecía un mapa sumamente desigual, en el que esta porción sureña que hoy nos toca habitar, era sin duda una de las menos favorecidas. Así, quienes -desde un lado u otro de la cordillera, desde el Pacífico o desde el Atlántico- fueran clérigos o soldados, penetraran en esa enorme extensión casi deshabitada que es ahora nuestra patria, encontraron precisamente eso: la alucinación del *vacío*, la conmoviente certeza de la *ausencia*, vale decir: el *desierto* en su más amplio y cabal significado.

Ausencia de núcleos civilizados o vacío de Dios, el desafío era el mismo: la apropiación del territorio por medio de los instrumentos materiales, como la fundación de ciudades o el sojuzgamiento de los indios, o espirituales, como la predicación, la Palabra Divina, pero también la humana; la lucha, pero también la pluma, la gracia de la escritura, la imagen estética. De allí que la dualidad -tantas veces recurrida- de "las armas y las letras" encuentre en territorio americano una esencial unidad en la figura del soldado cronista.

El territorio recién descubierto debió ser apropiado, desde el comienzo, por un triple gesto: fundacional, textualizador y utópico. Y esta apropiación de la realidad signa la historia americana, por ello su devenir puede ser pensado en términos de construcción de

una *imago*, una imagen de naturaleza estética pero con un trasfondo cosmovisionario, operación en la que el lenguaje deja de tener un valor instrumental para hacerse "nombrador" y "descubridor" de corrientes profundas en una realidad compleja.

Y no puedo negar que nombraron
con palabras acaso inexcusables
[...]

Y no puedo negar que te fundaron
vientre y valle, repartido tu cuerpo
en arena y en piedra
que los varios dedos pulsaron
hasta componerte agua,
esa íntima quimera
sembrada en la voz de los viajeros.

Pero déjame entonces
esa rebelión de mis ojos
erial
donde se hace menos fuerte
el espejo solo de las palabras.

Bettina Ballarini. Sin fundación mítica.
Mendoza, Libros de Piedra Infinita, 2003, p.7

En la literatura hispanoamericana, desde los orígenes, el medio geográfico aparece en íntima relación de coexistencia, vinculado con la supervivencia. Esta característica, que podríamos denominar *proyección existencial del espacio*, sugiere que a ese territorio hay que vencerlo, conquistarlo, ocuparlo, y a la vez, textualizarlo,

porque de esa lucha entre hombre y espacio depende toda una configuración espiritual. Esa recíproca necesidad marca una actitud constante: para el escritor americano, el espacio nunca es simplemente un paisaje, un mero telón de fondo -más o menos solidario- sino el elemento de base sobre el que se configura la existencia hu-

mana, con distintos matices según las zonas geográficas.

Esta apropiación del territorio circundante, en el plano de la literatura, no debe confundirse con un realismo objetivista (presente, sí, en algunos períodos de la historia literaria que se apropian de la realidad principalmente a través de la copia mimética). Es que lo latinoamericano, como tal, exige una determinación de lo real que no aparece sólo a través de lo concreto o visible, sino también a partir de ciertos valores fundantes de esa realidad, que conforman un sustrato de creencias, mitos y símbolos típicamente americanos; vale decir, incluye una multiplicidad de planos aparienciales y no aparienciales, casi con pareja validez. Se puede hablar así de otra característica de la literatura en términos de *tendencia a la fabulación*. Es así como se lleva a cabo el proceso de apropiación de la compleja realidad americana, de sus aspectos mágicos y místéricos, tanto como los telúricos, a través de la tematización de la geografía local: lucha del hombre contra la inmensidad, contra el vacío americano. Este proceso cobra relevancia en una comarca como Cuyo, en la que desde un comienzo la posibilidad de habitación humana estuvo supeditada a la transformación del medio ambiente, a través del riego, o sujeto a las contingencias cli-

máticas imposibles de modificar (el cierre invernal de la Cordillera).

Hechas estas reflexiones, en las que se intenta demostrar la íntima compenetración de los planos histórico y legendario, veamos algunos hechos que tienen que ver especialmente con esta zona.

Las tierras del actual Departamento de Lavalle estaban ocupadas por los huarpes, sobre todo en las zonas alledañas a la laguna de Huanacache (o Guanacache), gran espejo de agua que permitía la formación de pastizales bañados por los ríos Mendoza y San Juan. Al lugar lo llamaban Tulú-Mayú o Tulumaya (actual nombre de la villa cabecera del Departamento).

Los primitivos habitantes de esta región eran indios pacíficos y laboriosos. Eran además buenos agricultores. Esta actividad los convirtió en sedentarios. A sus aldeas las establecían distantes alrededor de 20 kilómetros unas de otras y rodeadas por los sembradíos. De esta forma aprovechaban mejor el sistema de riego y podían compartirlo entre varios poblados (cada asentamiento estaba compuesto por seis o siete viviendas). Construían sus viviendas de piedra en la montaña y, en la llanura, con barro, paja y carrizo, y con una peculiaridad: eran semisubterráneas, ubicadas en una depresión del terreno. Sus utensilios eran de madera y de piedra, se-

gún los restos arqueológicos hallados en excavaciones.

Sus vestimentas las realizaban con pieles y plumas que tomaban de los animales que cazaban - guanacos, ñandúes...- y también con fibras de plantas. ¿Cómo se

vestían?. Se colocaban una manta tejida en lana o fibra vegetal que se ajustaban a la cintura. Otra manta servía de cobertura a la espalda y los hombros. Iban prendidas por delante con una espina de algarrobo o espinillo.

“Los huarpes”

“Cuando los primeros españoles llegaron a lo que es hoy la provincia de Mendoza, la población indígena estaba compuesta por dos grandes parcialidades: la de los **huarpes** y la de los **puelches** [...]”

Se ha especulado acerca del significado del término ‘huarpe’. Según parece la raíz ‘huar’ tiene mucho que ver con el nombre propio de la divinidad de ese pueblo, que es Hunuc Huar. La partícula ‘pe’ se encuentra en muchas palabras relacionadas con situaciones de parentesco o consaguinidad [...] Siguiendo esta línea de pensamiento, podría interpretarse que ellos se consideraban como descendientes directos de la divinidad o bien que participaban del alma de la deidad principal”.

“Varios cronistas hacen referencia al aspecto físico de estos huarpes ya que, a sus ojos, los perciben como diferentes de los otros grupos indígenas americanos [...] De acuerdo con las descripciones realizadas se puede configurar el tipo físico huárpido de la siguiente manera: la cabeza y la cara alargadas, bóveda craneana alta, estatura elevada, cuerpo delgado y no muy robusto [...]”

“Eran múltiples las actividades económicas que cumplían: caza, pesca, recolección de vegetales, agricultura, artesanías, casi con seguridad domesticación de animales y algo de metalurgia [...]”.

Adolfo Cueto – Aníbal Romano – Pablo Sacchero.
Historia de Mendoza. Fascículo 4
Mendoza, Diario *Los Andes* [s.f.].

Los rasgos huarpes según Fidel Roig Matóns



“Lagunerita”



“Joven trenzador”



“Hilanderá con huso”



**Artesanías huarpes en el Mercado Artesanal Mendocino
(Dirección de Turismo)**

Fidel Roig Matóns



“Autorretrato”

“Fidel Roig Matóns vino en 1908 a Mendoza desde su natal Gerona, Cataluña -entre los Pirineos y el Mar Mediterráneo-, con sus herramientas de arte: su violín, su paleta de colores, su escuela y disciplina europea sólidamente amasada en los centros educativos del viejo mundo.

Su saber artístico integral le hizo dedicarse intensamente a la música co-

mo violinista y a la plástica como pintor. Pero en el tiempo, el artista plástico predomina sobre el artista músico, y así forja la imagen que ha quedado grabada en la historia del Arte de nuestra Provincia y la Argentina.

A Fidel Roig Matóns pintor lo atrampa primero el nuevo terruño, su gente, el quehacer típico de los mendocinos. Después se apasiona con un mundo en extinción: el singular mundo del desierto huarpe, las lagunas del Rosario y de Guanacache y los últimos hálitos de la raza nativa.

En el tercer ciclo temático logra su máxima expresión creativa. Es la gesta sanmartiniana y su escenario más soberbio y revelador: las rutas del cruce del Ejército libertador por la Cordillera de los Andes, junto con la iconografía y la personalidad del General José Francisco de San Martín.

Su obra sanmartiniana es colosal y única en la Argentina. La concibió al final de los años '20 y quedó inconclusa en 1952, cuando pagó tributo a la luz y las formas con una afección incurable que lo fue privando gradualmente de la visión, consecuencia de la excesiva exposición a la radiación ultravioleta de la cordillera y por las dietas alimenticias no suficientemente controladas”.

Serafín García Sáez

Los huarpes constituían, entonces, un pacífico pueblo agricultor, que estaba dividido en dos parcialidades: los *allentiac*, que

ocupaban la actual provincia de San Juan, y los *millcayac*, que se ubican en el actual territorio mendocino.

“La tierra”

*¿Por dónde? ¿Por qué rostro?
¿Por qué plegaria hueca anda tu piel perdida?
¿Tu epidermis de orígenes?
¿Tu sangre indescubierta?*

Armando Tejada Gómez

Fue Cuyum
lugar de las arenas
Millcayac fue su idioma
Huarpe su sangre y su aliento
Huerto fecundo en medio de la nada

[...]
 Huentota se llamaba El Valle
 lo cruzaban canales, acequias, montañas
 se vestía de maíz
 se adornaba de quinuas, zapallos, algarrobas
 [...]
 Un anillo de fuego reinaba y era Señor
 Amo de las cosechas
 Patrón del puma y el ñandú
 Curaca del verano
 Dueño y hacedor de las cosechas
 [...]

**Oscar Miremont. *Los hijos de Huar;*
 (Pequeña historia poética de los huarpes).
 Mendoza, Zeta Editores, 2010, pp. 13-14**

Tenían por vecinos al sur a los grupos cazadores y recolectores conocidos con el nombre genérico de *puelches* (gente del este). La cultura de los huarpes ha sido di-

vidada para su estudio en dos fases: la cultura prehuarpe de Agrelo y la cultura Viluco, que corresponde al período de dominación incaica.

“Unos 500 años antes de Cristo, la novedad es el conocimiento de la cerámica en la región. Los indígenas ingresaron así en la etapa que puede definirse como agro-alfarera.

La vida está organizada en pequeñas aldeas. La agricultura adquiere una mayor área de difusión y continúan las prácticas ancestrales de caza y recolección.

El proceso cultural acentúa su desarrollo llegándose a culturas como la de Agrelo, en Mendoza, o la de Ullún en San Juan, que se establecen firmemente en el piedemonte oriental de la precordillera de San Juan y Mendoza [...] A la cultura de Agrelo (Luján de Cuyo) le sigue en el tiempo, con toda probabilidad, la de Viluco (San Carlos) que sería el antecedente prehistórico de los huarpes [...]

A fines del siglo XV –aproximadamente 1480– los incas extendieron su dominación al noroeste y centrooeste argentino y Chile. En nuestra región

esta circunstancia queda reflejada en los escritos de los cronistas y en los vestigios materiales de dicha presencia [...] la cerámica característica de esta cultura, como así también sus ‘tambos’ como los de Ranchillos, Tambillitos, etc. y el camino incaico. Sin olvidar los notables santuarios de altura [...]”.

“Vestigios de un muy remoto pasado”.
 Diario *Los Andes*, 27 de abril de 1986

En efecto, algunos historiadores calculan que a la fecha de la llegada de los españoles, varias parcialidades huarpes habían sido sojuzgadas por los incas desde hacía más de sesenta años. Este hecho se produjo a partir de la expansión del imperio incaico hacia

Chile: existen versiones acerca de que cuando el Inca Tupac Yupanqui invadió Cuyo en tiempos del jefe huarpe Cochagual, estos indígenas se replegaron hacia la zona de las lagunas de Hunacache para huir de la sujeción de los extranjeros.

Esa invasión es sentida como algo traumático y así lo refleja la literatura:

“Cochagual”

El Imperio Inca invadió las tierras del Cuyum hacia 1480. El cacique huarpe Cochagual junto con un grupo de hombres les presentó batalla, muriendo en dicha ofensiva

‘Sangre bebió la tierra del Huarpe, tributos de sangre volverá a exigirles a sus hijos!’

Juan Pablo Echagüe

¡Cochagual!,
 tu nombre resuena entre las piedras!
 La tierra ha bebido tu sangre y no olvida.

Ella no olvida
 el pie del Inca Yupanqui invadiendo tu casa
 su mano soberbia destruyendo a su paso
 su brazo imperial abarrotado de codicia.
 [...]

El Inca traía el Tahuantisuyo,
el imperio invencible de los cuatro vientos
traía los caminos, los quipus,
los chasquis, los tambos,
ellos eran la nueva civilización
el señorío
el águila en este continente de barro y piedra.
Tú, Cochagual los enfrentaste
te opusiste a ellos desde la rebeldía del simple
desde tu orgullo de raza piedra
desde tus medanales de pobreza
[...]

**Oscar Miremont. *Los hijos de Huar;*
(*Pequeña historia poética de los huarpes*).
Mendoza, Zeta Editores, 2010, pp. 17-19**

Oscar Miremont nació en Mendoza en 1957. Es Profesor de Historia recibido en la Universidad Nacional de Cuyo y Enfermero Universitario por la Universidad Nacional de Quilmes. Actualmente se desempeña como docente en Centros de Educación de Adultos (CENS). Siente una fuerte atracción por el teatro y se ha dedicado a él de una manera fuerte y apasionada, participando en más de una obra teatral.

Sus antepasados se ligan a lo francés por línea paterna, y a los huarpes originarios por su madre. Ambas raíces se conjugan en su libro ***Los hijos de Huar;*(*Pequeña historia poética de los huarpes*)**, donde se relata poéticamente la epopeya del pueblo huarpe.

Ha publicado también otros dos libros de poesía: *La Orilla y los fantasmas* (2004) y *No me pidas que me muera contigo* (2007).

También José Corradini, en su novela *El huarpe*, reconstruye esta invasión inca a los territorios de Cuyo, pero otorga especial prota-

gonismo al cacique Goaimalle. Hace igualmente una hermosa reconstrucción de la vida de los pacíficos indígenas huarpes.

“El joven Goaimalle se levantó antes que el sol hiciera su aparición. Las ‘quinchas’ de su aldea se apretaban en la llanura que daba al gran lago. El caserío parecía una dentada colina. Él se dirigió hacia la Pacha Mama y es-

parció unas mazorcas de maíz. Esa mañana iría de cacería, pedía protección al dios del Viento, al dios de la Montaña. Invocó a los genios buenos que habitaban en lo alto, donde la luz del sol cae sobre la tierra de los huarpes, hecha oro y hecha blancura. Goaimalle tomó unas calabazas y las ató en su cintura. Sin apuro se dirigió hacia la laguna [...]

Goaimalle se metió por los herbazales de la ribera, rica en totora; de vez en cuando apartaba las exuberantes plantas, las que su familia, los ‘millcayac’ llaman ‘tule’. Unas canoas de totora se mecían en la orilla. En el amanecer la laguna reposaba, a sus ojos ofrecía una línea precisa al desposarse la luz con la tierra. El sol se reflejaba en ella como un espejo. Tan sólo esa monotonía de gris plateado era interrumpida por la reiteración de dispersas bandadas de patos [...].”

**José Corradini. *El huarpe*.
Mendoza, [s.e.], 1992, pp. 14-15**

Pero según otras versiones, como por ejemplo la de Juan Draghi Lucero, los huarpes constituían un *mitimae*, es decir, un “pueblo trasplantado” por los propios incas para asegurarse la protección de la frontera sur de su imperio.

Tostados por el ardiente sol del arenal y el desierto, espigados, muy enjutos, bien tallados y dispuestos, los huarpes constituyen la última cultura aborigen que ocupó Cuyo.

“Los indios de las provincias de Cuyo, aunque por la vecindad y frecuente comunicación con los de Chile se les parecen en muchas cosas, en otras no, porque, lo primero, no son tan blancos, antes son de color tostado, y debe ser alguna causa de esto el grande calor que hace en sus tierras el verano [...] Para contrapeso de estas ventajas que los indios de Chile hacen a los de Cuyo, se la hacen estos a aquellos, lo primero, en la altura de sus cuerpos, porque los de Cuyo son de ordinario como varales, aunque no son tan robustos ni fornidos como los de Chile, porque son muy delgados y enjutos y crían muy poca carne; no vi jamás ni uno gordo entre tantos que he visto [...] generalmente son más velludos y barbados que los de Chile, pero como no dejan tampoco crecer la barba sino que la pelan como ellos, tienen más trabajo, y nunca llegan a alisarla con tanta perfección. Son casi todos bien tallados y dispuestos, galanes de cuerpo, bien agestados, de buenos ingenios y habilidades; las mujeres son delgadas y muy altas y en nación alguna he visto jamás que lo sean tanto”.

**Alonso de Ovalle.
Historia General del Reyno de Chile y de las Misiones y Ministerios que ejercita en él la Compañía de Jesús. 1644**

Sabemos que los huarpes, a la llegada de los españoles, estaban establecidos en varios sitios de la Provincia, principalmente en el actual territorio de Guaymallén y en

la zona lacustre que denominaban “Huanacache”. Los caciques cedieron al fundador de Mendoza las tierras necesarias para cumplir con su cometido.

“A esta sazón sabiendo que a las espaldas de la gran cordillera estaba una provincia llamada Cuyo, determinó enviarla poblar. Nombró para este efecto al Capitán Pedro del Castillo, que poniéndolo en ejecución, pasó la cordillera nevada y llegó a un valle llamado en aquella lengua Guentata. Sabido por algunos naturales su venida, los salieron a recibir de paz, como particular los cacique Oleiunta, Allaime, Guaymare, Anato y Talabeste. Aquí pobló Pedro del Castillo una ciudad y repartiendo los indios de aquella tierra entre los soldados pobladores que fueron con él [...]”.

Suárez de Figueroa
Hechos de don García Hurtado de Mendoza.
L III, p. 76



Rafael Cubillos. “La fundación de Mendoza”

El nombre de *Huanacache* designa un complejo lacustre que se iniciaba en Jocolí, a manera de punta de agua, para extenderse a lo largo del límite interprovincial de Mendoza y San Juan, torciendo hacia el sur para acompañar el límite con San Luis, hasta la laguna de Silverio —a la altura de la Villa de Lavalle— donde nace el río Desaguadero. Constituía así “una hoyada que fue tomando distintas formas con el paso del tiempo, pero que en los veranos terminaba por coleccionar los desagües de los ríos Mendoza y San Juan formando un inmenso mar mediterráneo donde abundaba la pesca y los pastizales naturales, la vegetación profusa de cañizos y totora y los bosques de algarrobos” (“El pueblo huarpe; Sobrevivencia a través de sus creaciones”. *Los Andes*, 11 de noviembre de 1984).

Estas extensas lagunas daban vida a innumerables peces, algunos de ellos tan sabrosos que llamaron la atención de los europeos que llegaban a la región con la conquista y evangelización. La naturaleza también dotó a esta tierra de bosques de chañares y algarrobos, cuyo fruto era muy apreciado, ya que lo utilizaban para preparar arrope, una bebida llamada *añapa* y el pan conocido como *patay*.

Los huarpes fueron un pueblo integral, con su lenguaje, con su

cultura, sus pequeños asentamientos poblacionales, su comercio: “del comercio, queda el tendido de la ruta ‘de las Altas Cumbres’, que coincide con el trazado de la ruta que utilizaban los huarpes para llegar hasta las grandes salinas de los comechingones y concretar trueques de sal por tejidos y otras artesanías” (“El pueblo huarpe; Sobrevivencia a través de sus creaciones”. *Los Andes*, 11 de noviembre de 1984). De su lenguaje nos queda apenas un conjunto pequeño de voces elementales, recogidas por los misioneros; “de su cultura global, los juegos artesanales en forma de canastas, ponchos, catiteros y otros usos prácticos que se conservan en los puestos que acompañan los bordos de las viejas lagunas” (“El pueblo huarpe; Sobrevivencia a través de sus creaciones”. *Los Andes*, 11 de noviembre de 1984).

Con respecto a la cultura huarpe a la llegada de los españoles, pueden señalarse como características que dan la prueba de su contacto con los incas las siguientes: domesticación de animales como la llama, mejoras en el sistema de regadío, uso de prendas de origen andino, como la *camiseta* que el varón se ponía al llegar a la pubertad, el dominio de la lengua quechua por parte de cierto sector de la población (probablemente

los encargados de tratar el tributo con los representantes del Inca).

El novelista mendocino Javier Pacheco (seud.), en una muy interesante novela, titulada ¿Nunca viviremos en primavera?, deja testimonio de dolorosos episodios de la historia argentina reciente, haciendo coincidir las distintas edades del protagonista con estaciones del año: así, el otoño corresponde a sus estudios universitarios en La Plata, cuando la revolución del '55; el invierno, a su forzado exilio en Chile, perseguido por la Guerrilla. El verano, por su parte, es el tiempo de su niñez lavallina, y el narrador aprovecha para darnos –además de la intriga novelesca– una serie de apuntes de valor antropológico-cultural. Así por ejemplo, respecto del hablar lugareño, aporta un dato curioso que habla de la herencia huarpe:

“Todos los mendocinos de origen criollo, y aun los de la inmigración, si viven en el campo, han recibido como aporte huarpe el ieísmo y la nasalidad, acentuados por una falta de vocalización clara atribuida a la ausencia de yodo”.

Javier Pacheco (seud.).
¿Nunca viviremos en primavera?
Mendoza, Círculo de Amigos, 1982, p. 27

Canals Frau, según documentación histórica y arqueológica relevada por él, señala que los huarpes cultivaban el suelo, principalmente maíz, quinoa, calabazas, zapallos, etc., que realizaban con riego artificial en algunas zonas. Las acequias que constituían la infraestructura hidráulica abarcaban todo el valle y se conocían

con el nombre del cacique cuya tierra regaban. Pero la agricultura no era la única actividad encarada para la obtención de recursos alimenticios, y estaba complementada por la caza y la recolección, y en mayor grado, por la pesca. La recolección se basaba fundamentalmente en las vainas de algarrobo y las frutas del chañar.

La cabra de plata, de Juan Draghi Lucero, resulta una novela “suma”, síntesis de afirmaciones y vivencias ya expresadas por el autor en entrevistas, en artículos periodísticos o en obras anteriores, pero encarnadas aquí a través del discurso atribuido a los personajes que son, en rigor, meras proyec-

ciones de un mismo yo, el de Draghi mismo. Así, según señalan los críticos, como Graciela Maturo, esta obra resulta “una relación novelesca cuya enjundia documental la transforma en una suma antropológica, pero es a la vez un vasto poema, y una tesis en defensa de la mentalidad y la cultura popular”. De ello dan cuenta, por ejemplo, fragmentos como el siguiente:

“-Ése es el chañar, árbol indio. Da un fruto amarillito, muy harinoso y dulce que comen los niños. De él se hace un arrope muy apreciado. La madera sirve para rodrigones de viña por ser resistente y durable, y no pudrirse en terrenos húmedos. Arde muy bien y sus raíces se emplean para tintura”.

Juan Draghi Lucero. La cabra de plata.
Buenos Aires, Castañeda, 1978, p. 26

Pero sin ninguna duda fue la algarroba el principal fruto de recolección, ya que es evidente la existencia de bosques de algarro-

bos o algarrobales en los valles centrales, propiedad de los distintos caciques, a cuyos súbditos se los conocía como “algarroberos”.

“Aquel es el árbol del algarrobo; da vainas con fruto como el poroto del que se hace el rico pan indio, el patay, que alimenta y da fuerzas al hombre. Ese fruto cuando madura es el mejor recurso invernal para la hacienda mayor y menor. Las mujeres y niños lo cosechan y muelen para preparar el sustancioso patay, y lo que resta del cernido de las vainas machacadas sirve para preparar la añapa, bebida refrescante, y si se hace fermentar, se consigue la aloja, licor muy apreciado. Finalmente los restos que quedan se destinan para cebar mate [...] La madera de este árbol maravilloso sirve para horcones de ranchos y ramadas. Se lo aprecia como rodrigones y cabeceras de contraespalderos de viña. Para el fuego es muy apreciada su madera, de la que hacen los hachadores un carbón muy ardentor, de brasas durables... Las cabras comen sus brotes verdes. Este árbol es la bendición de Dios en los campos despoblados: con justicia lo llaman ‘el árbol del pan’. Esos montecitos que ve por allí es el retortuño. Lo comen las cabras y es muy solicitado por abejas y abejorros. Da una flor amarilla y enrosca sus semillas. De sus raíces, al hervirlas, se consigue un hermoso color para teñir lanas. Aquel monte cespado es la zampa, comida por burros y cabras. Más allicito vea unos fiques de flor amarilla que da un tinte muy apreciado en hirviéndolas [...]”.

Juan Draghi Lucero. La cabra de plata.
Buenos Aires, Castañeda, 1978, p. 26

También Gregorio Manzur, en su “diario de viajes” por las zonas del desierto lavallino, nos ilustra sobre la flora regional y sus características:

“- ¿Y ese algarrobo, o taco, estaba presente en la zona de Guanacache?
- Sí, de hecho toda esta llanura, donde están las lagunas, es un algarrobal. Tanto el algarrobo como el alpataco, el retortuño... ¿sabés cuál es el retortuño? Bueno, es un hermanito, digamos, del algarrobo. Toda esta zona está dominada por el algarrobo dulce, que es nuestro. Lo interesante es que hay algunas plantas en que se mantiene el nombre aborigen. Por ejemplo, el chañar, que quiere decir *que se desnuda*. ¿Viste el tronco del chañar que se le salen las cáscaras? Bueno, los españoles cuando llegaron no lo bautizaron. En cambio al retamo sí que lo bautizaron. Se trata de una planta nuestra, nativa, que se parece al retamo traído de España, que tiene las flores amarillas y ramas verdes. Entonces le pusieron *retamo*. O sea que los Conquistadores no sólo nos conquistaron, sino que conquistaron con su lengua, rebautizaron todas las plantas, todos los animales, les pusieron el nombre de ellos”.

Gregorio Manzur. Guanacache, las tierras de la sed.
Mendoza, Fundación Marañón, 2007

Por medio de la caza obtenían la mayor cantidad de recursos alimenticios de origen animal. El método huarpe para cazar era “por cansancio”: seguían a la presa trotando durante dos o tres días –casi sin ingerir alimentos- al cabo de los cuales el animal, agotado, no

podía evitar su captura. Las armas que usaban eran el arco y la flecha y los animales cazados eran principalmente el guanaco y el ñandú, a los que se agregaban liebres, perdices, distintas variedades de patos y otras aves principalmente acuáticas.

Estas aves eran capturadas en las lagunas con un método muy particular, según cuenta el jesuita Diego de Rosales:

[...] hay en esas lagunas muchos pájaros, pavos y aves, y para cazarlos los indios usan un singular artificio, ya que echaban calabazas en las lagunas que se anden sobre las aguas, con que los pájaros no las extrañan, sino que se sientan sobre ellas y entran entonces los indios, cubiertas sus cabezas con otras calabazas y como no los extrañan no huyen y sacando el

indio la mano va tomando cuantos pájaros quiere y metiéndolos en el agua, sin ahuyentar a los demás”

Diego Rosales. Historia General del Reyno de Chile.
1665

En las lagunas también se practicaba la pesca y habían instalado precarios secaderos de pescado para preparar la mercadería que llevaban a otras partes de Cuyo.

Los huarpes poseían cerámica policroma de carácter ceremonial. Se destacaron en cerámica fina, moldeada y pintada con figuras, generalmente geométricas, y también festoneada.

Gregorio Manzur recoge testimonios “de primera mano” en su viaje por Las Lagunas:

“- Es verdad, los Huarpes han sido muy buenos alfareros.
- Y de ahí de las Lagunas sacaban la tierra. Había arcilla que tenía muchos años abajo el agua. Arcilla colorada y arcilla negra. Molían la piedra bien molidita y la revolían con el barro. Tan bien amasau que después levantaban la pieza. Y entraba a cocinarlo tan bien cocinao, que usté la tira al suelo y corre por el piso y no se le hace naa. Cosa de agarrar con una piedra y pegarle y no se rompe.
- ¿Qué formas
- Y las más en forma de ollitas. Ollas con manija, para hacer la comida. Otras en forma de jarritos. Yo hi visto un plato como un pescao. La cabeza pa'cá del pescao, la cola pa'llá, pero adentro es un plato. Cuando tengamos el museo, esa pieza va a estar ahí. Usté la tira y no se rompe. Como si jue-
ra un fierro.
- ¿Cómo cocían ellos?
- Eso no se sabe. Parece que las han sabido cocinar en pozos, no en hornos. Hacían pozos y lo caldeaban hasta que daba un punto. Y ahí metían las piezas.
- ¿Hacían dibujos?
- Les hacían dibujos en forma de víboras, otros en triangulitos, o en forma de eses, así. Dice mi agüela que han sabido hacer dibujos en forma de letras. A la manera qu'ellos hablaban, el idioma d'ellos. Las hacían en los picheles. El piche es como una damajuana de cinco litros, con el piquito a una

orilla. Se usa para llevar agua, traer agua.

[...]

- Ojetos de utilidad.
- Todo lo que hacían, eran cosas útiles”.

Gregorio Manzur. *Guanacache, las tierras de la sed.*
Mendoza, Fundación Maraón, 2007

Eran asimismo verdaderos artistas en el arte de la cestería y este arte ha perdurado en la zona. De las orillas de lagunas obtenían

la totora con la que confeccionaban canastos y cestas. Construían asimismo balsas de totora, con las que navegaban por ríos y lagunas.

Así evoca Domingo Faustino Sarmiento esta milenaria artesanía:

“Habéis visto, por ventura, unas canastillas de formas variadas que contienen los útiles de costura de nuestras niñas, cerradas de boca a veces, a guisa de cabeza de cebolla, o bien abiertas, por el contrario, como campanas, con bordes, brillantes y curiosamente rematados, salpicados de motas de lana de diversos colores?”

Estas canastillas son restos que aún quedan en las Lagunas de la industria de los Huarpes. Servíanse en tiempos de Ovalle, de vasos para beber agua, tan tupido era el tejido de una paja lustrosa y suave que crece a orillas de las Lagunas de Huanacache. Esas lagunas destinadas a servir, mejor que las de Venecia, a poner en contacto sus lejanas riberas, llevando y trayendo en barquillas o en goletas de vela latina los productos de la industria y los frutos de la tierra.

El huarpe todavía hace flotar su balsa de totora para echar sus redes a las regaladas truchas”.

Domingo Faustino Sarmiento.
Recuerdos de Provincia

Adoraban, como los incas al Sol, a la Luna, al Lucero de la mañana y a los cerros. Otra de las deidades era Pachamama, a quien Draghi designa en su novela *La*

cabra de plata como “Señora de los Multiplicos”, o diosa de la fertilidad, a la vez que señala un posible sincretismo entre esta divinidad prehispánica y la Virgen María.

¿Quién es la Pachamama?

- “Para los antiguos incas, Mama Ocllo era la Madre Tierra, dueña de los rebaños; Pachacámac, el espíritu esencial que había dado alma al universo, y Pachamama [...] una deidad menor asociada con la tierra y la fertilidad.
- Según el cronista Luis de Monzón [...] se sacrificaba a la Pachamama (lo mismo que al Inti –el Sol– y a Huiracocha) ‘dos niños sin mancha’ una vez al año.
- [...] En nuestros pueblos andinos, el de Pachamama es culto principal, de la misma jerarquía-por efecto de sincretismo- que el que se rinde al Dios y a la Virgen cristianos.
- Algunos relatos montañeses encarnan a la diosa en una mujer ‘bella, alta y fuerte, de tez morena y pómulos salientes, que no se deja ver’. Otros [...] la identifican con una viejita muy pobre, a veces humilde, casi siempre huraña.
- Más allá de las encarnaduras que adopte, la Pachamama es para nuestros paisanos del Noroeste el equivalente de la Madre Tierra incaica. De ella venimos y a ella volvemos, siempre.
- Las primicias de una siembra, los primeros frutos de una cosecha, la primera sangre de una faena y hasta el primer trago de chicha o aguardiente deben ser ofrecidos a Pachamama.
- [...] Si se cumple con la Pachamama, se evitará algún daño en la majada, o se obtendrá el *multiplico* de los bienes. La fiesta ritual conocida como *Señalada* (marcación de los animales menores), se hace bajo sus auspicios [...].

Una oración

*Pachamama de estos lugares,
danos de tus vicuñas
para nuestro alimento.
Madre Tierra compasiva,
danos de tus vicuñas
para dormir sobre su cuero.
Por favor escúchanos.
¡Sé propicia! ¡Sé propicia! [...]*

Oscar Taffetani. “Quién es la Pachamama”.
Revista *Nueva*, 1993

De ese sincretismo religioso preexistentes hay reiterados testimonios escritos entre las nuevas creencias traídas por los misioneros y los cultos

“Y la Virgen es, digamos, su Patrona. Es a la que le piden todas las cosas. Porque ellos tienen una visión mística, poco tradicional con los cánones de la Iglesia. Ha sido una mixtura de la cultura que ellos tenían, relacionada con las fuerzas de la naturaleza, con los ídolos. Cuando llegan los jesuitas y borran todo el mapa, le ponen una Virgen, entonces ellos, en la Virgen y en los santos, ponen sus antiguas divinidades.

- ¿Es como la Madre Tierra?

- Claro, la Virgen es la madre tierra. O como San Vicente, que es el dios de la lluvia. Que la iglesia lo acepte o no, a la gente del campo le tiene sin cuidado. Porque ellos han hecho lo que han podido desde el silencio y la opresión. Entonces el cura se da cuenta que hay una gran disputa que tiene que ver con la historia. Son esas deudas que nunca se terminan de saldar”.

Gregorio Manzur. *Guanacache, las tierras de la sed.*
Mendoza, Fundación Marañón, 2007

Entre sus divinidades figuraba también Hunuc Huar, deidad benéfica que moraba en la cordillera y a la que hacían ofrendas, especialmente de alimentos, con el fin de solicitar dones de vida y salud, sobre todo al realizar el cruce de la cordillera. Al morir, aún son colocados en sus tumbas con las cabezas dirigidas hacia los Andes, donde mora el dios de la montaña.

Oscar Miremont compone una hermosa “plegaria huarpe” a esta divinidad suprema de los huarpes:

“Ven Señor Hunuc”

Hunuc Huar nuestro Dios,
nuestro Señor
nuestro Guía
nuestra Roca protectora
nuestro Zonda

nuestro Aconcagua en lo alto
nuestro Lucero de la mañana

Hunuc Huar señor del viento y de los medanales
padre protector del Huentota, Uspallata, Uco, Xaurúa, Guanacache
el que vive desde siempre
el que es

Ven Hunuc Huar
ven al Cuyum
ven y mira este desierto que quema
no nos abandones
observa ésta tu casa [...]
germina con tu mano generosa el algarrobo y el chañar
la jarilla y el caldén
el molle, el piquillín

Ven Padre del Zonda
no te olvides de tus valles
del agua que baja de la madre cordillera
del cóndor que reina en lo alto
del guanaco, señor de las llanuras
de tus hijos paridos por la tierra
[...]
Tú que habitas la montaña y la nube
tú que eres el dueño del rayo y el granizo
tú que nos has dado el maíz

Ve,
No te olvides de nosotros, tus hijos.

Oscar Miremont. *Los hijos de Huar;*
(Pequeña historia poética de los huarpes).
Mendoza, Zeta Editores, 2010, pp. 15-16

A esta deidad se agregaban otros espíritus, encarnación de los fenómenos naturales, como por ejemplo el rayo, a los que también pedían –mediante ofrendas- protección y amparo.

Guillermo Kaul Grunwald, en un poema, rescata la identidad aborígen en lengua originaria; allí señala algunos rasgos identificatorios de la cosmovisión que regulaba la existencia del milenarista habitante de Mendoza:

Hehe mayena

*Hehe mayena telamye
Chextigue cucuche cupi
Ita heehe maayena huelye
Chextigue cucuche cunuc
Hehe mayena xumucye
Chextigue chuteh maltegui
Yu hehe mayena cheye
Colchiyéctique utumye
Lec heehe mayena potoye
Chepinap epi telamta
Yu chepinap epi cunuc
Hunc Huarye colchiyetigue
Quer aytalec cu petete
Hehe mayena qualtaye
Epta ache xapigueguiam
Chguategue top maltegui*

Creo creo

Creo creo en el maíz
que da nuestro pan
y creo creo en el algarrobo
que brinda nuestra chicha
Creo creo en el sol
que otorga toda vida
y creo creo en la luna
que da salud al cuerpo
Y creo creo en el río
en dando el maíz
y en dando la chicha
para Hunuc Huar que cura
Igualmente también yo mismo
creo creo en la cordillera
allá donde los muertos
toman eterna morada

Creían también en augurios obtenidos por medio de la interpretación de los sueños y el canto de las aves. Contabilizaban el tiempo a través de los meses lunares. Las estrellas eran sus guías nocturnas. A las Tres Marías las llamaban “Kua-Huaglén”, a la Cruz del Sur, “Pono-Choique”, ya

que creían ver en ella la pata del animal, y a la Vía Láctea, “Epún”. Si bien no sabían mucho de astronomía, también tenían vocablos para denominar a los planetas: Marte era “Aucayoc”; Mercurio, “Catu-illa”, Saturno, “Huacha” y a los eclipses los llamaban “Lanyantu”.

Dato curioso

Una de las mujeres más hermosas entre estos aborígenes fue la llamada “Cacica de Angaco”, hija del Anta Huarpe. Esta fue la primera mujer huarpe en casarse con un español: Juan de Mallea, al fundarse la ciudad de San Juan en 1562. De esa familia desciende Domingo Faustino Sarmiento.

Sus ritos y celebraciones religiosas eran dirigidas por *curacas* o sacerdotes; la mayor parte de ellos estaban dedicados a los muertos: creían que sus difuntos iban a vivir otra vida en la montaña, de allí que los enterrarán con su ajuar completo: camisetas, mantas, bebidas y comida, como ocurre, por ejemplo, con la denominada momia del Aconcagua. “La costumbre era ta-

par la cabeza del difunto con un gorro de cestería y cubrir el cuerpo con cueros de guanaco o tejidos de lana de llamas o de guanaco. Estos enterratorios fueron realizados en grutas, en algunas de las cuales se han encontrado pinturas rupestres, que parecen aludir a una trilogía de divinidades” (“Vestigios de un muy remoto pasado”. Diario *Los Andes*, 27 de abril de 1986).

“¿Has adorado al Hunuc Huar, cerros, Luna o Sol? ¿Has ofrecido Chicha, Mayz u otra cosa al Hunuc Huar?... ¿Estando tú enfermo, o tu mujer, o hijos, has llamado algún hechicero para que te cure, o para otra cosa alguna?”

Las preguntas corresponden al primer mandamiento del catecismo en lengua allentiac confeccionado por el Padre Luis de Valdivia, el evangelizador de los huarpes, y permite inferir aspectos vitales sobre la vida espiritual de estos indígenas.

Fuente: “**Historia, costumbres y mitos de los huarpes**”.
Diario *Los Andes*, 27 de abril de 1986

Las ceremonias de carácter mágico-religioso se practicaban regularmente y se invitaba a los grupos de varios caseríos para compartirlas. Una de estas ceremonias tenía lugar en una habitación redonda de paja, levantada al efecto, donde durante unos cuatro días consecutivos los hombres bailaban, bebían y comían a discreción. Las mujeres eran excluidas y permanecían afuera a la espera del momento en que debían entrar a proveer más bebidas a los

hombres, “con la expresa prohibición de mirarlos, bajo pena de muerte” (“Historia, costumbres y mitos de los huarpes”. Diario *Los Andes*, 27 de abril de 1986). La dirección de este tipo de ceremonias estaba a cargo de un anciano, que quizás fuera un hechicero y que invocaba las fuerzas sobrenaturales valiéndose de un tambor. También dirigía exhortaciones y discursos a los presentes. Durante el desarrollo de la reunión se presentaban los niños varones a

la comunidad masculina, por lo que esta ceremonia constituía una especie de ceremonia de iniciación juvenil (Fuente: Catalina Teresa Michieli. *Los huarpes protohistóricos*.

San Juan, Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo UNSJ, 1983). En todas las aldeas había un chamán o hechicero que se ocupaba de los enfermos.

“El hechicero que hacía llover”

“La labor del hechicero incluía también la cura de enfermedades con procedimientos mágicos diversos. También se recurría a la fitoterapia, usándose hierbas inclusive para conseguir otros resultados como ser producir el aborto y la atracción del sexo opuesto.

Otra tarea del hechicero era la de hacer llover cuando escaseaban las precipitaciones, necesarias no para la agricultura sino para el desarrollo de las pasturas naturales con que se alimentaban los animales domésticos y los salvajes que cazaban. El procedimiento utilizado por este personaje era establecer contacto con un espíritu, asimilado por las fuentes hispanas a la figura del demonio, que consideramos como alguna especie de dios de las lluvias o de las fuerzas naturales en concordancia con la adoración de los fenómenos de la naturaleza”.

“Vestigios de un muy remoto pasado”.

Diario *Los Andes*, 27 de abril de 1986

Cuando los españoles llegaron a este territorio tomaron posesión de las tierras a orillas del arroyo Tulumaya, pero recién a partir de 1610 el presbítero Domingo Benítez (por indicación del obispo Pé-

rez de Espinosa) fundó la primera capilla en la zona bajo la advocación de Nuestra Señora del Rosario (patrona de Mendoza) con indicación de “aumentar la fe de los nativos”.

Según cuenta la historia oral pasada de padres a hijos - y rescatada por Zulema Araujo – uno de los portugueses de apellido Araujo raptó una princesa huarpe del noreste y la trajo en ancas hacia el sur con el fin de establecerse. Próximo al río Mendoza (en los límites con el Departamento de San Martín) fundó un caserío que dio origen al actual distrito de “Costa de Araujo”. Sus descendientes siguieron algunos por el lugar en trabajos agrícolas o con puestos caprinos, otros emigraron pero cuando la ocasión lo hace posible, la familia extensa se reúne y comparten el pasado común: momento propicio para revalorizar las raíces originarias y traspasarlas a los jóvenes.

Durante los siglos siguientes llegó a ser una de las zonas agrícola-ganaderas más importantes de la región. Poco a poco se fueron formando las primeras poblaciones estables. En 1749, el misionero franciscano Marcos Videla logró formar un pueblo alrededor de las lagunas. Esa comunidad fue el origen de las primeras poblaciones de Asunción, San Miguel y Lagunas del Rosario.

La población europea se incrementó en buena medida cuando en 1777 se enviaron prisioneros que se radicaron en las llamadas Lagunas del Rosario. Allí se dedicaron a la pesca vendiendo dicho alimento a los pobladores de la ciudad de Mendoza. Villa Tulumaya y San José nacieron como postas en el camino por el cual transportaban el producto a la ciudad.

Los huarpes se vieron forzados a abandonar la zona de Cuyo por diversos motivos: muchos fueron llevados a Chile en la época de la conquista española para trabajar en las minas. Otros huyeron hacia el sur y se unieron a otras tribus, como los puelches; otros se refugiaron en las lagunas de Huanacache, al igual que “españoles transgresores de sus leyes”...

Draghi Lucero apunta que “Su aislamiento de los grandes centros de San Juan y de Mendoza los apartó a sus propios nortes. No hay noticia de que esta población mestiza de Huanacache tomara parte en la Revolución de Mayo ni en la composición del Ejército de los Andes [...] Una leyenda muy vaga noticia que después de Chacabuco un grupo de soldados huarpes fue al cementerio de Santiago a llorar sobre los osarios de sus antepasados esclavos o alquilados. Cumplido el entrañable homenaje, retornaron sigilosamente a sus lares: a la tierra madre para allí ser enterrados”.

También fueron las lagunas refugio de perseguidos ya en la época independiente, como es el caso de Santos Guayama.

El desvío de los cursos de agua, con el consecuente desecamiento de las lagunas, motivó el ocaso del pueblo huarpe; así –nos dice Draghi Lucero- “el viejo paraíso indio y mestizo fue reduciéndose a impresionante secadal, que bate y quema un sol implacable por haberle abatido el hacha sus defensas arbóreas” (*La cabra de plata*. Buenos Aires, Castañeda, 1978, p. 10).

“- Estas lagunas eran todos triguales.
 - ¿Que se hacía con el trigo?
 - Se los llevaban a los molinos de San Juan. Para hacer harina.
 - ¿En su infancia, cómo se comunicaba la gente?
 - A caballo, en coche, sulky. Pocos vehículos habían.
 - ¿Estaba más poblado antes?
 - Menos población.
 - Pero yo he visto varios puestos abandonados.
 - Es que la gente está en la cosecha. Están cerrados provisoriamente. A fin de mes ya vuelven todos.
 - Antes pasaba el tren, traía agua...
 - Sí, el ferrocarril. Era muy lindo, habían muchos pasajeros para Mendoza. Un día iba para San Juan y al otro día volvía. Era muy lindo ese tren para viajar”.

Gregorio Manzur. *Guanacache, las tierras de la sed.*
 Mendoza, Fundación Marañón, 2007

Gregorio Manzur nos transmite la historia del poblamiento de la zona: “Cuando llega el ferrocarril se empieza a colonizar toda esta zona. Después llega la vitivinicultura, la fruticultura y vino todo el desarrollo agropecuario. Entonces van naciendo estas pequeñas colonias, que son la Villa Tulumaya, Costa de Araujo, Gustavo André. ¿Y a qué venían estas gentes? Venían a hacer vitivinicultura, ya que las vides las trajeron ellos de Europa. No es nuestra, la vid. Con ese desarrollo se empieza a usar el agua. Y los inmigrantes siguen la tradición del Indio, del aborigen, aplican su manera de sistematizar el uso del agua. Como es tan escasa el agua en zonas áridas, entonces era necesario hacer cana-

les. El canal Cacique Guaymallén, que atraviesa la ciudad de Mendoza de largo a largo, lo hicieron los Indios. El inmigrante adopta ese manejo controlado del agua. Las acequias, los canales de riego, regar a través de surcos [...] Nace entonces una metodología agraria que identifica a la zona de Cuyo. Se arman fincas, se arma todo el desarrollo vitivinícola. El agua que antes se perdía en los campos, se queda en la zona donde hay desarrollo agropecuario. Agrícola en este caso. A medida que fue creciendo este oasis, toda la zona de campo, toda la zona de laguna, empieza a perder carga de agua y se van secando las lagunas. O sea que, en definitiva, el secado de las lagunas de Guanacache,

tiene que ver, absolutamente con el hombre. Más allá de los ciclos biológicos, de los ciclos geológicos, es el hombre el responsable

de la desertificación de las Lagunas” (Gregorio Manzur. *Guanacache, las tierras de la sed.* Mendoza, Fundación Marañón, 2007).



Corral de cabras

El extenso territorio desértico está custodiado sólo por los puesteros – últimos herederos de los huarpes– que habitan los pequeños oasis y viven de la cría de chivos, de la venta de guano caprino y de la recolección de junquillos (con lo que se fabrican las escobas) principalmente. Hoy, el número de habitantes se eleva, aproximadamente, a cinco mil personas.

Tienen su estilo de vida adaptado al ambiente por ello la región es, además, una importante reser-

va cultural. Mirados con ojos de ciudad, los pobladores del lugar tienen una vida precaria. En las casas no hay baños, ni luz eléctrica, ni agua de red, ni servicios cerca. Pero los hombres mantienen la sabiduría natural, viven con lo que tienen y están compenetrados con el terruño.

Las vías de acceso son muy difíciles dado que lluvias esporádicas, muy violentas, destruyen los caminos, sumadas a crecientes intempestivas del río Mendoza que traza canales enormes cortando

los caminos, destruyendo las casas y aislando a los habitantes. También azota el Zonda, viento frío que nace en el océano Pacífico, descarga su humedad al cruzar la cordillera y se vuelve cálido y polvoriento en Mendoza; crea luego una zona de baja presión atrayendo un viento helado que viene del sur. Otro peligro es la presencia de animales venenosos, tales como la serpiente Yarára, la víbora Cascabel, la Coral y el temido “matuas-to”, lagarto cuya mordedura “es mortal para hombres y animales”. Debido a la caza intensiva de guanacos, avestruces y otros animales de la montaña, los pumas bajan hasta las Lagunas, causando

estragos en los rebaños.

A esto se suma la falta de agua potable -a pesar de los reiterados intentos por hacer perforaciones. Los puesteros se resignan entonces a cavar pozos a pico y pala (pozo balde) para acceder a las napas freáticas, halladas a veces a diez o quince metros de profundidad. Los servicios sanitarios son prácticamente inexistentes, lo que hace que las personas gravemente enfermas no tengan ni tiempo ni medios de ser atendidas. Los puestos se hallan a veces a 10 o 20 kilómetros de distancia los unos de los otros pero las fiestas patronales, que tienen lugar varias veces al año, facilitan los encuentros.

“[...] le pregunté a Fausto, ¿qué eran las Lagunas para él?

- Y, un lugar, un espacio, un templo, qué se yo. Una reserva. Es el espacio donde todavía viven los últimos huarpes. Aunque muy mestizados, pero todavía viven. Hay una energía creadora, muy intensa. La naturaleza con todos sus extremos. Si hay sol, el sol es total, vertical, como espada. Si hay frío, el frío va hasta la sangre. Espacio, un gran horizonte y un cielo permanente. No hay ruido de ningún tipo, ni visual ni auditivo. Entonces todo lo interno se manifiesta. Y esto moviliza mi mundo interior. Así nacen varias esculturas. Figuras, modelados que brotan de ese espacio tan bondadoso que son las Lagunas. Me siento muy bien con la gente, los quiero mucho. He trabajado dos años con un proyecto de enseñar cerámica aquí. Oficio que se perdió. La cestería siguió, los tapiceros también. Pero la cerámica se perdió”.

Gregorio Manzur. Guanacache, las tierras de la sed.
Mendoza, Fundación Marañón, 2007

También la música ha pervivido la antigua raíz huarpe, por obra y gracia de unos de sus hijos: Marcelino Azaguate.

“Marcelino Azaguate, un hombre conectado con la tierra”

“Nació en Mendoza y, desde aquí, ha saltado hacia otros horizontes. Es que Marcelino Azaguate está profundamente imbuido en la búsqueda de sonoridades étnicas, ligadas a las raíces, la tierra y la identidad de los pueblos.

Él es quien escribe y compone sus canciones; y su trabajo ha tocado los corazones de aquí, y de otros territorios.

En 2008, terminó de grabar su primer disco en El Cangrejo Records (el estudio que tiene Karamelo Santo en Buenos Aires); que fue, por su calidad, declarado de Interés Legislativo por la Cámara de Diputados de Mendoza.

[...] En la aventura escénica lo acompañarán los músicos: Pablo Azaguate (percusión), Raúl Reynoso (guitarra) y Sebastián Narváez (guitarra)

Antes de esa ocasión, este hombre ligado a la naturaleza, nos apunta detalles de cómo él sabe disfrutarla a pleno.

-¿Cómo es tu fin de semana ideal?

-Es pasarlo en el campo donde están mis parientes, a la orilla del río y el fuego. Y mejor aún si hay luna llena.

-¿Qué es lo que más disfrutás del domingo?

- Hacer una escapada corta para algún lugar de Mendoza, a la montaña o al Valle de Uco.

-Como salida, preferís: ¿teatro o restaurant con número artístico?

- El teatro sin dudas. No me gustan los shows para engordar (se ríe). Siento que es como una falta de respeto a los artistas, aunque a veces no nos queda otra.

-¿Qué lugar de Mendoza nos recomendás para pasar un fin de semana?

-Las Lagunas de Guanacache en esta época, y hasta septiembre aproximadamente, que es un gran recorrido en una naturaleza salvaje; donde uno puede estar consigo”.

Diario Los Andes. Suplemento “Estilo”,
viernes, 04 de junio de 2010

El despoblamiento de la zona llega a constituir una verdadera “postal del abandono”, como la que nos pinta Gregorio Manzur: “Taperera, es la palabra que designa el puesto abandonado. Las dunas, hijas del viento, acercan su lengua sedienta y rodean el puesto solitario. Poco a poco los algarrobos vuelven a ser nidos de catas, a ser leña en los hornos de pan o pasto de chimeneas; las iguanas se adentran con tranco incierto en lo que fue cuarto matrimonial. En aquel de los niños bordonea un enjambre de avispa roja; ocupan los intersticios de los adobes las temidas vinchucas moras; el viento entra y sale por debajo de

camas convertidas en catres con elástico vencido. En el patio ha quedado la bombilla del mate a medio enterrar, un pedazo de cartera de la señora, roída, vaya a saber por quién; un azadón olvidado; la jaulita de la cata estrellada junto al horcón... ¿Qué ocurrió con esa familia? ‘Y... se jugaron pa la suidá’”. (Gregorio Manzur. *Guana-cache, las tierras de la sed*. Mendoza, Fundación Marañón, 2007).

Hoy los descendientes de los antiguos huarpes se encuentran en proceso de organización; 5.000 son aproximadamente los integrantes de las once comunidades huarpes de Huanacache del Departamento de Lavalle.

Después de tres días de trabajo y reflexión conjunta, entre representantes de las comunidades aborígenes y miembros de instituciones varias, se llegó a la firma de un Acta de Compromiso, votada y aprobada por unanimidad, para hacer efectivo el camino que se inicia de acompañamiento al pueblo huarpe.

Acta de compromiso

Entre los puntos sobresalientes figuran los siguientes:

- **Posesión comunitaria de la tierra:** como un punto de partida para el cuidado y la protección del medio ambiente.
- **Acceso al agua:** derecho al acceso a un recurso vital, que la desertificación ha impedido.
- **Emprendimientos productivos:** diseño de proyectos desde las comunidades. Implementación de centros de salud, en comunidades como La Josefa y El Retiro.
- **Arte huarpe:** comenzar a utilizar este término y no “artesanía”.
- **Gestión participativa:** promover comisiones de trabajo de jóvenes vinculadas a proyectos que comprometan el patrimonio arqueológico, histórico y cultural. Promover, además, encuentros de interculturalidad.
- **Difusión de la cultura:** fortalecer en el Nivel Inicial y EGB 1 y 2, e iniciar en el Polimodal el proceso de construcción de una currícula cultural con la participación de todas las comunidades.

“Renaciendo que no es poco”

“La luna caía a pique, dejando que su estela de plata cubriera como una piel las dunas de los antiguos terruños de Huanacache. Noche fría, pero con un sinfín de estrellas anunciando una alborada luminosa. A campo traviesa, cubiertos por matas y abrazos, los niños de la Escuela N° 8468 “Elpidio González”, junto a sus maestros, miembros de la comunidad de Lagunas del Rosario (Departamento de Lavalle, Mendoza) e invitados especiales, caminaron hacia el centro ceremonial, un mojón de arena desde el cual divisar el horizonte, abierto hacia un generoso cielo promisorio de sol.

Era la madrugada del último 24 de junio, y los paisanos huarpes celebraban el nacimiento de un nuevo año, como muchos pueblos aborígenes, cuando el solsticio de invierno marcaba el comienzo de un renovado ciclo de la naturaleza. *‘Nos afirmamos en nuestra raíz para poder mirar lejos, para continuar el camino. Que este nuevo año nos encuentre unidos en este sentimiento que nos inunda y fortalece’.*

Las voces de Rogelio Aguilera y Mariano Rodríguez, maestros ambos, sonaron como una campana de bienvenida en esa hondonada azul de madrugada [...]

Cuando amaneció, la gente del lugar se saludó y besó en silencio, sin cantos, música ni danzas. Poco queda de aquellas manifestaciones culturales originarias, sólo un par de gestos simbólicos que resume el deseo más profundo: el reconocimiento de sus identidades. Desde un cántaro se derramó agua, la tierra bebió con pasmosa inmediatez; las ramas de atamisqui sirvieron para purificar corrales y los niños invitaron a desayunar [...] Gestos, símbolos, palabras, renacer”.

Bibiana Fulchieri. “Renaciendo que no es poco”.
Revista Rumbos

El arte de los antiguos huarpes subsiste, transfigurado, estilizado:

“Agua pura”

Una muestra de esculturas con material reciclado que Rodolfo Carmona, en homenaje a sus ancestros huarpes, presenta en Mendoza.



“Vivir y dejar vivir era una de las máximas axiales de la cultura huarpe, dejar que las cosas transcurran como lo hacen los ríos, siempre iguales a sí mismos y siempre distintos. El artista Rodolfo Carmona, tercera generación de huarpes, lo sabe bien [...] Porque todo se transforma [...]”.

Revista *Rumbos*

“Armando la balsa” -
Fidel Roig Matóns



HISTORIA Y LEYENDAS DE LOS ARENALES

La presencia española en Chile se hizo efectiva el 12 de febrero de 1541, cuando Pedro de Valdivia funda la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo y, poco después, La Serena. Pero la ocupación real del territorio fue una de las empresas más arduas de la historia de la conquista americana, debido a la belicoidad de las tribus aborígenes. En

efecto, resultó dificultosa la conquista del *Reyno de Chile* por la terrible Guerra del Arauco, de la que dan cuenta dos poemas épicos hispanoamericanos: *La Araucana*, de Alonso de Ercilla, y el *Arauco domado*, de Pedro de Oña. Luego vendría la anexión de Cuyo y con ella se echaría a rodar la historia de lo que es hoy el territorio lavallino.

Juan Draghi Lucero nos ofrece en uno de sus cuentos una especie de sinopsis de la historia de estas tierras:

“Por aquí pasaron Francisco de Villagra y sus 180 hombres destinados a la guerra de Arauco, por mayo de 1551, cuando descubrieron la región de Cuyo. Por estas vecindades debió andar el padre Juan Pastor, el documentado primer misionero de las Lagunas de Huanacache, allá por 1612. Por acá vinieron a resguardarse durante el coloniaje muchos tráfugas españoles, que constituyeron los primeros troncos del resentido mestizaje lugareño. Por esta misma senda pudo haber pasado José Miguel Carrera y su gente antes de ser vencido en la Punta del Médano en 1821, y entregado a las autoridades que lo fusilaron y lo descuartizaron en la Plaza de Armas de Mendoza. Estas soledades se alborotaron y encresparon con el resonar de los cascos de la caballería llanista de Juan Facundo Quiroga. Por estos mismos arenales anduvo en sus extrañas aventuras la mujer huesuda y varonil, doña Martina la Chapanay. Estas arenas vieron pasar el Chacho con sus huestes en marcha para la guerra criolla y por estos mismos campos galopó el gran caudillo lagunero, el más célebre hoy en día, don José Santos Huallama”.

Juan Draghi Lucero. *El hachador de Altos Limpios*.
Buenos Aires, EUDEBA, 1966

Don Pedro de Valdivia, la máxima autoridad en Santiago, decidió comisionar a Francisco de Villagra

o Villagrán para que buscara refuerzos en Perú, ante el desgaste y las pérdidas con que la acción

bélica agotaba a Chile. Por ello, como señala Adolfo Cueto, “si bien en un principio la Guerra del Arauco demoró la presencia hispana en Cuyo, al mismo tiempo fue responsable directa de su descubrimiento”, ya que Villagra, “en el viaje de regreso, ya sea por disposición expresa de la autoridad para el reconocimiento de nuevos territorios o por propia voluntad y satisfacción de la humana curiosidad, varía el derrotero de costumbre y recorre el territorio al oriente de la cordillera”. Así, entre abril y mayo de 1551 pasa a través de la zona de las Lagunas de Huanacache, entra a Mendoza y, mientras espera el momento adecuado para trasmontar la Cordillera Nevada “deja el grueso de la expedición en las tierras recién descubiertas

y con unos ochenta o cien hombres se dirige hacia el sur, siempre junto a la cordillera” (Adolfo Cueto; Mario Romano; Pablo Sacchero. *Historia de Mendoza*. Mendoza, Los Andes [s.f.], Fascículo 5, p. 8).

Producida la conquista, el Padre Diego de Rosales fue el primero en dejar testimonio histórico de esos parajes, indicando que había encontrado tres lagunas, la más grande de 7 leguas de longitud, la siguiente de tres y la menor, de una legua, unidas por canales comunicantes que eran intensamente transitados por balsas de totora para la pesca y el intercambio de mercaderías. Testimonia también el padre Rosales que las mejores truchas de la región se pescaban en aquellas aguas.

“¡Laguneros! El agua remansada les ofrendaba la pesca con sus originales balsas de totora y de junquillo. En las vegas orilleras criaban vacas, caballos, mulas, asnos, ovejas, cabras y otros animales ayudadores del hombre. Grandes sembradíos de maíz y trigo orlaban las tierras humedecidas. El trigo lo transportaban a la cabecera del departamento de Lavalle (antes de Las Lagunas), a orillas del Tulumaya, donde se lo molía a maquila. Parte de esta harina llevábase a Buenos Aires, carente de tan útil cereal por las vacadas y caballadas cimarronas, hasta el advenimiento del alambre, sobre todo el de púa”.

Juan Draghi Lucero. *La cabra de plata*.
Buenos Aires, Castañeda, 1978, p. 9

En 1601 llegó a Cuyo monseñor Juan Pérez de Espinosa, de paso hacia Chile, donde debía hacerse cargo del obispado del vecino país. Pero debió permanecer en nuestra provincia durante algunos meses, ya que la llegada del invierno le impidió el cruce de la cordillera. Comprobando el desamparo en que se encontraban los nativos, resolvió fundar once

doctrinas, de las que sólo dos se concretaron: la de Uco y la de Huanacache. Esta última se hizo realidad recién en 1610 y de ella se hizo cargo el sacerdote Domingo Benítez, quien permaneció allí durante 15 años y fue el fundador de la primera capilla, bajo la advocación de Nuestra Señora del Rosario.

“Desde q se fundo esta casa [la residencia jesuítica de Mendoza] mi principal yntento fue, q se atendiesse ala enseñanza de los yndios guarpes, de aquella Prouincia de Cuyo, y asi el Pe juo Pastor a quien se lo encargue aprendio con mucha charidad y [b]reuedad su lengua, q es particular y con ella les ha acudido siempre... Comencaro los Padres las misiones q suelen hazer Por lo mas serca [C]orriendo las heredades deaquella Ciudad [Mendoza] enq ai muchos indios, salio a ella el Pe Pastor y co mucho amor, les enseñaua en su lengua natural”.

Cuarta Carta Annuia del Padre Diego de Torres de febrero de 1613.
Documentos para la historia argentina. Tomo XIX, p. 208.

Diez años después de la orden de monseñor Pérez de Espinosa llegó el jesuita Juan Pastor, acompañado del padre Fabián Martínez. El trabajo fue muy duro, pero lo consiguieron: brindaron catequesis a la mayoría de los indios en las inmediaciones de las lagunas en sólo cuatro meses.

Las duras condiciones de éste, el “desierto más huraño de las pla-

nicias argentinas” -al decir de Daus- impone su dramatismo a la empresa evangelizadora. Diego de Rosales, por ejemplo, habla de las penurias de los misioneros que debían “caminar por tierras sin agua a los ardientes rayos del sol, por aquellos salitrales con sed, hambrientos, expuestos a las muchas sabandijas que la tierra produce, y ellos con gusto sufrían por

el bien de las almas" (*Historia General del Reyno de Chile*, 1665). Nicolás del Techo, por su parte, cuenta la historia de Juan Pastor, el doctrinero de Huanacache, quien "escribió al Provincial que de calor y sed había estado a punto de morir en cierta ocasión, y que su rostro de las picaduras de los mosquitos y del ardor del sol, parecía el de un leproso" (*Historia de la Provincia de Paraguay*, 1670).

El testimonio de Miguel de Olivares no es menos elocuente: habla de sus compañeros jesuitas "tan faltos de agua y tan grande sequía que, en muchas leguas no hay una gota de agua, y si no cargaban la comida no tuvieron qué comer sino algarroba, con tanto trabajo y mosquitos que no se podía reposar ni de día ni de noche" (*Historia Militar, Civil y Sagrada del Reyno de Chile*, 1766). Refiere luego un caso ejemplar, el del "dichoso e ilustre mártir" Lucas Pizarro, misionero también de Huanacache, quien gozaba fama de taumaturgo: "Corría aquellas misiones [...] y aquella dilatada campaña con mucho espacio y fruto de las almas padeciendo con grande paciencia los insufribles

mosquitos y ardientes calores de aquella tierra; expuesto a la fiereza de los áspides y víboras que allí son más ponzoñosos, y cuando pican por la mañana son muy incurables. Librólo Dios de todas sus mordeduras y para poder curar a los pobres indios [...] se hizo tan grande médico [...] que no curaba indio enfermo que no sanase. Si fue gracia de curación que el señor le comunicó por lo que se agradaba de sus santas obras por su humildad y él lo atribuía a genio natural de conocer hierbas y saberlas aplicar".

En un libro antiquísimo como es la *Historia de la Compañía de Jesús* hay un informe que afirma que "llegaron los misioneros a las Lagunas de Huanacache, donde habían hecho misión los padres el año antecedente con mucho consuelo suyo y provecho de los indios; pidieron los padres que se hiciese la capilla, la cual levantaron luego de varas y armazones, donde enseñaron, bautizaron y casaron". La capilla, que no fue nada más que una simple ramada de palos de algarrobos y armazones, se erigió en honor de Nuestra Señora del Rosario de Las Lagunas.

Podemos afirmar con toda certeza que el Rosario y la devoción a la Madre de Dios bajo este nombre ha sido uno de los elementos más populares y valiosos con que contó la recia espiritualidad cuyana. Los conventos de dominicos de las tres capitales cuyanas, casi tan antiguos como ellas mismas,

y con sus respectivos templos dedicados a Nuestra Señora del Rosario fueron los focos principales de donde irradió tal devoción:

Nuestra Señora del Rosario, Patrona de Cuyo

"¡Viva la Federación! Año treinta de Libertad, veinticuatro de la Independencia y diez de la Confederación Argentina. – Sala de Sesiones. – Mendoza, Enero 12 de 1839. – Al Exmo. Señor Gobernador y Capitán General de la Provincia: la Honorable Sala de Representantes de la Provincia, en sesión de anoche, y en uso de sus facultades, habiendo tomado en consideración la nota de S.E. de fecha de 26 de Septiembre del año próximo pasado y solicitud que acompaña del R.P. Vocario in capite del Convento de Predicadores y Mayordomos de la Cofradía de Nuestra Madre y Señora del Rosario, acordó la siguiente minuta y decreto: Artículo 1º – Ratifíquese el reconocimiento de Nuestra madre y Señora del Rosario por Patrona de la Provincia. – Artículo 2º - El Gobierno podrá concurrir a la función que anualmente se le hace a dicha Patrona [...]"

Archivo administrativo de la Provincia de Mendoza



**Imagen de la Virgen del Rosario
Convento de los Padres Dominicos de Mendoza**

La labor de los evangelizadores fue fecunda, aunque implicó muchos sacrificios. Quedan aún en pie solitarias capillas en medio de los campos, como la de San Judas Tadeo, en El Cavadito; en San José, la dedicada a este san-

to; la de San Isidro Labrador, en Algarrobo Grande; la de la Asunción, en el distrito del mismo nombre; la de la Virgen de la Merced, en El Retamo; la de San Miguel, en la localidad de Los Sauces.

Es elocuente el testimonio del Padre Pastor acerca de las dificultades de la empresa:

“[...] digo pues que anduve casi todas las lagunas en mes y medio deteniéndome en cada pueblo ocho días y más y en ese interin hice edificar, quatro iglesias hermosas para administrar los sacratos. En ellas baptize ciento sesenta y cuatro. Casi 96 aprehendieron los demas las cosas de nra Sta Fe [...]

es la tierra miserabilísima falta de todas las cosas, fuera de raizes de to-tora y pescado no ay otro regalo, los mosquitos son sin quento, ni de dia ni de noche dexan sosegar a un hombre. Mis manos y cara me las pararon taales que no parecía sino sarnoso o leproso”.

Carta del Padre Pastor en la II Carta Annuá del 6-6-1610.
Documentos para la historia argentina, T. XIX, pp. 64-65

Creado el Virreinato del Río de la Plata, Cuyo pasó a depender de la administración de Córdoba del Tucumán. El marqués de Sobremonte ordenó levantar el primer censo poblacional y detectó que la de Huanacache era la segunda población en importancia en el actual territorio mendocino. Además, se trataba de un centro de intercambio comercial y un enclave con gran diversidad racial, ya que a los huarpes originarios se habían sumado indios fugados de

las encomiendas y algunos españoles.

Por esos años, al imponerse en la batalla de Santa Catarina, el Virrey Cevallos frenó la expansión portuguesa hacia el sur –motivo de la creación del Virreinato– y algunos de los prisioneros tomados en ese combate fueron internados en la zona de las lagunas, como ya dijimos; entonces, “el tradicional sentido mercantil de los portugueses terminó por llevar al auge económico de la región a su apo-

geo. Fue el tiempo de los grandes intercambios de pesca con el resto de Cuyo y el sur de Córdoba y parte de La Rioja. Un sector importante del país pasó a abaste-

cerse de pescado de las Lagunas” (“El pueblo huarpe; Sobrevivencia a través de sus creaciones”. *Los Andes*, 11 de noviembre de 1984).

“En la ciudad de Mendoza existe una calle que conserva su antigua denominación de “Calle de los Pescadores” que al parece nace con la misma fundación, y a que por ella solían ingresar los indios de las lagunas de Huanacache con el producto de la pesca, para venderlo en la ciudad”.

Fuente: **Juan Isidro Maza. Toponimia, tradiciones y leyendas mendocinas.**
Buenos Aires, Fundación Banco de Boston, 1990, p. 17

En el siglo XVIII comenzaron a crecer poblaciones como San Miguel, La Asunción, La Tranquerita, Chañares, etc., lo que indicaba la expansión de la población hacia lo que es actualmente el noreste de Lavalle y la Costa del Desaguadero.

En 1822, San Miguel de los Sauces fue sede de una reunión de los gobernadores de Mendoza - Pedro Molina-, San Juan y San Luis para discutir, redactar y firmar

el denominado “Pacto de Huanacache”, que es uno de esos “pactos preexistentes” a los que alude el Preámbulo de la Constitución Nacional. En él se proyectaba la creación de un Congreso General de las Provincias Cuyanas. Por otra parte, el 1 de abril de 1827 el gobernador Juan Corvalán, mediante el Tratado de Huanacache, se comprometió con los restantes gobernadores cuyanos a mantener la paz y a la ayuda recíproca.

REFUGIO DE “BANDIDOS”

Juan Isidro Maza sostiene que entre los bosques de Algarrobos de Huanacache se refugiaban los que huían de la justicia: “Desde los bosques también salían las bandas de malevos para realizar incursiones delictivas ya fuera en la ciudad de Mendoza o en sus inmediaciones, razón por la cual a la zona de Huanacache, en una época, se la reconoció como el refugio de bandidos”. Y agrega: “Entre aquellos elementos antisociales que actuaron a principios del siglo XIX figuraba como jefe de una de las bandas un sujeto de averías llamado Cruz Cuero, quien en cierta oportunidad que

efectuara una de sus correrías a la ciudad de Mendoza, conoció a la mestiza de nombre Martina Chapanay, con quien entabló relaciones amorosas, para llevarla luego a las Lagunas del Rosario, donde vivieron en convivencia. Poco tiempo después el bandido Cruz Cuero resultó muerto en un encuentro con una partida policial que lo perseguía, por lo que la Martina Chapanay a la muerte de su marido asumió la jefatura de la banda, ya que era de gran coraje, buen amazona y cuchillera”. (“Los laguneros de Guanacache”. Diario *Los Andes*, 16 de abril de 1988).

Héroes de una historia disidente de la plebe rural, los gauchos rebeldes, bandidos rurales y bandoleros “santificados” por la cultura popular cuentan el revés de la historia argentina de los siglos XIX y XX:

“Buscados”

[...] Los bandidos argentinos pueden enmarcarse en una historia universal del bandidaje social [...] Se trata de un fenómeno con características particulares de acuerdo con los diversos contextos históricos en que surgió, pero que se produjo casi exclusivamente en las zonas fronterizas o antes olvidadas por las metrópolis, como un modo de protesta del campesinado y de las poblaciones semirurales contra el avance del estado capitalista.

[...] Aunque comúnmente se ha asociado a los bandidos con las montoneras federales, se trata de fenómenos completamente diferentes: las montoneras eran de carácter político y canalizaban la protesta de las masas rurales y comunidades autóctonas; el origen de los bandidos se encuentra en ‘historias personales’ y su carácter no es político [...] Fortalecieron esta equi-

voca asociación la experiencia particular de algunos bandoleros (que, como Guayama y Martina Chapanay, se dedicaban al bandidaje cuando no estaban alistados con algún caudillo) y, fundamentalmente, el desprecio que evidencian algunos autores (Sarmiento, Mitre entre otros) en su descalificación de las montoneras federales y de los caudillos y gauchos que las conformaban [...].

Sin encarnar la causa popular —es decir, sin convertirse en líderes políticos—, los bandidos terminaron conquistando la simpatía del pueblo por su solidaridad con los más humildes o por su oposición a las injusticias de patrones, comerciantes y representantes de la ley, comúnmente acusados de generar las injusticias que decían querer eliminar [...].

El historiador argentino Hugo Chumbita, autor del libro *Jinetes rebeldes. Historia del bandolerismo social en la Argentina* (Editorial Vergara), sostiene que no es casual que los rebeldes y bandoleros se hayan multiplicado en las diferentes regiones de la Argentina, especialmente en momentos en que las autoridades decidían avanzar sobre zonas que antes generaban poco interés.

[...]

Santificados

El funcionamiento de los mecanismos de la religiosidad popular es un misterio. La santificación aparece casi siempre íntimamente relacionada con una muerte violenta (en el caso de los bandidos, a manos de la policía), que deriva en la creación de santuarios en el lugar de la muerte o la tumba [...] Según Hugo Chumbita, se trata de personas generosas y humildes que, con su muerte, pasan de ser protectores a intermediarios con la Providencia [...].

Revista Rumbos

Acerca del prestigio ganado por la Chapanay, a quien Mabel Pagano, en la homónima biografía novelada denomina “la montonera del Zonda”, afirma Maza lo siguiente: “Cuenta la tradición que la gente campesina de condición humilde tenía gran afecto a esta mujer, porque llevaba a sus ranchos, como obsequios, los pro-

ductos de sus andanzas. Pero, a la llegada de San Martín a Mendoza, la Martina Chapanay dejó su vida de aventuras para pasar a prestar servicios durante la preparación de la campaña libertadora” (“Los laguneros de Guanacache”. Diario *Los Andes*, 16 de abril de 1988).

Acerca de la figura legendaria de Martina Chapanay existen otras versiones, que aún hoy circulan por la zona, aunque con visibles anacronismos:

- ¿Quién era la Chapanay?
- Una mujer huarpe de estas zonas. Muchos dicen que ha sido sanjuanina, pero no es así. Ha sido de aquí, entre San Juan y Mendoza.
- Lagunera.
- Sí, lagunera. También andan diciendo que Santos Guallama ha sido sanjuanino. No, ha sido lagunero, compañero de Martina Chapanay. Y la Chapanay está sepultada en Mogna. Allí está la cruz, tá too. Fue la primera caudilla, con gauchos bravos. Brava ella también.
- ¿Qué hacía Chapanay?
- Chapanay luchaba por defender los territorios...
- Como Guallama.
- Exactamente. Y se iba a la Rioja, hasta el Norte iba con los gauchos pe-
liando.
- ¿Tenía muchos gauchos?
- Muchos. Y después quedó Santos Guallama. Y lo mataron. Entonces se cambiaron los apellidos. Mi abuela Gertrudes es Guallama, no es Jofré. Es Jofré porque le pusieron Jofré. Pero es Guallama. Desciende de la raza Guallama".

Gregorio Manzur. Guanacache, las tierras de la sed.
Mendoza, Fundación Marañón, 2007

Otro de los bandidos célebres de Las Lagunas es Santos Guayama cuyo recuerdo se liga a la zona.

El escritor mendocino Rolando Concatti, en su novela titulada El Tiempo diablo del Santo Guayama (Buenos Aires, Corregidor), ha reelaborado en forma magnífica toda una situación histórica (los años de 1860, tan grávidos de acontecimientos tanto a nivel nacional -la Guerra con el Paraguay- como a nivel local -una sociedad todavía signada por las huellas del gran terremoto del '61-), eligiendo como espacio privilegiado el desierto, que en la obra funciona a la vez como una metáfora de las relaciones humanas, con toda su carga de pasiones y ambiciones:

"El cielo, pues, no solamente se enturbiaba por la arena o los tierraes,

arrastrados por el viento, sino también por el humo y la ceniza, las chispas, los carboncillos ardientes como maldiciones. Aunque nadie sabía teología todos memoraban el infierno; un sentimiento de perdición, de maleficio colectivo, de condena o hechizo fue ganando los espíritus. Algunos, tradicionales, apelaron a los santos cristianos; muchos, como en revancha, volvieron los ojos a los diablos escondidos, a los ritos para convocarlos, a las brujas reprimidas pero ahora solicitadas de nuevo. En todos fue creciendo una pregunta cuando no una certidumbre: si lo que ocurría no tenía que ver con los nuevos tiempos, las nuevas ideas [...]" (p. 107).

En esta novela es obvia la asociación con lo histórico, confiesa desde el comienzo y visible en la fidelidad a los datos y documentos, fruto de laboriosa investigación por parte del autor, pero junto a la fidelidad a la creación de un "clima de época", se da el cuestionamiento de la "historia oficial" a través de la relevancia dada a personajes que podrían considerarse "marginales" o "proscritos", tan representativos no obstante de su tiempo, como Santos Guayama o la Martina Chapanay, auténticos protagonistas del relato.

Múltiples voces –consumada maestría de un narrador que conoce los secretos de su arte– entretejen sus discursos para darnos, a través de la coralidad polifónica, una realidad compleja. En tal sentido, la estructura de la novela, dividida en cuatro secciones ("Ciudad de barro", "La gran sequía", "Diario de un testigo", "Las nueve muertes de Guayama") y un epílogo, oficia como un prisma que nos ofrece, a través de focalizaciones diversas, su fragmento de la historia. Así, el primer segmento narrativo nos sitúa en el espacio y el tiempo novelescos, desde una óptica predominantemente urbana (esa "ciudad de barro" aludida). Como centro de esta sección puede mencionarse la escena de la fiesta de casamiento de María Luisa Molina y Benjamín Villanueva en la que se anudan las diversas tramas que luego desplegará el relato: la de los desdichados esposos, la de la joven y misteriosa Martina, la del sacerdote José Ignacio, la del mismo Guayama... Y si esa sección nos ofrece un marco urbano y festivo, el segundo apartado, que alude a la sequía, nos ofrece su contrapartida dramática y rural, trasladando el foco de la narración a las denominadas "lagunas", entonces y hoy desecadas, para darnos la historia de la expoliación de esas tierras y sus antiguos propietarios huarpes. Como manifiesta el autor en una entrevista, "Tragedia y fiesta" se unen en una bisagra de la historia.

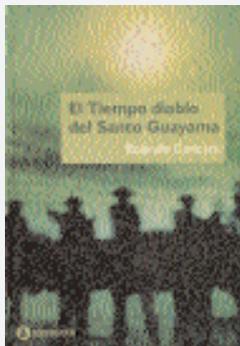
A continuación, la sección titulada "Diario de un testigo", a través del recurso de la "memoria" o diario íntimo, describe el dramático proceso interior del personaje de José Ignacio, en relación con su fe, con el amor y su compromiso misionero con los indígenas y los marginados. Finalmente, las "nueve muertes" de Santos Guayama se hacen eco de la leyenda y refuerzan el aura mágica de este personaje, tan entrañable para el pueblo mendocino

que ha sido objeto de una canonización popular y aún se le rinde culto, bajo la figura de un San Roque, en la Capilla del Rosario de Guanacache.

De este modo, cada segmento narrativo tiene su tono y sus valores propios y todos juntos componen un relato admirable, o más bien, una sucesión de relatos que tienen toda la complejidad de un trozo de historia realmente acaecida. Además, la magia está presente desde el comienzo de la novela, no la exótica de hadas o duendes, sino el hechizo indio que parece explicar la tragedia oscura de tantos destinos como se nos cuentan, destinos individuales, pero también el destino de esta Mendoza enclaustrada en el desierto.



Rolando Concatti



La novela

Las versiones acerca del personaje que aún hoy circulan por la zona tienen innegable encanto, a pesar del evidente anacronismo. Pero el mito carece de cronología; todo él es presente eterno:

“- ¿Quién era Santos Guallama?

- Un hombre de acá de la zona, un caudillo que se hizo malo por que perseguían tantísimo a los huarpes.

- ¿Por qué los perseguían?

- Pa llevárselos cautivos a Chile. Los maniaban, los encadenaban y se los llevaban a trabajar en las minas de Chile. Que volviera el que podía. Guallama juntó gente de las lagunas, agarraban algún ricachón, si se botaba a malo lo degollaban, le quitaban las cosas y se la daban a los pobres de aquí. Era malo con los milicos, pero con la gente era bueno.

- ¿Qué fin tuvo?

- Según cuenta el tío Román, lo mataron los sanjuaninos. Había ido a vi-

sitar a un amigo, pa comer un asado. Pero el amigo lo había vendido, le había avisado a la policía. Él ha ido, ató el caballo, y cuando ha dentro pa dentro, han venido los milicos y le han amarrado el caballo. Cuando Guallama vio que lo tenían rodeado, corrió al caballo, y no lo pudo desatar. Ahí lo encaró la milicada. Él ha peliado porque era un chino capaz, y los ha llevado mal a los milicos. Al último se cayó a un pozo de agua, un balde. Enlazao lo sacaron. Ahí lo han llevado y lo han muerto.

- ¿Su tumba está por aquí?

- No sé donde está.

- No hay nicho...

- Ni nicho, ni nada”.

Gregorio Manzur. Guanacache, las tierras de la sed.

Mendoza, Fundación Marañón, 2007

La persecución de la justicia o el temor motivó el cambio de apellidos en sus descendientes.

“Carmen Jofré, lagunero”

“Como casi todos los laguneros recuerdan hasta el día de hoy, todos sus parientes estuvieron condenados a huir, ‘desaparecer’ entre los matorrales y cambiarse el apellido para escapar a la persecución de los gobiernos sanjuaninos y mendocinos luego del asesinato de Guayama de 1879.

Diego Escolar

Guayama se llamaba mi abuelo
Talquenca mis hermanos
mis primos Azaguate
Guaquinchay los hermanos de mi madre

No conocí guardapolvo
tampoco el alfabeto
pero aprendí a cuidar cabritos en el tiempo primero.

Soy arriero
y sé tejar la totora
trenzar el junquillo y el cuero
sembrar el trigo, la alfalfa, el maíz
[...]

Sé cómo sacarle agua l desierto
 amasar el patay
 construir la ramada
 y encontrar senderos allí donde otros se pierden
 [...]

 Aprendí a quedarme callado
 a mirar para abajo
 a ser desconfiado
 a doblar la espalda [...]

 Guayama se llamaba mi abuelo
 [...]

 Ahora Jotré dice mi documento
 y en las elecciones me llaman Jofré
 Jofré me nombra la policía
 y Jofré será mi nombre de muerto

 Ahora somos Molina, Villegas,
 Fernández, González,
 Nievas, Cubillos
 Reynoso...

 Ahora somos otro nombre
 otra historia
 otra raza

 ahora somos otros
 para seguir viviendo
 para seguir viviendo.”

Oscar Miremont

Los hijos de Huar; (Pequeña historia poética de los huarpes).

Mendoza, Zeta Editores, 2010, pp. 67-69



**Retrato de Carmen Jofré -
Fidel Roig Matóns**

DECADENCIA DE LA ZONA

En la memoria, y en la falta de memoria; en el olvido que ha borrado pesadillas, en el retorno apenas enunciado de esas mismas pesadillas, están los secretos de la especie, los escondrijos de terrores que distintos grupos de la propia raza han vivido. Para los que moran junto al desierto, para los que han construido su identidad, sus sueños y sus miedos junto a la arena y el sol despiadado, los caprichos del viento o el aura del salitre, esa memoria y ese olvido, esa pesadilla prohibida y sin embargo recurrente, es la sequía. Algo la nombra en los huesos con un escalofrío, como si en ellos quedara el estremecimiento de ancestros calcinados; algo la posa sobre la piel más íntima, cual si toda la piel supiera de despellejamiento y carnes vivas.

Rolando Concatti. *El Tiempo diablo del Santo Guayama.*

De los 20.000 indios que poblaban Mendoza, cerca de 3.000 habitaban la zona de las Lagunas de Huanacache: hoy, poco queda, al menos en apariencia, de su cultura, de sus costumbres, de su raza... Hoy quedan en la zona nada más que vestigios de lo que fue un gran espejo de agua.

La decadencia de la zona se debió a la progresiva pérdida de capacidad hídrica. Las Lagunas se fueron secando debido a que los caudales de los ríos que las nutrían fueron aprovechados por las crecientes zonas de cultivo ubicadas aguas arriba.

Metraux, que pasó por las Lagunas en 1922, encontró sólo al-

gunos charcos sin demasiada trascendencia. A mediados de la década del '30 se pensó en trasvasar aguas del Tunuyán al tramo inferior del Mendoza para evitar el desecamiento. No se concretaron las obras y hacia 1941, las Lagunas dejaron de disponer de agua, al margen de algún aporte excepcional.

Sólo en algunas ocasiones cuando las precipitaciones son excepcionales, pueden volver a verse las lagunas con algo de agua.

De los bosques poco queda, igualmente, porque fueron talados hasta convertir la zona casi en un desierto.

“Adónde fueron los patos, los peces, el ganado, los trigales, el canto de los pájaros? La fuerza eólica de vez en cuando despeina arenales dejando a cielo abierto millares de caracolillos calcinados y algunas puntas de flecha trabajadas en piedra; tal vez algún resto de alfarería. El viento lleva y trae. Y en esas andadas se llevó una era, un pueblo”.

“El pueblo huarpe; Supervivencia a través de sus creaciones”.

Los Andes, 11 de noviembre de 1984

El proceso de desertificación cuenta ya algunas generaciones, pero el recuerdo del esplendor de las Lagunas aún subsiste entre algunos pobladores. Así, por ejemplo, Azucena Molina afirma, mientras acaricia la barca vegetal que se exhibe en el Museo de Lagunas del Rosario, semejantes a las balsas que navegaban el lago Titicaca: “Yo recuerdo cuando mi papá hacía estas canoas [...] Volvían con peces que capturaban con un sistema de cestos especiales que después vendíamos en la ciudad de Mendoza. Este paisaje era totalmente diferente: había garzas, ñandúes y guanacos, bosques de algarrobos... Nosotros recorríamos dieciocho kilómetros para ir a

la escuela, y por el camino íbamos comiendo los frutos de piquillín. Cuando hacía calor nos acostábamos en las dunas y nos refrescábamos con la arena, que guardaba la humedad de las lagunas. Mi mamá nos alimentaba a patay, y curaba con productos nativos: con la corteza del chañar nos sacaba el dolor de garganta, con el atamisqui nos preparaba un baño” (“Renaciendo que no es poco”. Revista *Rumbos*).

Hasta la década del '60 las Lagunas sobrevivieron, aunque con sus reservas diezgadas, pero con la expansión agrícola y la sistematización del riego, los caudales de los ríos fueron derivados y las Lagunas quedaron sin agua.

Juan Draghi Lucero, en su novela La cabra de plata (1978) entona una suerte de canto elegíaco por la decadencia del “hábitat huarpano”:

“La canción de Huanacache”

El Padre Ande le dio al huarpe
un Huanacache florido;
gloria fue de caza y pesca
¡en los puros tiempos indios!
Allí apozaron sus aguas
del Ande hermanados ríos;
en llegando fuertes godos
¡cuna fue de los mestizos!
Nacieron los mil renuevos
y hubieron pobres y ricos
y Huallama, el lagunero
¡se levantó a ser caudillo!
En mil balsas de totora
pescaban los laguneros
y las más preciosas aves
¡oscurecían el cielo!
Pastaban en verdes vegas
manadas de todo pelo;
cien trigales y maizales
¡mazorcas y espigas dieron!
Gota a gota nos robaron
los frescores de los ríos;
en secadal y en salitre
¡vamos muriendo los vivos!
Toro Aspas de Oro era dueño
de las aguas. Lo mataron;
con él murió Huanacache

¡en secadal sepultado!
Árbol del pan, el sagrado,
a fierro y fuego acabaron;
no queda algarrobo vivo
¡los puebleros los quemaron!
Tiempos de minga y maquila
en trabajos hermanados.
Todo lo dio Huanacache:
¡le negaron justo pago!
¿Qué se hicieron mil lagunas
que las nieves nos brindaron?
Sólo queda el haber sido
¡la sed nos quema los labios!
A mocetones y niñas
los corrió la cruel sequía;
dejaron lar y sus padres
¡en adioses que gemían!
A fierro, fuego y sin agua
castigan a los llanistas;
¿de qué nos sirve quejarnos?
¡si la razón no es oída!
La Capilla del Rosario
se levantó en gloria y brillo;
hoy silencia sus campanas,
¡muda, llora el bien perdido!
Cenizas de nuestros padres
los resguarda el Campo Santo [...]

Juan Draghi Lucero. *La cabra de plata*.

Buenos Aires, Castañeda, 1978

A través del análisis de los distintos elementos que determinan un paisaje geográfico, en este caso la *travesía*, y la impronta que la acción humana ha dejado allí a través del tiempo, se ha ido conformando el campo semántico del *desierto*, con una serie de términos relativos ya al suelo, ya al clima, ya a la forma de ocupación del territorio por parte del hombre,

que son los que encontraremos con diversas potencialidades significativas en las obras literarias. Arenales, secadales, travesías, pampas, medanales, “campos ariscos”, “tierras de la sed”... Y siempre la común sugestión de ardimiento y soledad.

El vocablo en cuestión (del latín *desertus - deserere*: abandonar) significa, en su primera acep-

ción adjetiva, “despoblado, solo, inhabitado”; luego, hace referencia a una región de vegetación escasa o nula, inhabitable para el hombre y los animales y, en especial, aquella en que predominan las altas temperaturas. También nos aclara el Diccionario que el desierto propiamente dicho se presenta como un territorio relativamente llano, con acumulaciones de arenas (dunas o médanos) más o menos movedizas y de formas variables.

Ahora bien, si quisiéramos aplicar *-estricto sensu-* estas definiciones a nuestra realidad comarcana, advertiríamos su carácter restrictivo y, sobre todo, la discordancia con la percepción que el escritor, pero también el hombre común, tiene de su entorno geográfico. Un ejemplo es el de la zona de Lavalle: auténtico espacio desértico de médanos y dunas en “Los Altos Limpios”, alberga también un rosario de lagunas (o las albergaba en un pasado no tan remoto). Y también, un conjunto de capillas igualmente denominadas “del desierto”: Asunción, San José, San Judas Tadeo de El Cavado... hasta culminar en la mayor de todas, verdadera “Catedral del Desierto”: Nuestra Señora del Rosario de las Lagunas. La repetición del término *desierto* es intencional y refleja la denominación común con que se conoce a esta

porción norteña del territorio mendocino, cuyas características salientes, a primera vista, son la aridez, la sequedad, la soledumbre y, en el aspecto social, el desamparo y la marginación.

Cabría agregar, empero, otro rasgo que hace a la configuración “espiritual” de la zona: el valor del *silencio* como inseparable de las enormes soledades. Silencio a través del cual el paisaje geográfico se transforma en “literario” y quizás, también, en espacio simbólico, en cuanto se carga de profundas resonancias.

Desierto... Espacio a la vez clausurado e inmenso; clausurado en sus coordenadas concretas: latitud y longitud que nos hablan de una inevitabilidad geográfica y un determinismo climático. Pero inmenso en su capacidad de simbolizar, de evocar múltiples asociaciones significativas.

En efecto, el desierto ha sido siempre, desde la más remota antigüedad, una entidad ambivalente, cargada tanto de valores positivos como negativos. En cuanto paisaje, en cierto modo negativo por su privación de matices, es el “dominio de la abstracción”, que está situado fuera del campo vital y existencial; por ello se encuentra abierto a la trascendencia y es propicio a la revelación divina, pero también a la aterradora sugestión del vacío, tal como lo experi-

mentaba Pascal: el espacio amenazante y destructor.

La *Biblia* menciona el desierto en relación, por un lado, con el *exilio*, con el abandono y la lejanía de Dios, como sitio donde moran los demonios; pero a la vez es el lugar donde Dios se manifiesta con mayor claridad. Nuevamente reencontramos aquí un sentido dual: espacio de tentación (Cristo mismo fue al desierto para ser tentado) y también como lugar de meditación y aproximación a Dios, en relación con eremitas y anacoretas (como San Juan Bautista: “la voz que clama en el desierto”), porque “La sequedad ardiente es el clima por excelencia de la espiritualidad pura y ascética, de la consunción del cuerpo para la salvación del alma”. Además, el desierto es el dominio por excelencia del sol, no tanto en su aspecto de dispensador de energías a la tierra, “sino como puro fulgor celeste, cegador en sus manifestaciones” (Juan Eduardo Cirlot. *Diccionario de símbolos*. Barcelona, Labor, 1984, pp. 167-168). Es, por tanto, un ámbito ilusorio, propicio a los fenómenos ópticos o espejismos durante el día y las profundas sugerencias durante la noche, cuando el cielo y la tierra se pueblan de luces.

Es, finalmente, un espacio dual en cuanto a sus sugerencias sobre el ánimo humano: hostil a

cualquier forma de instalación, impone sin embargo en el imaginario común un sentido de libertad. Ya lo percibe y lo expresa Rolando Concatti, a propósito de nuestro desierto mendocino y sus habitantes en última instancia, aunque esté hablando de una etapa en el desarrollo de la cultura humana, cuando los hombres abandonaron el nomadismo: “Aunque cambiaron muchas cosas, les quedó en la conciencia más recóndita la memoria del desierto y sus penurias, pero también de su libertad: la idea del hombre como un ser errante hacia un destino que es poco más que un espejismo” (“Memorias del oasis”. Diario *Los Andes*, Mendoza, 4 de noviembre de 2001).

Por todo ello, el desierto -como espacio abierto a todas las sugerencias- es capaz de generar de su propio vacío una serie de “presencias” que corporizan en la mente del “desertícola” y conviven en ella con su propia experiencia del medio. ¿Presencias ilusorias o indicios de un mundo que va más allá de lo apariencial, que busca para ocultar y revelar sus secretos, los campos vacíos?

En todo caso, el desierto aparece como el reino del misterio y en él se pueden recoger una serie de leyendas. Es que en estas zonas apartadas de los centros de población, junto con la religión ca-

tólica, perviven una serie de creencias en seres sobrenaturales, en un curioso sincretismo que amalgama elementos de diversa procedencia. Félix Coluccio, por ejemplo, habla acerca de “el santoral sospechoso” en relación con ciertos personajes reverenciados tradicionalmente (*Las devociones populares argentinas*. Buenos Aires, Ediciones Nuevo Siglo, 1995); pervivencias indígenas, supersticiones europeas, españolas o de otros países... Así, surgen “aparecidos”, “luces malas”, “ánimas en pena” o “encantamientos de la Salamanca”. Se trata de personajes o fantasías en los que “se han combinado antiguas creencias surgidas del pasado [...] que responden también a la honda relación de los lugareños con el desierto que los rodea” (“En busca de un pueblo olvidado”. Revista *La Nación*, Buenos Aires, 15 de marzo de 1981).

Sabemos que la *leyenda* es un

relato que se caracteriza por narrar un suceso que se considera verdadero dentro del contexto de actuación donde se localiza, pero que -a diferencia del mito- no ha ocurrido “en el fabuloso tiempo de los orígenes”, sino en un pasado mucho menos remoto, que puede incluso rozar la contemporaneidad del narrador. Se refiere, entonces, a unas circunstancias que pueden parangonarse con las que viven los participantes del hecho comunicativo en cuestión, lo que facilita el proceso de identificación, la que también se ve favorecida por la localización espacial característica de estos relatos.

Algunas de estas leyendas, como vemos, son comunes a otras zonas, como “la luz mala” o “la Salamanca”, que reaparecen una y otra vez en territorio argentino, sin adscripción necesaria a ninguna localidad o, más bien, relacionadas con muchos puntos distintos al mismo tiempo.

Gregorio Manzur recoge testimonios de ambas creencias en Las Lagunas:

La “luz mala”

“- Se dice que hay luces malas, que aparecen por las noches...

-Sí, como siempre se anda por aquí de noche y a caballo, alguna vez las vimoh.

-¿Cómo fue eso?

- Yo venía con el papá y un tío mío, y vemos una lucesita que parecía una velita, se cambiaba de un monte a otro, se corría así. Y entonces la alumbr-

ron con una linterna. Cayó ahí no más, la lucesita. Le pusimoh unos palos’ e seña y la dejamos ahí. Dispuéh, el papá, cruzando por ahí ha sentío un ruido como un piñón de bicicleta. Se le ha asustao el caballo también. Yo me quedé con el cuidao d’eso. Un día me mandó el papá que fuera a buscar unos caballoh por ahí, y ¿sabe lo que encontré? Una monedita. Quizá ahí la tengo. Si la encuentro, se la muestro”.

La “Salamanca”

“Hay un hombre que quería ver las Salamancas, así le llamaban a los bailes con el Diablo. ¿Y qué?, estaba una vuelta y dice, ¡p., si viniera el que le dije, me voy con él! Dice que estaba al lao de un arroyo por la noche, cuando sintió el tropel de un animal. Venía un chino en una mula. Estaba vestido de negro. Mula enchapada entero, el ensillao. Taba conversando y que le dice, ¿quién es usted, amigo? Yo soy el que vos querías ver, ¿no querías ir al baile, vos? Sí, quiero ir, ¿me lleva? Bueno, le dice, subí, te voy a llevar, pero cerrá los ojoh. Y bueno, subió en ancas’e la mula y tomó por el campo. Le cortaba la respiración el aire, muy rápido p’andar el animal.

- Ni respirar podía el hombre, ja, ja, ja...

- Y sí, ja, ja, ja... dice que lo llevaron, no más. Y en la entrada ¿qué había? Dice que había un Cristo tiraio por el suelo. Todo el que dentraba tenía que tranquear por sobre el Cristo. Y más allá en la otra dentrada, ya cuando abre el salón, había un matucho. Tenía que llegar y darle un beso. Y entonces dentraba. Ahí estaban todos. Música de la que buscara, comida de la que fuera. Le dice el que le dije: ¿vas a cenar? No, no tengo hambre. Te voy a hacer traer algo, pero no es obligación que compartas. Bueno, se sentó en una mesa muy linda, todo muy bien atendido y se puso a mirar. Que le habían traído unas empanaditas doraditas. No las comió y en cuanto se descuidaron se las echó en el bolsillo. ¿Comiste?, le dice. Sí, sí, estaban muy ricas. Comé más, le dice, bueno, muchas gracias. Agarró cuatro o cinco, y al bolsillo. Ha estao mucho rato, oservando. ¿Qué, tenís ganas de irte? Sí. Bueno, vamos. Volvieron a buscar la puerta de salida, volvió a buscar la mula, lo volvió a echar en anca, le dice, cerrá otra vez los ojos. Y jué y lo dejó ende lo había sacao. Pero se perdió. Así que durmió por ahí, en el puro campo. Al otro día por la mañana, cuando se despertó, se levanta el sol, pero, ¿cómo? si estoy al lao de la casa. ¡Pucha!, y no hi desayunao, dice. Pero, cierto que me eché las empanaditas. Voy a desayunar. Se mete la mano al bolsillo, ahí las tenía. Las saca, usté disculpe, ¿no?, ¡unas bostas’e burro así!, ja, ja, ja, esas eran las empanaditas. Todo era muy lindo, muy bien servido, unas empanadas doraditas, pero vido lo que era. Lo que habían echao los burros. Estaba nuevecito, ja, ja, ja...

- ¡Ah, ja, ja, ja!...

- ¿Y qué más había en la Salamanca?
- Muchísima gente, dice. Y que había hasta conocido gente de por aquí.
- ¿Conocidos de él?
- Sí.
- ¿Y bailaban, cantaban?
- Pu..., de todo. Que tenía cada uno su saloncito aparte, el que quería una música, otra. Quería cantar...
- ¿Y mujeres?
- También, sí dice que asistían mucho a eso. Eso es lo que nos han sabido contar a nosotros.
- ¿Usted no fue nunca?
- ¡Ah!, ¿yo?, ja, ja, ja..."

Gregorio Manzur. *Guanacache, las tierras de la sed.*
Mendoza, Fundación Marañón, 2007

Acerca de la leyenda de la Salamanca, Alberto Rodríguez y Elena Moreno de Macía, en su *Manual del folklore cuyano*, refieren el origen ibérico de esta denominación, relacionado con la famosa cueva de esa ciudad española, donde -según la creencia popular- los jóvenes alumnos de la aún más famosa Universidad "se doc-

toraban en picardías": "Era creencia popular que de los festines y aquelarres realizados en la Cueva, los estudiantes salían dotados de poderes mágicos, capaces de habilitarlos para alcanzar cuanto querían" (*Manual del folklore cuyano*. Mendoza, Ediciones Culturales de Mendoza, 1991, p. 45).

"Antes de acostarnos decidimos despedirnos de las estrellas. A medida que caminábamos por una huella cuyo salitre reverberaba, los montes se nos antojaban ánimas que buscaban el retorno al hogar. Los ruidos, muy tenues, que nos llegaban de distintos lugares a la vez, nos presagiaban algún puma aguardándonos, o una liebre agazapada, o cabras trayendo hijitos al mundo. Ese universo de tanta luz arriba y tanta penumbra a ras del suelo, se prestaba en efecto, a toda suposición, a cualquier presentimiento. No me hubiera extrañado escuchar la guitarra que nos invitaba a la Salamanca..."

Gregorio Manzur. *Guanacache, las tierras de la sed.*
Mendoza, Fundación Marañón, 2007

Esta leyenda pasó a América y pronto encontró sitios propicios para arraigarse, como también señalan Rodríguez y Macía. Y no sólo una caverna es capaz de albergar un aquelarre; también el desierto, en su desolación, resulta propicio para cobijar espantos; en tal sentido, el testimonio de los moradores del norte de Lavalle: "[...] ayer no más, escuchábamos en San José de los Sauces, El Cavadito y La Asunción [...] a viejos puesteros que hablaban casi en murmullo, de las 'fiestas de la Salamanca', que preside el diablo" ("Misterio, asombro, leyendas; las arenas que caminan". Diario *Los Andes*, 10 de noviembre de 1993). A ellas, según el temeroso testimonio de los lugareños, concurren cantores, guitarreros y "buenas mozas para el amor y muchos asistentes que

parecen no humanos": "Y cuando ellas [...] están ahí en esas reuniones, no están como una persona sino como la forma de un animal. Entonces por eso la gente cuenta que cuando encuentran un animal raro en el día puede ser una salamanca. Porque dicen que cuando llega el día ya ellas no pueden volar. Porque son brujas y no pueden volar y se quedan como es el animal. Entonces ésas son las salamancas, las fiestas de ellas" (María Jofré; Lorena Gómez; Marisol Méndez Cabrera; Gabriela Miranda y Brenda Sánchez. *El cuento folklórico en el desierto lavallino*. Mendoza, 1995, p. 29. Inédito). Juega aquí, evidentemente, la confusión salamandra / salamanca; el segundo de los términos se utiliza a la vez y en el mismo contexto, para designar el animal y las reuniones infernales.

Draghi Lucero realiza una extraordinaria recreación de esta parafernalia diabólica en su cuento "El mal guardián", de Las mil y una noches argentinas. Vale la pena recordarla, porque a través de la magia del relato desfilan auténticos apuntes del entorno cuyano:

"Ya se desataron las risadas y parloteos en las soledades de esos campos. De repente [...] entraron, con atropello y libertino escándalo, culebrones negros, haciendo fuerza por pararse y enroscarse unos con otros; machos cabríos, topándose furiosamente con el estruendo de su cornamenta; pajarones de toda laya, abriendo tamaños picos en su charla y cruzando aletazos de entendimiento; grandes lagartos verdosos de los llanos y toda la humana iniquidad pecadora que desanda los caminos del mundo [...]"

Como figura central aparece el Malo, en su apariencia de gaucho rico, tal como la ha forjado el imaginario popular:

“Calzaba botas negras, relucientes. Calzones morados y gran tirador laboreado al cinto. Casaca punzó con botones de fantasía y vivos de terciopelo. Chaleco morado, por donde se le desbordaban los flecos de la camisa. Airoso pañuelo de seda al cuello y camisa color de fuego. Hermoso sombrero de Lima le retenía el cabello, ensortijado y brillante, por entre el que se le adivinaban dos inclinados y cortos cachos. Al caminar le sonaban ¡tan hermosamente! sus espuelas de oro y plata. Un poncho colorado y negro, terciado a lo llanista, remataba al justo su hermosa estampa criolla en la novedad de esos campos soliviantados”.

No falta incluso la manifestación musical más característica de Cuyo:

“Quenas, arpas, violín, trutruca, guitarrón, guitarras y cajas despertaron sus preciadas voces [...] La tonada de la hermosura en honor del Malo fue cantada por mozos y niñas pecadoras”; y *las danzas*: “Luego se bailó ‘La mariquita’, ‘Los aires’, ‘El escondido’ y otros bailes con la suma de los elegidos primores y fue de verse el caudal de mudanzas novedosas, hasta que el aguardiente y el afán atropellante tornó aquella fiesta en el cenagal de las pasiones”.

Juan Draghi Lucero. *Las mil y una noches argentinas*.
Buenos Aires, Kraft, 1953, p. 167 y 171-172



Grabado de Víctor Delhez. *Las mil y una noches argentinas*

También relaciona Draghi Lucero con la “Negra Potestad” otra “presencia” que aparece reiteradamente en los relatos populares: la de “El Familiar”, que suele identificarse con una víbora. Lo cierto es que muchos acogen culebras y las crían con todo regalo, incluso con triple ración diaria de leche. A la muerte de su dueño, suelen escapar y vagan por los campos. Cuando divisan a una persona que marcha solitaria, se acercan “y lloran como un niño” hasta que las alcanzan. Hasta existe un ritual para ello: los hombres deben hacerlo con el poncho o el saco, y las mujeres, con el vestido o manto.

También en el desierto de Lavalle se pueden recoger versiones de esta creencia, con similares características: “Bueno, eso hay muchas partes donde ha visto eso de la víbora, el finao Feliciano Villegas, dice, tanto un bichito que gritaba era un viborón grandísimo y se fue una de las viejas a ver y se la llevó pal corral y la hacían mamar en las cabras y la cuidaba muchísimo el

hombre y tenía majada (María Jofré; Lorena Gómez; Marisol Méndez Cabrera; Gabriela Miranda y Brenda Sánchez. *El cuento folklórico en el desierto lavallino*. Mendoza, 1995, pp 34-35. Inédito).

En el desierto lavallino se registran varios relatos relacionados con “la luz mala”, esa extraña luminosidad que de pronto suele aparecer en medio de la soledad de las noches campesinas. Transcribiremos uno de ellos, muy breve, informado por Lorenzo Jofré, del Puesto El Alpero: “Bueno, la luz mala [...] se ve mucho allá en San José, donde vive la Dominga [...] cerquita hay un médano que le dicen el Alto de la Chacona y de ahí sale una luz [...] se va, anda por todos lados y se vuelve ahí a los médanos [...] debe ser la luz mala, tiene como una bola así lleva la luz” (María Jofré; Lorena Gómez; Marisol Méndez Cabrera; Gabriela Miranda y Brenda Sánchez. *El cuento folklórico en el desierto lavallino*. Mendoza, 1995, pp 34-35. Inédito).

Interesa también la descripción que hace de ella el puestero Cándido Báez, del Puesto Colamora:

“Era así como una bola de fuego, mirá tenía como un metro, un metro, parecía ¿viste cuando vos rodás algo por el piso, así como un barril? Así va encima de los árboles y venía a la casa y te querías desmayar porque era una cosa mala, viste, y cerca de las casas llegaba”.

María Jofré; Lorena Gómez; Marisol Méndez Cabrera; Gabriela Miranda y Brenda Sánchez. *El cuento folklórico en el desierto lavallino*.
Mendoza, 1995, p 41. Inédito

Llama la atención igualmente la reflexión que hace al respecto Rosa Guardia, enfermera de La Asunción: “Y la luz mala, esa, qué sé yo, dicen mucho que son la fosforescencia de los huesos, pero no sé hasta qué punto puede llegar a ser eso” (*El cuento folklórico en el desierto lavallino*, p. 25). Para el lugareño es presencia viva, manifestación de alguna oscura voluntad de la tierra: “Y la luz es mala dicen, porque pierde a las personas en el campo y si la mira mucho lo pierde, no sabe pa’ donde se va. Por eso le dicen la luz mala” (*El cuento folklórico en el desierto lavallino*). Incluso se cuenta la anécdota de un camiónero que, curioso, quiso averiguar de dónde provenía; se bajó del camión y dejó que su compañero siguiera solo: “Y bueno, y dicen que el otro hombre que había seguido, al ver que no lo alcanzaba se paró y se volvió a buscarlo. Después lo encontró en el camino y mudo, y que no habló más, se murió. Y no habló más y no supieron qué le pasó ni nada” (*El cuento folklórico en el desierto lavallino*, p. 26).

También esta leyenda de la

“luz mala” -tan difundida- adquiere una modulación regional, pues en la zona del desierto lavallino existe la creencia de que “aquel a quien se le aparece debe seguirla, y en cuanto se va para abajo, allí mismito, en ese lugar, hay que clavar un cuchillo y después volverse a las casas sin mirar para atrás”. Al día siguiente, se debe regresar al sitio a buscarlo, armado de una pala, y cavar y cavar... porque “seguro, encontrará un ‘entierro’ de oro y plata”.

Es creencia común en la zona la existencia de tesoros enterrados. El fundamento de tales suposiciones es la gran abundancia de bandidos que transitaban los arenales buscando esquivar la persecución policial. Ante el peligro de ser descubiertos, o para aligerar su marcha, optaban muchas veces por ocultar sus tesoros en algún sitio bajo tierra. La muerte o la imposibilidad de reconocer el lugar en la inmensa monotonía del desierto hizo que muchas de esas riquezas no fueran halladas, y los lugareños piensan que aún duermen en medio de la arena, esperando al afortunado que sepa llegar a ellas.

En La cabra de plata, novela ambientada en Las Lagunas de Huanacache, Juan Draghi Lucero reelabora esa tradición, atribuyendo la posesión del tesoro a un “Gaucho Lima”, famoso bandolero que —al modo de Santos Guayama o Juan Baustista Bairoletto— la imaginación popular ha rodeado de un

halo de veneración; él mismo se aparece en busca de auxilio para su alma penante:

“-Anoche, no vengo y sueño con el gaucho Lima que se bajaba de su caballo y entraba a la resolana. Muy pensante, se dejaba estar en su ser [...] El que supo ser el dueño de esta gran casa y del que se dijeron un mundo de cosas. Cuasi me atrevo a pensar que está pidiendo misas [...] Por los pecados que cometió en vida. Por los tesoros que robó. Los sueños con las ánimas son avisos del Cielo, escritos con otras letras que sólo saben descifrarlas los que ‘saben las artes’”.

La mención de “la resolana” orienta la búsqueda y finalmente el protagonista encuentra el “tapado”: una tinaja repleta de monedas de oro y plata que desentierra, no sin antes sufrir angustias varias, entre otras el terror de considerar si el difunto no volvería a reclamar su propiedad y otras menos fantosicas pero aún más peligrosas si cabe: el riesgo de ser picado por alacranes y arañas que, a modo de mitológicos guardianes, surgen del pozo.

Juan Draghi Lucero. *La cabra de plata*.

Buenos Aires, Castañeda, 1978, p. 265

Otra de las “apariciones” que se registra en la zona es la del “Dientes de Oro”.

-“Eso del Dientes de Oro, ¿todavía existe, Rubencito?
- ¿Adónde estará ese indio con dientes de oro, que no aparece?
- Está muerto.
Hace años, siglos, hace.
¿Era un cacique?
- Está sepultao aquí cerquita, en los Altos de Melián. Mañana, si tenemos tiempo, podemos ir. Usté hace de cuenta que entra en la medianada. Es un cacique que tiene todos los dientes de oro. Tá enterrao con toas las cosas de oro qui ha tenía. Y siempre sale. De a caballo el Indio. Al que lo ha asustao, el año pasao, es a un primo mío. Se llevó un julepe bastante grande. Pero en el día lu’a visto.
- ¿En el día?
- O sea, dentrándose el sol. Dice que estaba lloviendo, nosotros tábamos

cortando melones en Media Agua. Yo tenía toos los niños abajo de una carpa. Y mi primo estaba con nosotros. Un día dijo « me voy », y se vino pa'cá, pa la casa. Serían como las cuatro. Y ha venido pasando los bordos, a la entrada'el sol, de día tuavía, bien clarito. Y empezó a llover, se descargó un aguacero grande. El Dientes de Oro aparece cuando hay mucha letricidad. Mi primo lo vido bien. La boca, la cara, indio, indio. El pelo largo, a pata, con el poncho que le arrastraba pol suelo. Y él ¡se jué pal diablo! Se asustó porque era un salitral que cuando llovía no pasaba nadie. Y él esperaba que se pasara la lluvia, abajo de una jarilla. En eso sintió que venía uno galopiando, del lao del sur. Se le sentían los tacos como si pegara en algo duro, eso, que galopiaba. Se quedó pensando : 'Ta lloviendo, ta todo hecho barro, ¿cómo se le van a sentir los tacos a un caballo en un salitral lloviendo?'. Se quedó medio sorprendió. Cuando dice que lo vio que bajó el indio, venía en el caballo negro, cara blanca. Llegó y paró cerquita, como a cincuenta metros. Puso el caballo igual que él. Porque mi primo estaba medio abajo'el caballo, protegiéndose de la lluvia. Y el indio tamién se metió en las ancas del caballo, agachao, como esperando que escampara la lluvia. No lo miró a él. Mi primo quería que levantara la vista, pa verle, y no, no levantó la vista, se quedó agachao, como si estuviera apoyao en el caballo. Dice que salió entre el agua no más y se jué...

- Menos mal que no lo miró.

- ¡Eso! Si lo hubiera mirao... Dicen que siempre sale..."

Gregorio Manzur. Guanacache, las tierras de la sed.
Mendoza, Fundación Marañón, 2007



Cabras sobre horno de barro

“ÁNIMAS EN PENA” Y CANONIZACIONES POPULARES

Usualmente, la aparición de las almas en pena se asocia con algún ser humano que murió en forma violenta, trágica e injusta, quien por este motivo no encuentra paz para descansar eternamente. Por eso es muy común observar a la vera de nues-

tros caminos cruces señalando el sitio donde se produjo algún accidente fatal. Y también es costumbre que estos rústicos monumentos funerarios aparezcan el lunes, día de ánimas, cubiertos de flores y velas, en sentido de súplica o de pago de alguna “manda”.

Rosario Prieto, investigadora de esta zona, apunta lo siguiente:

“Tengamos en cuenta que las ánimas del desierto o almas de quienes fallecieron de manera violenta, de sed o perdidas en los campos, son consideradas númenes protectores, capaces de realizar milagros o interceder ante la divinidad. Sin cruz ni familia que los recuerde, vagan a lo ancho del páramo anhelando oraciones y ofrendas que les permitan descansar para siempre. A fin de que la gente les rece, se manifiestan en los sueños como casas en ruinas o personas enfermas. Entre los laguneros, las promesas suelen pagarse con oraciones, velas y flores de papel a las ánimas”.

“Guanacache; Entre santos y ánimas”.
Revista Nueva

La motivación que guía al pueblo en su devoción a esos “santos” lugareños es conseguir alguna gracia que ponga remedio a sus múltiples necesidades, por eso elige como intercesores a seres se-

mejantes, tan pobres y sufridos como ellos mismos. Y como a menudo el ruego es oído, le retribuyen al taumaturgo con ex-votos, dando de este modo cumplimiento a una antigua tradición pagana.

Gregorio Manzur ha recogido varias interesantes versiones de estas creencias:

- “¿Y esos nichos que se ven por el camino?”

- Por ejemplo, acá tenemos un nichito que es ‘El Gringuito’. Que es in-

creíble la fe que le tienen, le tenemos, la gente. Porque hemos descubierto que tiene algo, un poder, nosotros decimos de Dios, para hacer milagros. Si usted va con esa devoción al Gringuito, si es algo perdido, seguro que lo recupera.

- ¿Quién es el Gringuito?

- Fue una persona que quedó demente al morir su señora. Perdió la noción y se largó a caminar sin rumbo. Porque él decía que a él se le murió la señora, se le acabó el mundo y quería buscar la muerte, así andando, caminando. Y murió así, de sed y de hambre. Lo encontraron al cavar un chañar, abajo, adentro de una cueva.

- ¿Y ahí le hicieron el nicho?

- Sí. Después, un señor que con devoción se dedicó a él, que le salvara la señora, que la tenía mal, de una enfermedad grave. Le dice, si el Gringuito me salva mi esposa, yo le voy a sacar los restos, se los voy a velar y los voy a llevar al cementerio. Y la promesa se le cumplió, por ese motivo los restos del Gringuito están en el cementerio.

- ¿Cuando viene el día de los muertos, se le reza también?

- Sí. Todos los lunes, se va y se le prenden velas”.

Gregorio Manzur. Guanacache, las tierras de la sed.

Mendoza, Fundación Marañón, 2007

“- En Las Cuentas había una niña, muy linda la niña, prosigue don Luce-ro, luego de haberse refrescado la garganta. Dicen que era bonita la piba. Y empezó a andar, como si anduviera en el aire, como perdida, ¿ve? Mal y mal, cada vez peor. Y bueno, un buen día la rastrearon, pa saber de donde venía. Hasta que se empeoró al todo. ¿Y por qué? Porque se había ido a los Lim-pios. Se iba allá por las noches. Vaya a saber qué había prometido la niña.

- Ah, eso era... una promesa...

- Y salió disparando hasta su casa. Pero la casa d'ella, desde los Limpios, tiene que haber estao como de aquí al Cristo. ¿Sabe adónde está el Cristo?

- ¿El de la vuelta de la ruta, allá?, pregunta Fausto.

- Exacto. Una distancia así estaba la casa. Y todo campo, solita. De noche. ¿Cómo hizo pa llegar? Claro, se ve que tenía tratos con...

- Ah, ¡con el Ave!, exclama Aguilera.

- ¿Con el Ave María?, le pregunto yo.

- Y claro, se enloqueció la niña. Y murió d'eso”.

Gregorio Manzur. Guanacache, las tierras de la sed.

Mendoza. Fundación Marañón, 2007

En el acervo narrativo de las Lagunas figura también un relato maravilloso del folklore universal. Berta Vidal de Battini (*Cuentos y leyendas populares de la Argentina*. Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1983, Tomo IV, p. 387 ss.) ha documentado numerosas versiones de este cuento que, bajo las denominaciones de “Juan sin miedo”; “El muchacho sin miedo” o “El velador de la casa encantada”, tiene una gran difusión en todo el norte y centro argentino.

Aun dentro de sus variantes, la historia tiene como motivos fundamentales la acción del valeroso que no tiene miedo a nada, lo que demuestra en diversas pruebas, pero en forma increíble, en la casa encantada ante la escena macabra de la caída del techo de partes del cuerpo de un muerto, que es un alma en pena. Su inmovible valor lo salva y recibe la recompensa de un tesoro, después de cumplir con las condiciones que el alma le indica.

En la versión documentada en el desierto mendocino no aparece la mención del tesoro: el único premio que merece la acción del valiente será el fin del encanto:

“Cuando ya era parte de la madrugada y los gallos comenzaron a cantar, ni supo en qué momento su monstruosa víctima ya no estaba más. Desde entonces en esa vivienda no se sintieron más rumores del ‘alma en pena’”.

Esta historia fue contada por Juan Morales, a él se la había relatado Florentino Nievas.

Lagunas del Rosario. Recopilada por Sandra Molina.

Voces de Huanacache; Relatos de transmisión oral de la zona de San José y Lagunas del Rosario, Lavalle, Mendoza.

Mendoza, Municipalidad del Pueblo de Lavalle de Huanacache, 1999, p. 25

El motivo del abandono suele vincularse muchas veces con las ánimas en pena; en este caso, y en estrecha relación con el desierto lavallino, reaparece en un cuento de Juan Draghi Lucero, titulado “El balde de las ánimas”, en alu-

sión a un pozo seco en medio del arenal, que da cuenta de los desesperados intentos de un hombre por encontrar agua, aun a costa de su vida y la de su mujer. El empecinamiento del protagonista en su lucha contra la implacable hos-

tilidad del medio trae aparejada la desgracia: el hombre sufre un accidente mientras cava inútilmente; la mujer queda sola, desesperada, y perece también en medio de la soledad, sin haber podido hallar auxilio.

La sed y la falta de amparo humano son las maldiciones inherentes a esos "campos amargos" en que Draghi Lucero gusta situar sus relatos. Así, un motivo legendario universal adquiere un matiz acendradamente comarcano. Hay además una sabiduría ancestral implícita en este caso desgraciado, tal como la expresa el narrador: "[...] el hombre seguía enterrándose en aquel pozo en la inmensa soledad de los campos y el agua no aparecía. Para cavar un pozo en los desiertos, buen tino hay que tener" (*Cuentos mendocinos*, Buenos Aires, Troquel, 1964, p. 38). Además, el desierto asume en este cuento esa connotación laberíntica a la que ya nos habíamos referido anteriormente; en este caso quien lo padece es la mujer que, habiéndose quedado sola, con su marido enterrado en la arena, quiere encontrar el camino de regreso: "Al trotecito de su yegua llegó a lo alto de un médano y desde allí comenzó a enfrentarse a las lejanías. Se detuvo indecisa. ¿Para dónde quedaba su casa? Ella no fue nunca habilosa para orientarse en los campos y

ahora, ahogada en las amarguras, menos podía elegir su norte. La inmensidad, siempre igual, se extendía a los cuatro vientos" (*Cuentos mendocinos*, Buenos Aires, Troquel, 1964, p. 41).

Existe también, como dijimos, un "santoral sospechoso". En relación con estas canonizaciones al margen de la Iglesia, Félix Coluccio apunta que "Existe en el país una verdadera constelación de 'gauchos milagrosos', que la devoción popular ha entronizado y elevado, en muchos casos, a la categoría de verdaderos 'santos'. En general, presentan una serie de rasgos comunes: han tenido problemas con la justicia; alrededor de ellos se ha tejido la leyenda de que robaban a los ricos para ayudar a los pobres; su valor y su astucia sobresalían del común y muchos de ellos murieron en trágico enfrentamiento con alguna partida policial. Precisamente este hecho es el que termina de despertar la conmiseración del pueblo, y posteriormente la fama de las 'virtudes' con que se adornó en vida se transforma en una devoción que ve en ellos auténticos taumaturgos a quienes se atribuyen 'favores recibidos' y 'curaciones increíbles'". (Buenos Aires, Colección Nuevo Siglo, p. 77).

En nuestras tierras cuyanas tenemos el caso curioso de Santos Guayama o Huallama, cuya imagen se venera en la Capilla del Rosario de las Lagunas, bajo la apariencia de un San Roque totalmente ortodoxo, aunque con sombrero gaucho. La historia dice que este bandido del siglo XIX, perseguido, fue a esconderse en las lagunas. Allí protegió y ayudó a los laguneros, y cuando murió, el pueblo quiso venerar su memoria haciéndole una estatua que perpetuara su figura. Pero como era un delincuente "decidieron tomar la figura de San Roque, lo cubrieron con una capa y le pusieron sombrero criollo. Para la ley era San Roque, para los laguneros es y seguirá siendo el Santo Guayama, el más vivado de la procesión".

Según Lucio Funes, Guallama había nacido en San Juan -posiblemente de padre desconocido- y fue recogido cuando niño por la familia Echegaray. Un suceso desgraciado aunque no completamente reprochable lo puso, aun muy joven, fuera de la ley. Fue cuando hizo fuego contra unos asaltantes que habían entrado a la propiedad de su padre adoptivo: "Semejante acontecimiento, el temor al castigo, el miedo de verse

preso y encerrado en un calabozo, como presunto victimario, indujo al muchacho a escaparse, en busca de un seguro refugio, ocultándose posiblemente en las lagunas de Huanacache, lugar en aquella época, inaccesible a las investigaciones policiales" ("Guallama". *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza*. Mendoza, Tomo XI, 2º trimestre 1938, pp. 152-153).

Años después, cuando este delito ya había caído en olvido, reapareció en los campos de Cuyo al frente de una gavilla de bandidos que atacaba a las mensajerías y a las tropas de carros o exigía tributos a los alejados vecindarios, como dueño y señor del desierto.

Acerca de su audacia y valor se cuentan numerosas historias, como así también, de la atracción que ejercía sobre el espíritu ingenioso de los paisanos. Era también un hombre ingenioso, que gustaba de gastarles bromas a sus víctimas: en una ocasión, disfrazó a sus hombres de soldados, para poder acercarse a unos viajeros a los que ofreció escolta... para poder robarles luego con mayor comodidad.

Acerca de su extraordinaria presencia de ánimo se relatan historias como la siguiente:

“En muchas ocasiones mientras sus hordas se despachaban a su antojo en los despoblados, él, jinete en su soberbia mula con equipo de arriero, llegaba a las villas, apeábase a la puerta de la más concurrida pulpería y, tranquilo como pacífico viandante, participaba de la tertulia de los vecinos, en la cual, la conversación, no pocas veces, versaba alrededor de su nombre y de sus hechos”.

Carmen Guiñazú de Berrondo. *El búho de la tradición*. Buenos Aires, Talleres Gráficos Argentinos de L.J.Bosso y Cía., 1924, p. 131

Se cuenta asimismo que en más de una ocasión jugó a los naipes con señores y autoridades de la Villa de San Francisco del Monte, los que resultaban víctimas de su suerte o de sus trampas. “Después de una noche de grata sociedad, el seudo y ameno viandante

retirábase, sin cumplimientos de despedida, bien provistos los bolsillos de bolivianos y al tanto de los planes para su captura”.

Su tropa estaba organizaba militarmente, dividida en compañías con sus respectivos capitanes, lo que da cuenta de su talento.

“Horda de bandoleros a los que el jefe prestó nombre rotulando con su terrible fama las correrías y horrores de una campaña de pillaje, que duró más de veinte años [...] tenían su zona de acción extendida desde La Rioja hasta Córdoba con paraderos ocultos en las sierras y lagunales de San Luis y San Juan, en bandas que simultáneamente realizaban asaltos a distancia de cincuenta u ochenta leguas, y aunque el jefe no podía dirigir las a todas, bastaba que apareciera un grupo de gauchos, en tren de pillaje, para que el nombre de Guayama corriese sembrando terror”.

Carmen Guiñazú de Berrondo. “Los guayaminos”. Buenos Aires, Talleres Gráficos Argentinos de L.J.Bosso y Cía., 1924, pp. 135-137

Estos “guayaminos” llegaron a ser el terror de los viajeros, aun después de la muerte de su jefe. También participó Guallama en la montonera de Varela e intervino en los avatares políticos de la región: “En las elecciones reñidas que tuvieron lugar en el Departamento de Lavalle -que se denominaba entonces “El Rosario”- Guallama bajó de Las Lagunas con parte de su tropa, pesando en forma decidida sobre el resultado de las mismas, lo que demuestra que el bandido no estaba huérfano de amigos en el mundo de la política local” (Lucio Funes, *Anécdotas mendocinas*. Mendoza, [s.e.], 1936, pp. 153-154).

El centro de sus correrías fue - como ya se dijo- la zona de las Lagunas, debido a su peculiar situación geográfica; señala Rolando Concatti que, durante muchos años, las Lagunas fueron impenetrables para policías y soldados y se necesitó del ejército nacional de Roca y sus ametralladoras para destruirlas y dominarlas.

Durante mucho tiempo las autoridades cuyanas trataron en vano de capturarlo; hasta llegaron a comunicarse noticias falsas al respecto que provocaron roces entre el gobierno de Mendoza y el de San Juan. Y, como comenta Funes, “Sabe Dios a lo que hubiera dado lugar una disputa tan curiosa, si el mismo Guallama no hu-

biera resuelto darle término, realizando una dramática aparición al frente de su banda, con la que llevó a cabo un ruidoso asalto” (Lucio Funes. *Anécdotas mendocinas*. Mendoza, [s.e.], 1936, p. 159).

Fue necesario llevar a cabo una verdadera tarea “de inteligencia”: el gobierno sanjuanino se aplicó a investigar las relaciones del bandido y así llegó a saber que con frecuencia solía acudir a las vecindades de la ciudad, donde tenía una amiga. Le tendieron entonces una emboscada y así lograron apresarlos. Juzgado de inmediato, se lo fusiló, dando así término a su carrera de proezas delictivas. Carmen Guiñazú de Berrondo evoca su figura legendaria: “Santos Guayama no fue un gaucho bruto. Su exterior, cuando afeitado y “endomingado” se presentaba, era el de un paisano de mirar altanero, pero no repulsivo. Gustaba de la buena sociedad y alternaba en ella sin desmedro, con palabra fácil y risa franca que suavizaba la línea dura de su tez” (Carmen Guiñazú de Berrondo. *El búho de la tradición*, p. 131). Sus atrevidos golpes de mano, su generosidad para con los desposeídos, hicieron el resto en la imaginación popular.

Hoy, Santos Guayama es leyenda y una figura que no supera los cuarenta centímetros, que está

a la derecha de la Virgen del Rosario. Es el “San Roque” que acompaña a “La Patrona” y a “La Capataza”, al Corazón de Jesús,

San Juan Bautista y Santo Domingo en las fiestas patronales de octubre.

Al respecto, es interesante el testimonio de Metraux:

Veneración de Guayama

“[...] mi informante [...] me habló largamente del célebre jefe bandolero, Santos Guayama, quien con sus secuaces se refugió en la región de Huancache y durante largos años tuvo en jaque a las autoridades constituidas de la provincia. Mi interlocutor me habló de él con simpatía, y parecía orgulloso del encuentro que tuvo en su infancia con Santos Guayama. Me describió complacido su vestimenta, su gorro rojo y sus aperos de plata. También me enteré por él cómo Santos Guayama, habiendo sido invitado a San Juan, fue víctima de una emboscada, siendo fusilado sin juicio previo. Terminado el relato, me fue presentado el hijo del caudillo, que podía tener unos sesenta años [...].



San Roque “Guayama”

LOS ALTOS LIMPIO Y SU ENCANTO

Hay en el territorio mendocino un rincón cuyas características lo hacen especialmente apto para albergar encantos: son esos Altos Limpios que transmiten la extraña sensación de que los arenales caminan y donde mora el alma quejosa del viento: “Huían los granitos de arena en desgovernado rodar, uno por uno, procurando subir a los altos de la empinada barrera, como solicitados

por el imán [...] Me parecía entrever que invisibles dedos modelaban botijuelas y volutas pequeñas de un remoto palacio de barro cocido... En la noche el viento arrastrado enhebraba voces bajitas, susurrantes, lejanas. Se entreoía el rodar de lamentos perdidos...” (Juan Draghi Lucero. *El hachador de Altos Limpios*. Buenos Aires, EUDEBA, 1966, p. 172).



Los Altos Limpios

Por ello, los moradores del desierto de Lavalle no han podido escapar al hechizo del misterio de los Altos Limpios y relatan en susurro viejas tradiciones; historias de salamancas y aparecidos naci-

das junto a los arenales; porque, como bien reconoce en un cuento Juan Draghi Lucero, “Hay desiertos como éstos que son nidales de la sed y del hambre y sin embargo, con ser aposentos de la triste-

za y el aplastamiento, de repente se aparece, como en un soñar, un jardín de fantasías escondidas" (*El hachador de Altos Limpios*. Buenos Aires, EUDEBA, 1966, pp. 154-155).

Intrigan también los relatos de los "puesteros del silencio" hablando de las "luces malas" en las crestas de los médanos, las noches pobladas de gritos, quejidos y murmullos que despiertan la fantasía y generan el clima para los mitos y las leyendas.

Cuentos de fogón para todos los gustos... Y un consejo: "No se acerque a los Altos Limpios para Semana Santa, porque allí vivían los brujos indios, los brujos huarpes que le harán escuchar con sus atrapos y triquiñuelas música de guitarra y cánticos que el 'Tienta' (Tentador o Demonio) toca para los descuidados". Y sigue la admonición, recurriendo a un caso: "Tal le ocurrió a la Jacintita hace mucho, la 'Niña Encantada', que se volvió loca por la música que sólo ella escuchaba". Esta leyenda recuerda la de la "Telesita", que tan honda huella ha dejado en el folklore del noroeste: la niña que amaneció quemada en su rancho, luego de haber visitado -según dicen- una Salamanca, atraída por el encanto de la música.

Así, junto a "las arenas que caminan" surgen fantásticos relatos;

para la mayoría son hechos auténticos. Uno de ellos habla del caballo negro que se perdió en los Altos Limpios y fue transportado mágicamente al corral de su dueño, en El Cavadito. Otra leyenda, recogida en un artículo periodístico sobre la zona, es la de "El puñal clavado", simple en su peripetia pero de gran resonancia emocional: un gaucho caminante encontró en el medanal un puñal clavado. Extrañado y alarmado por el inusual hallazgo, no se decidió a tocarlo y fue en busca de otro paisano para que lo ayudara. Cuando retornó, advirtió con asombro que sus huellas estaban intactas y no había señal alguna que pudiera indicar la presencia de otra persona. No obstante, el puñal había desaparecido. El periodista acota a continuación: "La sabiduría popular extrae una enseñanza. El puñal clavado en la arena 'simboliza la felicidad hallada al azar, pero irremediamente perdida para quien no se atrevió a desenterrarla'..." ("Misterio, asombro, leyendas; las arenas que caminan". Diario Los Andes, 10 de mayo de 1993).

Entre las tradiciones orales de "Los Limpios" está también la de "El toro negro con cuernos plateados", que salía en la noche "a pelear con los toros de la estancia [...] Peliaban hasta muy tarde a la noche, ya parte de la madrugada, se

iba el toro y no sabían dónde se iba, ni sabían de quién era ni nada". Una vez, un anciano puestero quiso capturarlo, pero "parecía que lo iba a enlazar y no, no le podía tirar". Finalmente, el animal desapareció en los médanos, donde "[...] se sabe escuchar balar vacas, torear perros, cantar gallos

pero no era, no era nada. Lo único que hay ahí, hay tarritos de fierro [...] como si hubieran sido marcas, pero ya está como en un moho no más, si uno lo levanta se rompe" (*El cuento folklórico en el desierto lavallino*, p. 36. El informante es Lorenzo Jofré).

En relación con ganado vacuno, hay otra leyenda que circula en la zona: es la del "Coquito", un torito esmirriado que aparece en medio de la hacienda, luego de la misteriosa visita nocturna de un toro "fantasma" con cuernos de oro:

"Pasó un año, luego otro y la hacienda seguía en aumento, pero el 'Coquito', así le habían dado en llamar al ternero, fue poco lo que creció, alcanzaría apenas el metro y ya tenía forma de toro con grandes astas, patas grandes y la cola a la rastra. Era negro **purito**, bramaba y mugía tan fuerte como ninguno de los terneros de los hacendados de por allí.

Tenía por costumbre, cuando llegaba la tarde, pararse en un médano a bramar y bufar, con sus bufidos comenzaba a llegar la hacienda y él no se callaba hasta reunirla.

[...] Las vacas rumiaban tranquilas alrededor de la aguada, pero grande fue la sorpresa cuando se dieron cuenta que el Coquito no estaba entre la hacienda, de inmediato Don Miguel comenzó a buscarlo, le cortó rastro y grande fue su asombro cuando vio que había tomado el mismo camino que el toro bayo que él había seguido. Sin duda llevaba el mismo destino. Ese día el Coquito se perdió para siempre.

Dicen que contó Don Miguel que las vacas lo buscaban y se habían empezado a desparramar. Se le habían perdido tropillas enteras, otras se le murieron y así le fue disminuyendo la hacienda hasta quedar la misma cantidad que había tenido antes del Coquito y el misterioso toro de astas doradas".

Contado por J. Salazar. A ella se la contó su abuela, Inés Moreno de Salazar, fallecida en 1974.

Recopilado por E. Molina

Voces de Huanacache; Relatos de transmisión oral de la zona de San José y Lagunas del Rosario, Lavalle, Mendoza.

Mendoza, Municipalidad del Pueblo de Lavalle de Huanacache, 1999, pp. 21-22

También Gregorio Manzur recoge una versión de esta historia:

“-En los Limpios ha sabido salir un toro negro. El finao Ernesto Zapata tenía estancia en la Atravesada. Y el toro negro iba a pelear allá con los toros del estanciero. Don Zapata le dijo a sus empleados, ‘muchachos, a ese toro no me lo joda nadie. Déjenlo que venga cuando quiera’. Al ir cayendo la oración, que oscurecía un poco, ya estaba el toro ahí. Peliaba. No había vacuno que se la diera. Los aporreaba a todos. Y era bien negro, con aspás que le brillaban con la luna. Una noche estaban ahí los obreros, y dice uno, Dieguito, se llamaba: Ché, ¿se ha ido el patrón? Sí, se jué. ¿Cuándo irá a venir? Y, de aquí unos cinco o seis días. Entonces, dice el Dieguito: ¿Por qué no enlazamos al toro ese?, ahí está, ahoritita, aprovechemos. Muy dispuesta pal lazo estaba esa gente. Así que lo corrieron a caballo y lo enlazó, no más. Le había metido el lazo al toro, y ¿qué?, nunca lo pudo sofrenar. Y el otro jinete, que lo acompañaba al Dieguito, ni siquiera podía largarle el lazo pa ayudarlo. Se le adelantaba al toro, le ponía el caballo atravesao pa frenarlo, ¿qué?, se lo llevaba como un viento. No podía alcanzarlos, a galope partido, ni al toro ni al Dieguito. Y el toro apuntó derecho a los Limpios. Al llegar al alto, a punto de subir al alto, el Dieguito sacó el cuchillo y cortó el lazo. Y entonces se perdió el toro, no salió más. Los hombres sentían cantar gallos, se sentían arriadas de animales, como las que traían del Norte, y se veían polvaderas.

- ¡Eso mesmo, polvaderas! No, si a mí me han conversao, exclamó Aguilera, admirativo y temeroso.

- Y decían que había un encanto ahí. No sé si sería la verdad.

- ¡Pero claro que hay un encanto! afirmó Aguilera, ¿y si no?

- Mi compadre Lorenzo tiene fotos. Porque quisieron hacer como una novela, ¿ve? Esa gente lo llevó a los Altos Limpios y le sacaron fotos al Lorenzo bajando del alto. Y en la foto también salen gallinas, ¿qué me dice? ¿Cómo van a haber gallinas, si es puritito campo?

- Ji, ji, ji, ríe Aguilera, es arena no más, ¿de dónde va a haber gallina?”.

Gregorio Manzur. *Guanacache, las tierras de la sed.*
Mendoza, Fundación Marañón, 2007

También se cuenta la historia de la niña que se quedó sin la razón mientras cuidaba su majada por los alrededores: ella afirmaba que su novio la visitaba montado en un caballo negro y vestido con

ropas relucientes. Su familia escuchaba el sonido de un jinete que llegaba al lugar, pero nunca pudieron verlo. Ella sí.

Existe igualmente un “desconocido” que se enfrentó en duelo

con uno de los viejos del lugar, “un tal Maravilla”: “[...] de esos viejos corajudos se levantó [...] y ya se juntaron a pelear y el viejo tenía un cuchillo, un puñal que le pegaba puñaladas y parecía que pegaba en la ná, no le hacía nada”. Al llegar el día, el forastero huyó y el viejo sintió un dolor en el costado: tenía una costilla quebrada, como consecuencia de la pelea. Empero, el único rastro que había en la arena era el suyo: el agresor no había dejado huella.

Hay algunas leyendas que semejan esos cardos rusos que ruedan por los campos, sin arraigarse definitivamente en ningún sitio; hemos visto varias de ellas en versiones que atraviesan toda la geografía argentina. Sin embargo, los Altos Limpios tienen su propio repertorio de encantos... historias como la de “El hachador de Altos Limpios” -¿creación o recreación de Juan Draghi Lucero?- auténtica encarnación del alma del paisaje: “[...] me llegaban claramente los retumbos de un hacha... Hachaban el tronco de un árbol, ahí, a pocos pasos [...] Inquirí hacia el chañar solitario y pu-

de distinguirlo como saliéndose de la noche en un resplandor blanquecino y, a su lado y hachando su tronco, a un hachador”.

Esta figura, “fuerte sombra en sufrimiento”, en su apariencia criolla, tiene mucho de simbólico: “Era un mocetón alto, fornido, moreno. Calzaba ojotas, vestía chiripá; sin camisa, mostraba el torso brillante de sudor”. En cuanto a su faena, “revivía un quehacer [...] anudado entre el folklore y la historia. El hachador luchaba y su hacha era la suma de todas las armas de la guerra nativa y el tronco del árbol herido, la inmensa llaga de todos los encuentros sufridos por la carne de un pueblo mal llevado” (*El hachador de Altos Limpios*. Buenos Aires, EUDEBA, 1966, p. 174). De algún modo, la tarea que esta sombra ejercita da una de las claves del empobrecimiento de la zona: la tala indiscriminada del bosque nativo. ¿Por qué el *hachador de Altos Limpios* se empeña en seguir con la obra depredadora? Quizás sea éste uno más de los enigmas que esconde el desierto.



Los Altos Limpios

También tiene fuerte arraigo en la zona la leyenda de “El gritón”, que Draghi Lucero reelabora bajo el nombre de “El grito de la noche”. El núcleo esencial del relato constituye un fuerte grito que suele escucharse en la soledad de

la noche: “[...] un alarido penetrante, lleno de salientes puntadas. La noche en sueño fue despertada por ese gritar con la solicitud del contesto” (*El hachador de Altos Limpios*. Buenos Aires, EUDEBA, 1966, p. 155).

La sabiduría popular enseña, empero, que no debe responderse, porque de lo contrario, se acerca más todavía:

“-¡No conteste! -me ordenó el viejo, saliéndosele los ojos, espantado y en afán de salvación [...]

-¿Por qué? -pregunté alarmado.

-¿Por qué? ¿Quiere ser tragado por los reprofundos? ¿No malicia quién tira ese anzuelo en vías de la tentación y el agarre?”.

**Juan Draghi Lucero. *El hachador de Altos Limpios*.
Buenos Aires, EUDEBA, 1966, p. 155**

Para el paisano los signos son claros: ese grito se escucha cuando llegan “las deshoras”. No se trata, por tanto, de un viajero perdido, sino del causante de toda perdición, que aprovecha el momento propicio: “La noche es de Nuestro Señor hasta el tiempo y la medida que va del anochecer a las doce. Ni bien se vence este medir, sale de sus fuegos el Rey de las Negruras a desandar los caminos del Hombre. Abiertos de par en par sus portales, asoma primero y luego sale el Tentador; viene a largar los anzuelos de la Noche. En la desolación de estos campos, él desparrama sus gritos pegajosos pidiendo una contesta

y ¡pobre del que se tiene en responderle!” (*El hachador de Altos Limpios*. Buenos Aires, EUDEBA, 1966, p. 155).

El llamado se repite tres veces y si no halla correspondencia, el encanto se desvanece. En cambio, si algún osado se encara con las negruras y lanza su respuesta “el Gritón aparece bien cerquita como un hombrecito con cuernos, vestido de gaucho y entre grandes llamaradas” (“Misterio, asombro leyendas; las arenas que caminan”. Diario *Los Andes*, 10 de mayo de 1993). De su figura emerge un terrible magnetismo, especialmente de sus ojos “que parecían mansos y cuasi apagados, pero que tras-

minaban y forzaban el obediencia, tras apagar toda resistencia en el retroceder del cristiano” (Juan Draghi Lucero. *El hachador de Altos Limpios*. Buenos Aires, EUDEBA, 1966, p. 157).

Los paisanos suelen conjurarlo rezando “Las Doce Palabras Redobladas”, ensalmo tradicional

que resume en sí todo el saber teológico del pueblo, sencillo y profundo. Es saber que no está abierto a cualquiera, sino que se transmite de padres a hijos, en situaciones especiales que guarden el respeto debido a lo sagrado del *traditum*.

Alberto Rodríguez y Elena Moreno de Macía rescatan esta arcaica oración en su Manual del folklore cuyano, recogida de boca de una “rezadora” que la utilizaba para conjurar las fuerzas destructivas de la naturaleza, pedir agua en tiempos de sequía o curar enfermedades:

“Las doce son doce: los doce apóstoles

La una es una: la que parió en Belén y siempre quedó pura.

Amén, Jesús, María y José.

Las once son once: las once mil vírgenes.

Las dos son dos: las dos tablas de Moisés.

La una es una

[...]

Las diez son diez: los diez mandamientos

[...]

Las nueve son nueve: los nueve meses

[...]

Las ocho son ocho: los ocho gozos

[...]

La siete son siete: las siete palabras

[...]

Las seis son seis: las seis candelillas

[...]

Las cinco son cinco: las cinco llagas

[...]

Las cuatro son cuatro; los cuatro Evangelistas

[...]

Las tres son tres: las tres Marías

[...]

La una es una: la que parió en Belén

y siempre quedó pura.

Amén, Jesús, María y José”.

Manual del folklore cuyano.

Mendoza, Ediciones Culturales de Mendoza, 1991, p. 42

Misterio, asombro, leyendas y creencias ancestrales que son uno con esta porción tan entrañable del territorio mendocino: “[...] de pie, en silencio y de frente a esa cadena de médanos puntia-gudos, del perfil afilado del desierto de Lavalle, recién se comienza a comprender el milagro del oasis creado por el hombre mendocino y se siente con mayor intensidad, que más allá del verde vegetal es-

tá nuestra verdadera identidad: tierra árida, soledades y silencio” (“Misterio, asombro, leyendas; las arenas que caminan”. Diario *Los Andes*, 10 de mayo de 1993).

Es que ese silencio habla, habla precisamente con la voz de las leyendas populares que, dentro de su aparente ingenuidad, esconden empero un sentido y una sabiduría ancestral, muy profundos.

Hay costumbres que son tradicionales, que vienen desde tiempos remotos, en donde las memorias de los hoy vivos no alcanzan a llegar. El Baile de San Vicente es una de ellas, y se relaciona con lo que es la principal necesidad de estas “tierras de la sed”:

“Costumbres de nuestra gente”

“Mucha gente se ha reunido debajo de una ramada, hecha a la orilla de un camino mientras hombres y mujeres trabajan afanosamente en los últimos ‘preparativos de la comida’. Otros riegan donde será el baile. En un momento dado, las guitarras comienzan a sonar y el animador –que es alguien de la zona- comienza a buscar las parejas.

Todo está preparado, la primera pareja, que son un par de niños de corta edad, está frente a la gruta donde está el Santo iluminado con velas. Una a una se irán cambiando, al igual que las cuecas que no deberán repetirse [...] Los últimos en bailar serán un par de ancianos, después vendrá la última cueca, la número catorce, en la que bailarán todas las parejas juntas para que el Santo vea que todos se unieron para honrarlo.

Una vez terminadas las cuecas y rápidamente, como si alguien hubiese dado una orden, se riega nuevamente el patio, se colocan los tablonés y las mesas se empiezan a cubrir con comida y vino. Allí nada se cobra, las personas que organizan el baile ofrecen un ternero, el que llega debe traer vino, pan, chivo u otra cosa para ofrecerle a San Vicente y a su gente.

Después de la comida, vendrá el baile y la farra durará hasta que no quede nada de comer y de tomar, tal vez, hasta las últimas horas del día siguiente. A partir de allí, la ramada quedará nuevamente vacía hasta que en el año entrante, allá por el mes de noviembre, se llene de música y de alegrías.

¿A quién se venera?

A San Vicente le daremos lo mejor de nosotros; a cambio le pediremos lluvia para nuestros campos”.

Costumbre recogida y compaginada por varias fuentes

Voces de Huanacache; Relatos de transmisión oral de la zona de San José y Lagunas el Rosario, Lavalle, Mendoza.

Mendoza, Municipalidad del Pueblo de Lavalle de Huanacache, 1999, pp. 45-46

También Gregorio Manzur habla de esta costumbre devota:

“- A San Vicente, sí.

- ¿Qué poderes tiene?

- San Vicente es del agua. Uno le pide a San Vicente que llueva, y le dice, ‘bueno, le voy a hacer un baile’. Porque a él lo que le gusta es que le bailen cuecas. Le hacen ese pedido y después le hacen un fiestón.

- ¿Cada uno tiene que bailar catorce cuecas?

- Se juntan varios bailarines, todos los de la zona, los que son de la promesa. Le bailan al santo y llueve.

- Ah...

- Y llueve muchísimo. Es como el cuento de un riojano que había pedido a San Vicente que lloviera, porque se le habían seco las chacras. ¡Pucha!, le dice a su amigo, le vamos a pedir a San Vicente que haga llover’. Estaban en trago, estaban tomando. Que le dice un riojano, ‘andate a la catedral de San Juan y comprate un San Vicente grande. No vayas a venir con un San Vicente chico, aquí, je, je, je...’ Y bueno, se había venido a la catedral de San Juan a comprar el santo. Que había un curita de guardia, ahí.

- ¡De guardia!, ja, ja, ja...

- Y que le dice, vengo a buscar un San Vicente grande, me han mandao de La Rioja. Bueno, dice. Se pusieron a buscar y no hallaron ni un San Vicente grande. Todo era San Vicente chico. Le dice, ‘pero, hijo, un San Vicente chico hace el mismo milagro que un San Vicente grande’. Lo único, dice, ‘cuando le haga la fiesta, hay que ponerle agua hasta los tobillitos. Y llueve’. Bueno, se lo llevó, no halló otro y se lo llevó. Llegó allá, lo estaban esperando los compañeros con la fiesta. Y llegó el santo. Que le dice, ‘me ha dicho el Padre que lo ponga hasta los tobillitos en el agua’. Y taban en pedo toos, ya curaos. Dice ‘¡Metelo no más hasta las rodillas!, ja ja, ja...’.

- ¡Ah, sí, ja, ja, ja!...

- ¡Ponelo hasta la cintura!, ¡qué miéchica!, le decía el otro. Y lo habían puesto hasta la cintura en el agua. Taban bien curaos los maulas. Y se arma-

ron la fiesta. Se pasó un poco la fiesta y se largó un aguacero, pero impresionantemente grande, claro, le había pedío hasta la cintura. Cuando miraron las chacras, después que se había pasao el aguacero, no se veía ni una hoja de maíz. Todo estaba ahogao en el agua. Y lo corrieron al que había pedido el San Vicente chico, que fuera hasta la catedral de San Juan a devolver ese santo chico. Se vino el hombre con el santo otra vez, al otro día. Estaba el mismo cura todavía ahí.

- De guardia.

- Sí, de guardia, ja, ja, ja... Y que le dice, aquí vengo a traerle el San Vicente, quero un San Vicente grande ahora. 'Pero, pa qué querés un San Vicente grande, hijo mío, un San Vicente chico hace el mismo milagro'. 'No, lo quero para que vaya a ver la macana que se ha mandao el más chico, ja, ja, ja, ja... Para eso lo quería, pa que viera la hijoemadrada que se había mandao el otro, ¡ah, ja, ja, ja!...

- Pero, ¿de verdad que llueve cuando le bailan?...

- Sí, le bailan las catorce cuecas, se arman unos asaos ahí y los corre la lluvia. A veces están bailando cuecas y está ponga llover. Varias veces nos ha pasao, estar bailando nosotros en la plena pampa, corría el agua, ja, ja, ja... Y bailan a pata, ahí, descalzo, sí.

- Ché, Rubén, dice Fausto, ¿esa fiesta viene de antes, no?

- Viene de los indios. Cuando los indios no conocían la evangelización, ellos tenían un canto a la lluvia. Le cantaban eso al dios d'ellos y llovía".

Gregorio Manzur. *Guanacache, las tierras de la sed.*
Mendoza, Fundación Marañón, 2007



“Capilla solitaria” - Fidel Roig Matóns

PERSONAJES DEL DESIERTO

Además de los seres legendarios, hay otras figuras que el desierto nos ofrece como verdadero ejemplo de vida.

“Cipriana Quiroga ‘De las Lagunas del Rosario’”

“De apergaminado rostro huarpe y encorvada por los años, es Cipriana, de las Lagunas del Rosario. Centenaria o casi centenaria, no sólo guarda el misterio del porqué es anciana entre las ancianas. En ella está detenido el tiempo. Aquel tiempo de trigales rubios, canoas pescadoras y la vida, donde hoy existen arenales interminables y una geografía que da aspereza hasta a las palabras.

Cipriana Quiroga fue testigo del oasis hoy convertido en desierto.

En este octubre de celebraciones en la ancestral capillita del Rosario, como un fantasma, ronda por ese ambiente lavallino pleno de fuerza telúrica, sometida al irremediable transcurrir temporal que ha sepultado a sus antepasados.

Vive sola, en el paisaje que los hombres abandonaron y al que retornan una vez al año, para venerar a la Virgen patrona y divertirse en ‘Bordo Negro’.

Su única riqueza son los recuerdos y la sangre huarpe. No posee nada. Simplemente busca el milagro y la esperanza de tener un rancho.

Cipriana dice que nació en agosto de 1902. [...] A Cipriana Quiroga, encorvada, toda de negro, no podemos creerle que sea del segundo año de este siglo. Su aceitunado rostro huarpe surcado de tiempo y recuerdos dicen que es centenaria.

Cipriana Quiroga, de Las Lagunas de Huanacache, la que solitaria ronda por la capilla del Rosario no tiene edad. En ella está el milagro de los días detenidos [...] Para Cipriana Quiroga, viuda de Godoy, no existe el tiempo [...]

Cómo no ser centenaria, o casi, si están aún vivos en su rostro huarpe los momentos en que el desierto ‘tapó los vergeles’ y aquellos días en que ‘las lagunas y los hilos’ de los ríos Mendoza y San Juan ‘se escaparon hacia donde nadie los ha encontrado’.

En sus recuerdos juegan también el paisaje que ‘comenzó a morir con las hachadas’ indiscriminadas de los algarrobales y esas primaveras-veranos donde las espigas de los trigales no maduraron.

[...] para nosotros, hombres de la ciudad, resulta un misterio por qué doña Cipriana sigue aferrada obstinadamente al desierto, a las lagunas muertas y a ese ambiente pleno de fuerza telúrica.

¿Por qué, solitaria, ronda por ese territorio de silencios interminables?
Sencillamente porque es su hogar, su tierra, el territorio del que no puede despegarse, su única y final morada.

¿Por qué doña Cipriana, su vida y su perro, van juntos por donde las lagunas de Huanacache son un fantasma?

Es su misterio.

¿Por qué durante el año vive en las construcciones abandonadas próximas a la capilla, y al llegar las fiestas de octubre, cuando aparecen los propietarios, es 'desalojada' para 'radicarse' en un matorral arriba del médano?

Porque es su destino. Porque es muy humilde, no se queja y acepta el destino.

Jesús Godoy, el payador que se fue el último invierno

La última vez que compartimos una charla con doña Cipriana fue en el atardecer del primer viernes de este octubre. Fue un diálogo pausado, dejando que todo transcurriera sin mirar el reloj. Rito propio de los habitantes del desierto.

[...] Nos contó que con el último invierno, se 'me fue' don Jesús Godoy. Su esposo.

Muchos creen que murió de frío. Los menos, de viejo. Como ella, era viejo entre los viejos.

Don Jesús era locuaz. Decía las cosas como si las recitara y en tono de discurso. Tenía mucho de payador y de patriarca.

[...] rescatamos algunas de sus improvisaciones: 'Yo me llamo Jesús Godoy / y me lamento de mi pobreza, / al verme tan abatido / en esta triste pobreza. // Y no le cuento grandezas / porque se me ha olvidado todo; / pero me lamento / la desgracia mía. // Todo se veía amarillo / hasta donde la vista no da' [...].

En sus días aparecen la presencia reverenciada de Sayanca, el último cacique. La Martina Chapanay, con su tremenda carga de leyenda y su no contenida admiración. O Santos Guayama, al que alguien llevó al altar con sombrero gaucho y los religiosos transformaron en San Roque.

Cuenta y cuenta doña Cipriana [...] Lo más admirable fue su sentencia: 'Se veía todo amarillo. Hasta donde la vista no da' [...] No sólo había trigales amarillos. Con balsas y redes se sacaban de las lagunas los peces y de la fértil tierra, 'maíz, zapallos del tiempo, melones, tomates...'

[...] Entrar en lo que ayer fueron las lagunas de Huanacache es percibir una inefable sensación de dura soledad que se percibe con sólo hundir el pie en ese paisaje gris y de campos yermos que claman de sed.

El viento, aun leve, matiza todo de un polvo que reseca la piel y da aspereza hasta a las palabras.

Dentro de ese espacio, que escuda el infinito misterio de la vida y la muerte, se mueve Cipriana Quiroga, viuda de Godoy, de las Lagunas del Rosario.

Ella, que es 'dueña' de los tiempos, del misterio de la longevidad y del irremediable transcurrir temporal, que ha sepultado a sus antepasados, no tiene nada. Ni un simple rancho. En los que algunas veces se guarece, no le pertenecen.

Ella, que dentro de su rostro apergaminado y el ropaje negro que cubre su cuerpo encorvado, ronda por las Lagunas de Huanacache. Fantasma de la soledad, sólo busca el milagro y la esperanza de "tener un rancho", su única y final morada".

Diario *Los Andes*, 18 de octubre de 1992.



Laguneros



Trabajando
en el telar

Tierra ésta de Huanacache (corazón del Departamento lavallino) con un pasado -si no de esplendor- al menos rico en historia, en folklore y en leyendas. Lamentablemente, hoy duerme su silencio en medio del polvo, la soledad y el abandono. Valga como una esperanza para estas zonas largamente postergadas lo que Anastasi y Cozzoni proponen para el desierto lavallino: “Una inteligente concentración de ideas, propósitos y actos podrá desembocar en la planificación de un turismo que entrelace el colorido fervor de las históricas festividades religiosas [...] con la percepción de una solariega y tibia paz de espíritu en gentes de humana dignidad y con el ‘descubrimiento’ del drama de las zonas áridas en el abortamiento de los ríos, la disecación de las lagunas, el crecimiento del medanal y sus ‘encantamientos’, la inexplicable aparición de cuerpos lagunares sin aparentes razones de origen, la nostalgia de bosques abatidos que dieron paso a la estepa rala y silenciosa, los totales cielos de la noche” (“Envergadura de los procesos de desertización y diferencial infraestructura de base en zonas áridas”).

El Departamento de Lavalle configura una extensa llanura,

donde se combinan los matices propios del oasis y el desierto. La potencialidad de estas alternativas turísticas han sido impulsadas teniendo en cuenta, principalmente, el atractivo que el lugar ejerce sobre los visitantes. De este modo, se ha propulsado el ecoturismo, actividad que conjuga el placer de descubrir y comprender la flora y la fauna con la oportunidad de contribuir a su preservación.

Cumpliendo de algún modo ese imperativo, es que proponemos dos circuitos complementarios hacia el corazón del desierto lavallino, donde se conjugan las tradiciones, lo natural y lo religioso –patrimonio tangible e intangible de la zona–, brindando un complejo cultural único.

Allí podremos visitar también el pueblo de La Asunción y su antigua Capilla y saber por boca de sus lugareños de la profunda sabiduría ancestral que dispone que aquellos que han nacido y muerto en la tierra reposen en un lugar diferente de los que no son nativos de la zona; hemos aprendido también que las almas, en las profundas noches del desierto, requieren de nosotros el regalo de botellas de agua, ofrendas votivas que sellan la continuidad de nuestros mundos, que desdibujan la frontera de lo sobrenatural.

“Un Ángel para Asunción”

Cuando la noche se cierra,
y no encuentras una luz
que alumbre tu pobre senda,
pide al Ángel de esta historia,
que ilumine las estrellas,
y verás el firmamento
como una lluvia de perlas.

Rogelio Alberto Aguilera.
Poemas de arena.

Mendoza, Fondo Provincial de Cultura,
Secretaría de Cultura, 2008, p. 92

O podremos escuchar el viento en Los Altos Limpios (¿será acaso el legendario Hachador, el espíritu solo de una tierra en sufrimiento?). Y ante la estricta desnudez de arena, comprender que existe

también la belleza del vacío, de lo inexistente... el encanto casi abstracto de un paisaje que, sin ofrecer nada a los ojos, eleva insensiblemente el alma a la meditación del misterio...

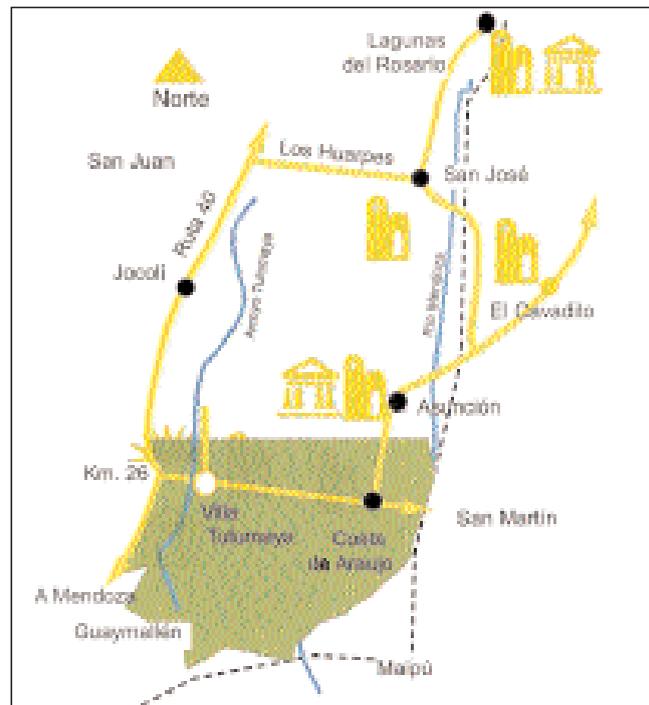
NUESTRA EXCURSIÓN

[...] a poco más de 100 km de la ciudad capital, tenemos la muestra elocuente, significativa y profunda, de un verdadero desierto [...] La sola idea del viaje se vuelve fascinante.

Hebe Almeida de Gargiulo

Hace unos años, el denominado *Proyecto Cuyo*, dirigido por Hebe Almeida de Gargiulo e impulsado por el entonces Ministerio de Cultura y Educación y la Subsecretaría de Cultura de la

Provincia de Mendoza elaboró una serie de publicaciones. En el *Cuaderno de Cultura Regional* N° 1 se propone un “viaje al desierto” que constituye un anticipo de nuestro recorrido por tierras de Lavalle.



Itinerario Religioso

Primer recorrido

A unos 112 kilómetros al noreste de la ciudad de Mendoza, la Reserva Telteca y Los Altos Limpios muestran el encanto de una riqueza legada por la naturaleza. Pero también incluye este recorrido la impronta humana que han dejado tanto los pueblos originarios como los misioneros que llegaron a esta tierra en los años lejanos de la conquista espiritual. Este aporte se materializa a través de capillas

más que centenarias, de las cuales podremos visitar tres: La Asunción, la dedicada a San Judas Tadeo en El Cavadito y la de San José.

Se accede a estos sitios dirigiéndonos al norte por la ruta nacional 40, luego por la provincial 34 y, pasando por la Villa cabecera de Lavalle, Costa de Araujo y Gustavo André, llegaremos a la ruta nacional 142 de las “Altas cumbres”, donde comienza el circuito turístico.



Itinerario Cultural

A modo de "diario de viaje", Gregorio Manzur nos propone, en Guanacache; Las tierras de la sed, un itinerario posible por esas mismas tierras que hoy nos proponemos recorrer:

"Yo dialogué con el médico de la región, con el biólogo de la zona, con un viejo enfermero que ha sido partero durante treinta años, con un sociólogo y con un maestro de una de las escasas escuelas del sitio. Dialogo asimismo con el 'Último Huarpe', el cacique de la tribu Azaguate, etc.

Son los puesteros quienes me han contado historias maravillosas, tales como el 'Gritón', un alma en pena que grita por las noches, o aquella de las Salamancas, bacanales que organiza el Diablo en medio de los campos. O la ceremonia de la lluvia: los gauchos bailan durante noches y días en honor a San Vicente, patrón de la nubes, a fin que haga llover.

Esta inmersión en el Desierto lavallino es un regreso a mi raigambre, a los olores de las chilcas, las huellas de los guanacos, al vuelo del picaflo. La tierra salitrosa con su simulacro de helada blanca, con sus golosos remolinos 'boca'el Diablo' me traen aquellas reacciones alérgicas que debía mitigar con ramas de eucalipto hervidas junto a la cama, cuando mi madre me contaba historias de niñitos que andaban en zancos por los techos de caña y barro, y que a veces, engañados por las estrellas, pasaban la noche en la luna. Las pisadas entre médanos movedizos, que ahora desando, cómplices del Zonda, yo ya las hice en mi infancia, puesto que el desierto aún resistía en las afueras de Algarrobal, pueblo en que nací.

Todas mis incursiones a los llanos de Guanacache han cobrado un carácter de aventura. La zona tiene la fuerza del puma, la picadura de la víbora candado. El silencio de la duna agarra como mirada de halcón, o nos hunde el alma, frente al recato del lechuzo. No se va en vano al Desierto. 'Allí no hay nada', he oído decir. Lo que hay es el alma de los puesteros, que luego de tantos años de penurias, saben tenerse de pie, erguidos en su obstinado subsistir, decididos a durar 'un añito más'. Y en esa lucha se hallan presencias que esquivan el bulto a aquellos que se allegan a curiosear. Los misterios del Lagunero son cautelosos como el viento en los chañares; se ha de estar alerta para oírlo. Oír sin oídos, quiero decir. El corazón del Lagunero se hace un puño cuando el pajuerano golpea a sus puertas sin pedir permiso.

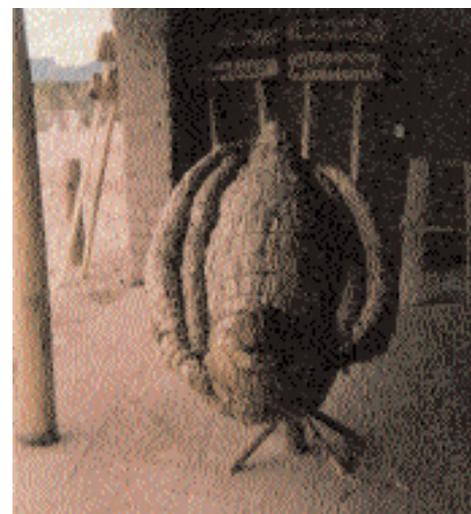
El Ave María, Santos Guallama, la Chapanay, el Dientes de Oro, son pilares de una identidad tejida con sudor y sufrimiento; son cauterios para una herida trazada hace muchos siglos, cuando vinieron los Encomendados para anunciarles la Buena Nueva. Redención que los convirtió en súbditos de un lejano monarca y amanuenses de un cercano patrón. Junto con el abandono de la antigua espiritualidad, la nueva religión les dio a la Virgen María, que aún hoy los cubre con su manto. Muchos cayeron en la transición. Cientos de familias quedaron quebradas al partir el padre o el hijo hacia las mi-

nas; viéndoles desgajarse el lomo bajo las cargas de los recién llegados. Varios Laguneros más, por no decir la mayoría, dejaron sus antiguos lares, donde campeaban sus dioses, sus demonios, para irse, atadas las manos con cadenas, a servir en feudos chilenos, a sufrir en silencio el fogón perdido, el amor 'botao', y hallar a su alrededor rostros ávidos que sólo querían la rentabilidad de sus brazos.

[...]

Con este *Libro de Viaje* quisiera dejar un testimonio de este pueblo pacífico, que vivía en buenas relaciones con sus vecinos y que fue arrasado por la tormenta de la 'Conquista'. Lo que ellos me relatan constituye un documento de un mundo hundido en el tiempo y que puede desaparecer de un momento a otro. Las confidencias que contienen estas páginas son excepcionales, dado el recato, el pudor y el carácter reservado de los habitantes. Si ellos aceptaron hablarme de sus vidas, de sus creencias más íntimas, es porque yo nací donde ellos nacieron, hablo su lengua y amo la tierra que ellos veneran".

Gregorio Manzur. Guanacache, las tierras de la sed.
Mendoza, Fundación Marañón, 2007



Canoa huarpe

LA ASUNCIÓN

El primer hito en nuestro recorrido es la localidad de La Asunción, situada a unos 70 kilómetros de la capital provincial.

Es una antigua población que marca el límite entre el oasis y el desierto lavallino.

“Asunción”

“En 1749, el misionero franciscano fray Marcos de Videla había logrado reunir en las proximidades de las lagunas de Huanacache a muchos indios, con el fin de su catequización.

Por dicho tiempo, la Junta de Poblaciones de Chile dispuso que se formaran los pueblos de Asunción y San Miguel, y concretado esto nacieron las dos primeras poblaciones civilizadas del territorio que pasaría después a ser el departamento de Lavalle”.

Juan Isidro Maza, *Toponimia, tradiciones y leyendas mendocinas*.
Buenos Aires, Fundación Banco de Boston, 1992, p. 124

El centro de La Asunción tiene un pozo de agua, una huerta escolar, una especie de plaza, una escuela, una canchita de fútbol y una flamante red monofilar que provee energía eléctrica. Bordea-

da de casas y enramadas, se encuentra una rústica pista de aterrizaje para el avión sanitario que cada semana acerca a un médico y a un odontólogo.

“En Asunción atravesamos la plaza Fray Mamerto Esquiú, No. 8-446, construida en 1963. Estaba rodeada por una muralla y al interior se alzaba un hermoso jardín de algarrobos y eucaliptos. Un puesto más allá, donde se cobijaban unas veinte vacas flacas en medio de altísimos eucaliptos, y ahí se acababa el pueblo. Regresamos. En el Centro de Salud, una mujer, sola en la entrada, nos miró pasar; la capilla nueva, de ladrillos; un vivero de algarrobos, proyecto de repoblación forestal venido del gobierno y de la municipalidad; el molino de lata blanca almacenando agua en una cisterna. Adyacente, una casa con electricidad, antena de radio y televisión culminando en una máscara de gato o de oso; hilera de álamos y neumáticos de camión encuadrando los límites del jardín y la chacrita. Luego, un tanto alejadas, varias

casas rodeadas de tamarindos, algún horcón con un caballo atado, cabras andando por el monte...

[...] Cuando nos sentábamos a comer, se acercó un zorro. Nos inmovilizamos guardando silencio. Tras observarnos un buen rato, el zorro comenzó a tomar agua, siempre en alerta. Después se fue. Vino una burra con su potrancito. Bebieron largamente y luego, empujando al borriquillo con la trompa, madre e hijo se alejaron por la arena. Varios pajaritos oscuros, con alitas rojizas, trinaban a más no dar y bajaban a tomar baños de arena fresca”.

Gregorio Manzur. *Guanacache, las tierras de la sed*.
Mendoza, Fundación Marañón, 2007

Uno de sus atractivos principales es la antigua capilla que, ubicada sobre un pronunciado “bordo” de arena, es escenario de la tradicional festividad religiosa que se realiza a mediados de agosto, cada año.

La Capilla de La Asunción “tiene el inmenso valor que da la tradición. El valor de la cosa auténtica que se ha heredado de

generación a generación. Aquí se heredó no sólo la devoción, sino la imagen que la despierta y la capilla misma. Todo ha llegado hasta hoy” (“La Asunción; Esa capilla del desierto donde los ancianos lloran”. Diario *Los Andes*, 2 de agosto de 1981).

Es una de las denominadas “capillas” o “Catedrales del Desierto”.



Capilla vieja de La Asunción

Según consta en diversos documentos, a principios del siglo XVIII se fundaron las villas de San Miguel, Asunción, Tulumaya, y otras, por lo que la Capilla debe ser contemporánea de esa fundación, si bien no se ha podido determinar la fecha exacta.

Un antiguo mapa trazado en 1789 por un viajero, y que fue utilizado por Monseñor Verdagner en su *Historia Eclesiástica de Cuyo* —“pese a las imprecisiones propias de la técnica de entonces”— puede verse ya la ubicación de las tres capillas: la de la Virgen del Tránsito en Asunción; del Rosario, en Las Lagunas y la de San Miguel, en el paraje del mismo nombre.

La Capilla de la Virgen del Tránsito fue la primera que se levantó en La Asunción, si bien tuvo diferentes emplazamientos: primero estuvo en el paraje El Cola Mo-

ra, en una especie de llanura, en la margen oeste del río. Los desbordes del río Mendoza en aquella lejana época obligaron a trasladarla o reedificarla en donde todavía está el cementerio. “Pero el río siguió poniendo a prueba una devoción naciente, y nuevamente se la trasladó, o edificó otra vez, sobre un pequeño médano” (“La Asunción; Esa capilla del desierto donde los ancianos lloran”. Diario *Los Andes*, 2 de agosto de 1981).

Esa elevación tampoco fue suficiente, y debió ser trasladada una vez más a trescientos metros de su actual emplazamiento, en la margen este y a unos mil metros del río Mendoza, sobre otro médano protegido de la erosión por rollizos horizontales, que a la vez sirven como peldaños para acceder a la Capilla. La rodea una profusa y alta vegetación autóctona.

“La Asunción; Esa capilla del desierto donde los ancianos lloran”

“Es una de las ‘capillas del desierto’, a donde los lugareños van a misa —cuando hay, muy pocas veces— a rezar; cuando sienten la necesidad de hacerlo, pero más frecuentemente, por una fuerza ancestral que los conduce allí. Y contemplándola, los ancianos lloran. La oración no es su fuerte, pero ‘sienten’ a la Virgen por la sobrevivencia de valores espirituales que han heredado de sus antepasados. A veces no rezan: permanecen contemplándola y meditando [...] Es lo que sucede con los ancianos de La Asunción. Van a su vieja capilla a contemplar la imagen venerada y lloran. Quizás porque esa imagen recogió la mirada del padre de ese anciano, de su abuelo y de su tatarabuelo. Quizá, también, porque la imagen a su vez, los miró a ellos. Esto se da en la capilla de la Virgen del Tránsito, en La Asunción, Lavalle”.

Diario *Los Andes*, 2 de agosto de 1981

Con respecto a los pobladores de la zona, en su origen huarpes traídos de San Luis, a partir de 1594, y muchos lugareños son descendientes de aquellos.

Estas “capillas del desierto” fueron edificadas para catequizar grupos indígenas. Esta de La Asunción, según Luis Triviño, está construida “de acuerdo con los cánones de la arquitectura del desierto: columnas de algarrobo; paredes de material local —adobe—; techo con tirantes de madera, originariamente algarrobo, y paredes y techo cubiertos con barro y vegetales del lugar. El techo es a dos aguas, para preservarla de las lluvias, y toda la estructura responde a la capilla cristiana” (“La Asunción; Esa capilla del desierto donde los ancianos lloran”. Diario *Los Andes*, 2 de agosto de 1981). Su frente mira al norte; el altar está edificado contra la pared sur. La cruz es misional (de las viejas misiones) y al parecer, es la original; está enclavada en la parte más alta del edificio.

Hacia el oeste la construcción tiene una galería y sacristía, donde se guardan los cofres con los ornamentos litúrgicos, de gran belleza, bordados con hilos dorado y rojo, como el manto con que se cubre el altar para la misa, que tiene en el centro el Sagrado Corazón de Jesús, también bordado.

Todos los ornamentos litúrgicos son de vieja data y se guardan celosamente en arcones.

En esa galería o corredor, fijada a la pared, hay otra cruz de madera, cubierta de inscripciones talladas, que hacen referencia a las distintas misiones religiosas o a obispos y sacerdotes que alguna vez oficiaron misa allí. En el lugar más visible figura la siguiente fecha: “1883”.

La campana sólo es colocada para las ceremonias, colgada del extremo de uno de los tirantes del techo, en el exterior, en el frente este. Es muy antigua y tiene una extraordinaria sonoridad. Los bancos, colocados contra las paredes, se cubren con tejidos de artesanía local, donados por los lugareños.

Al pie del médano, del lado Este, hay una cruz de material, afirmada en un pedestal con la inscripción “1938”.

En el interior de la Capilla puede observarse la imagen del Sagrado Corazón, los estandartes de la Virgen del Tránsito, algunos banquitos azules a lo largo de la paredes y muchas flores artificiales de fuertes colores, que ponen su nota destacada en medio del desierto

También se encuentra una pequeña imagen de la Virgen del Tránsito.



Interior de la Capilla vieja, en La Asunción

La imagen de la Virgen del Tránsito que se venera allí, según Triviño, “es una talla de artesanía hispano-indígena. Está colocada

en un pequeño cofre, de idéntica manufactura, de unos treinta centímetros de alto” (“La Asunción; Esa capilla del desierto donde los ancianos lloran”. Diario *Los Andes*, 2 de agosto de 1981). Se cree que la trajo al lugar un ex soldado de San Martín, de regreso de Chile. Según los lugareños, “fue traída de Chile y donada a la capilla por el cacique Sayanca”.

El sismo de 1977 produjo rajaduras en las paredes de la antigua construcción, pero sin consecuencias. Fueron reparadas por el cuidador.

Junto a la Capilla se encuentra el museo regional; dos habitaciones muy blancas, con precarios cuadros y antiguas reliquias, cuentan la historia de Asunción: “La descendencia de Paula Guakinchay, bisnieta del Cacique Huarpe del mismo apellido, que habitó en el desierto de San Miguel de Lavalle, se expone en un gráfico en el cual aparecen las nueve generaciones que la suce-



Imagen de la Virgen del Tránsito - Capilla de La Asunción

dieron hasta la actualidad. Casi todos los habitantes aparecen allí reflejados, orgullosos de sus raíces” (“Asunción; Milagro de permanencia”. Diario *Los Andes*, 17 de julio de 2005).

En la segunda habitación cuadros hechos con la técnica del pastel hacen un repaso de los 250 años de existencia del pueblito: “Allí se narra, en imágenes, la llegada de carros que debían cruzar con mucha dificultad el entonces caudaloso río Mendoza; las plantaciones de maíz en la zona que alguna vez estuvo regada por algunas lagunas, hoy devenidas en polvo salitroso; la llegada del ferrocarril, que trajo consigo algo de progreso y mucha comunicación; las épocas de viñas y otros cultivos” (“Asunción; Milagro de permanencia”. Diario *Los Andes*, 17 de julio de 2005).

Actualmente se ha edificado una nueva Capilla, en el centro del pueblito. Allí se venera a la Virgen el primer domingo siguiente al 15 de agosto, si esta fecha no cae en domingo o en feriado. En cambio, los lugareños son fieles a la tradición y rinden homenaje a la Virgen en su Capilla, el mismo 15 de agosto, sea cual fuere el día de la semana (cuando los lugareños se refieren a “la Capilla”, hacen alu-

sión al edificio antiguo, aunque sin tener en cuenta sus anteriores emplazamientos).

En ocasión de la festividad de La Asunción, los lugareños salen de la Capilla llevando la imagen de la Virgen en una parihuela adornada con flores artificiales y cintas de colores (las flores son artificiales, porque estamos en el desierto). Cargar la parihuela con la imagen es un honor que se determina evaluando los antecedentes de los interesados. Para obtenerlo, deben hacer méritos y todos tratan de superarse.

Detrás de la imagen llevan una bandera argentina que suele tener bordado el nombre de la familia que la donó. Es acompañada por otra, de franjas también horizontales: dos rojas y una blanca entre ellas, que tiene también ciertos signos indeterminados. Asimismo, portan estandartes, finamente bordados con hilos de colores, entre los que predominan el rojo, el dorado y el blanco. La procesión va precedida por una cruz procesional.

Acompañan el festejo religioso los comerciantes al menudeo, los vendedores de artesanías, los guitarreros de manos duras, jugadores, bailarines folklóricos y visitantes de todo tipo...

La fiesta instaure un tiempo nuevo, distinto del habitual:

“Preparativos para la fiesta”

“Ya acostumbrados a la multitud que llegará al lugar a mediados de agosto, la gente pone manos a la obra con los preparativos para recibir a los visitantes. Las semanas previas al evento se eligen los animales que serán carneados, se preparan algunos embutidos, se dispone de harina y levadura para panes y tortitas al rescoldo, que salen calentitas durante las jornadas del festejo. Las casas también se acondicionan ya que allí morarán los viajeros provistos de carpas.

Los puesteros preparan los cueros para las artesanías a las que muchos de ellos se dedican [...] transforman cueros de cabra crudos y otros teñidos a base de hierba, en pulseras, collares, fajas, fundas de cuchillos, cinturones, cobertores para azucareras, yerberas y mates”.

“Asunción; Milagro de permanencia”.

Diario *Los Andes*, 17 de julio de 2005

El o los cementerios de La Asunción

Conocer los dos cementerios termina de pintar las particularidades de este pueblo. En efecto, a

pesar de lo exiguo de la población, empero, existen dos cementerios, cercanos a la antigua Capilla: uno para los nacidos en el lugar y otro para los “extranjeros”, como si la sabiduría popular distinguiera, aun



La Asunción

después de la muerte, distintos grados de apego a la tierra. Como destaca Luis Triviño, “Es un caso único del símbolo de la identidad

del lugareño con el lugar” (“La Asunción; Esa capilla del desierto donde los ancianos lloran”. Diario *Los Andes*, 2 de agosto de 1981).

Existen algunas otras versiones para explicar el origen de este hecho:

“Al parecer un día, hace ya muchos años, el cementerio quedó chico y, con tanto espacio eso no sería un problema, había que agrandarlo. Sin embargo decidieron hacer uno nuevo. El imaginario popular [...] decía que se habían peleado los Fernández con los González. No hace falta aclarar que aquí son casi todos parientes, todos descendientes de Paula Guakinchay, la bisnieta del Cacique Huarpe; por eso habría un cementerio para cada familia.

Pero uno de los González se ríe de esta afirmación y nos dice que en realidad es lógico que se repitan los apellidos más en uno que en otro, porque uno quiere enterrar a sus muertos cerca de sus antepasados más directos, que lógicamente llevan el mismo apellido”.

“Asunción; Milagro de permanencia”.

Diario *Los Andes*, 17 de julio de 2005

En el cementerio se advierten también las diferencias sociales y económicas: una simple cruz de madera corresponde a la precariedad económica. Una de madera tallada o de hierro, a veces con adornos, significa mejor situación económica del muerto o de sus deudos.

Todavía hay otro detalle curioso: un sector de pequeñas cruces de madera en una misma hilera, pintadas de celestes, aunque ya



Cementerio de La Asunción

descoloridas, que es el que corresponde a los niños. adornan con flores de papel, de género o de lata, con cintas de colores.

Por la ausencia de flores naturales, las tumbas en el desierto se

“Teófilo Lucero: una leyenda”

“La tumba de Don Teófilo está cubierta de cigarros, botellas, damajuanas de vino. Los puesteros agradecen de esta forma los favores del difundo que en vida era amante del tabaco y el fruto fermentado de la vida. Si se pierde un animal, duele una muela o ante cualquier problema que se presente, una promesa a Teófilo Lucero es un buen recurso para acabar con el drama. Aseguran que es muy milagroso y llegan personas de lugares distantes para cumplir con lo prometido”.

“Asunción; Milagro de permanencia”.
Diario *Los Andes*, 17 de julio de 2005

EL CAVADITO

Cercano al pueblo de La Asunción, siguiendo por la ruta de las Altas Cumbres, se encuentra El Cavadito, paraje que hoy constituye el ejemplo de lo que ha sido la desertificación producida por el hombre. En efecto,

los relatos aportados por los lugareños dan cuenta de que era una zona densamente boscosa, cuando se instaló allí un porteño de apellido Salazar, quien durante un tiempo explotó la comercialización de la leña.



Capilla de San Judas Tadeo - El Cavadito

Gregorio Manzur transcribe el testimonio de Pablo Tornello, profundo conocedor de la zona:

“El Cavadito es una capilla en un lugar del campo que se llama Cavadito. ¿Cómo nace ese lugar? Una vez vino una persona de afuera, en avioneta, estamos hablando de este siglo, se instaló y ¿cuál era su actividad? Talar algarrobos, transformarlos en leña y venderlos. Contrató gente del lugar, talaron todo el bosque que pudieron, el tipo vino con su familia, la mujer era devota de San Judas Tadeo, le hizo la capilla a su mujer para que vaya a orar y el tipo cuando terminó de talar todos los algarrobos, agarró la avioneta y se fue con toda la guita, no le pagó a nadie, ¿viste?, y quedó el lugar totalmente devastado y la capilla en el medio. Y hoy se mantiene esa ceremonia que la mujer, en aquella época, empezó. Una procesión a caballo, con banderas,

creo que es en Octubre la fiesta. Se saca el santo, Judas Tadeo, se hace la procesión, se reza, misa, novena, fiesta, guitarra, vino, comida y se terminó la fiesta. Lo único que quedó de la tradición fue esa fiesta. O sea que San Miguel debe haber nacido de la misma manera”.

Gregorio Manzur. *Guanacache, las tierras de la sed.*
Mendoza, Fundación Marañón, 2007

En la década del '50 se instaló, pues, en el lugar un obraje destinado a la tala de algarrobos. Allí se levantó un oratorio y se instau-

ró, conjuntamente, la devoción a San Judas Tadeo y cobró vigencia la festividad patronal que se celebra el 28 de octubre de cada año.

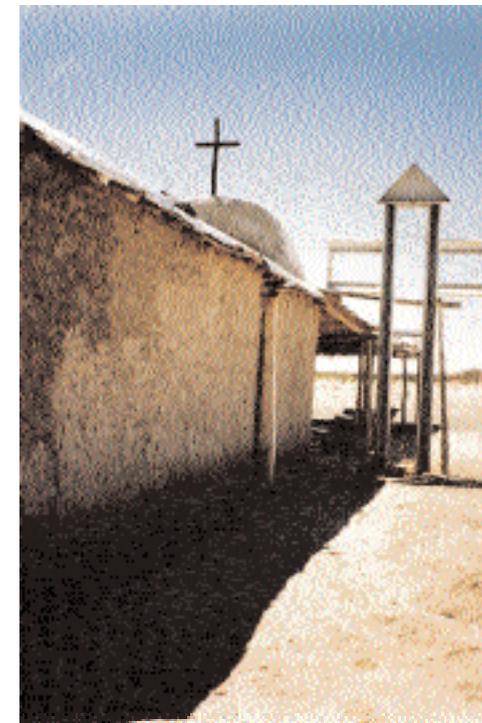


Interior de la Capilla de San Judas Tadeo

“San Judas Tadeo es muy milagroso –confirma Bonifacio Pérez, *llavero* de la capilla consagrada al santo en El Cavadito-. Todos los 28 de octubre, la gente le pide que sane a los enfermos, que mantenga la salud de los sanos porque el hospital más cercano está a muchos kilómetros y no siempre se llega a tiempo, y que el año sea llovedor”.

“Guanacache entre santos y ánimas”.
Revista *Nueva*

Una singular costumbre es realizar la procesión a caballo.



Capilla de San Judas Tadeo - El Cavadito

LOS “ALTOS LIMPIOS”

Al continuar el trayecto fijado, otro de los puntos que deslumbra por su atractivo son los “Altos Limpios”, un paraje que con sus elevados médanos carentes de vegetación produce un gran asombro en los viajeros. Allí, se experimenta la sensación de que las arenas caminan. “Intrigan también las huellas de algunos insectos o pequeños roedores que viven en la soledad del arenal y, sin explicación, se pierden. No hay principio

ni fin. Simplemente, huellas en la inmensidad. [...] Intriga todo. Intriga el porqué de sus infinitos granitos que parecieran escapar de ese mundo, limpio y yermo” (“Misterio, asombro, leyendas; las arenas que caminan...”. Diario *Los Andes*, 10 de mayo de 1993).

Eso, hablando sólo de los fenómenos naturales. El lugar goza de la fama de ser escenario de fenómenos sobrenaturales, como ya vimos.



Los Altos Limpios

“La soledad con su impronta de vacío, las elevadas temperaturas diurnas que en ciertas épocas pueden llegar a los 70 grados centígrado, la brisa continua que no cesa y que siempre está jugando como un duende y la falta de lluvias, hacen que las oquedades se conviertan en gargantas sedientas. Tan sólo 150 milímetros de precipitaciones anuales son la constante de este desierto [...] conocido por pocos. Ni siquiera se sospecha la existencia de esas soledades de arenas mágicas, de misteriosa belleza abigarrada, con sonidos de sordas flautas: el viento”.

Armando Rivera. “El alma quejosa del viento...”.
Revista *Primera Fila*

Son parte de la Reserva Telteca y abarcan una superficie aproximada de 18 hectáreas. Sus acumulaciones de arena son de origen continental. Los médanos alcanzan alturas de hasta 15 metros de arena sin vegetación. Podremos observar hermosos atardeceres donde el lugar se torna de tonos rojos que van transformándose poco a poco en los ocre y amarillos característicos del desierto. En ellos podremos disfrutar

el misterio de un paisaje extraño y por momentos sobrecogedor por sus formas cambiantes y doradas –casi una postal del desierto del Sahara- que “se brinda con facilidad tanto al soñador de aventuras de entrecasa que no gusta arriesgar, como para el curioso empedernido que busca algo más de lo cotidiano” (Armando Rivera. “El alma quejosa del viento”. Revista *Primera Fila*).



Atardecer en Los Altos Limpios

LOS BOSQUES TELTECA

La Reserva Telteca cuenta con unas 20.400 hectáreas que aún conservan centenarios ejemplares de algarrobos, no dañados por el hombre.

Las raíces de estos árboles buscan agua a más de diez metros de profundidad, y conviven con chañares, jarrillas y retamos, entre otras especies.

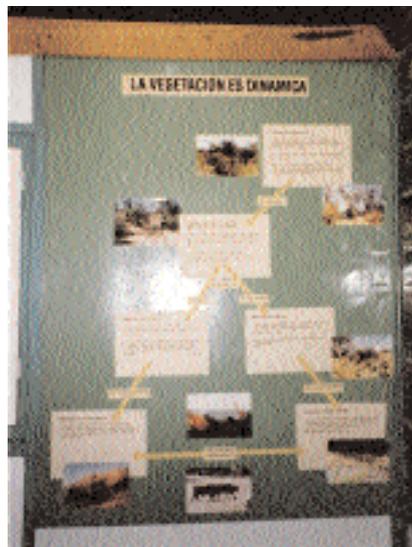
Esta reserva de flora y fauna ha sido declarada por ley área protegida, ya que es un reducto de especies autóctonas. Allí “se puede encontrar un ambiente en recuperación de lo que fue el bosque abierto del ambiente llamado ‘fitogeográfico de monte, con anti-quísimos algarrobos’ (“El extraño encanto del desierto lavallino”. Diario *Los Andes*, 23 de setiembre de 1998).

La zona es netamente árida, con un promedio de precipitaciones anuales de 150 milímetros. El bosque de algarrobos es un lugar especial “porque ‘este árbol –indica el especialista [Eduardo Rallo]– tiene una raíz que se llama freatófilo y procura el agua en las napas freáticas’ (“El extraño encanto del desierto lavallino”. Diario *Los Andes*, 23 de setiembre de 1998).

En la zona, hasta 1940, se taló una gran cantidad de algarrobos que se utilizaron como leña, para calderas, iluminación, para el fe-



Museo de la Reserva Telteca



rocarril y como puntales de viñas y frutales, por ello fue imperativo cercar el lugar para la conservación del bosque nativo antes de su completa destrucción.

Con esa finalidad se ha instalado también un puesto de Guardaparques, encargados de custodiar

la reserva Telteca, en el puesto denominado “El Pichón”. Este centro contiene un ambiente donde se exponen fotografías, pinturas y esculturas, confortables casas para los guardaparques, alojamiento para científicos invitados y un Sendero Cultural.

El Sendero Cultural y otras obras suman atractivos a la oferta turística:

“Un paseo por el desierto rescata las costumbres de los pobladores”

“Sorprende el acogedor museo cerrado, ambientado y preparado por el arquitecto José Purpora, con el inapreciable apoyo del arqueólogo Horacio Chiavazza. En ese lugar se proyecta a los visitantes un audiovisual de gran calidad y luego se puede apreciar la muestra de fotos de Máximo Arias, una escultura de Fausto Marañón, pinturas de Raúl Castromán y gigantografías [...] Para dar más encanto a la recorrida, el visitante puede oler los aromas del desierto, al destapar pequeñas cajas que contienen jarilla, chilca y otras hierbas que proliferan por esas latitudes.

[...] En el ‘Sendero Cultural’ se reprodujo un puesto con varias paradas, donde hay un palenque, una cama de junquillos, un pozo balde para extraer líquido de bebida, una troja (para conservar el fruto del algarrobo), una réplica de una casa del desierto, un telar y un corral típico, además de un carro y un leñero”.

Diario *Los Andes*, 26 de junio de 2005

Todo el que aspire a ingresar a los Bosques Telteca debe hacerlo

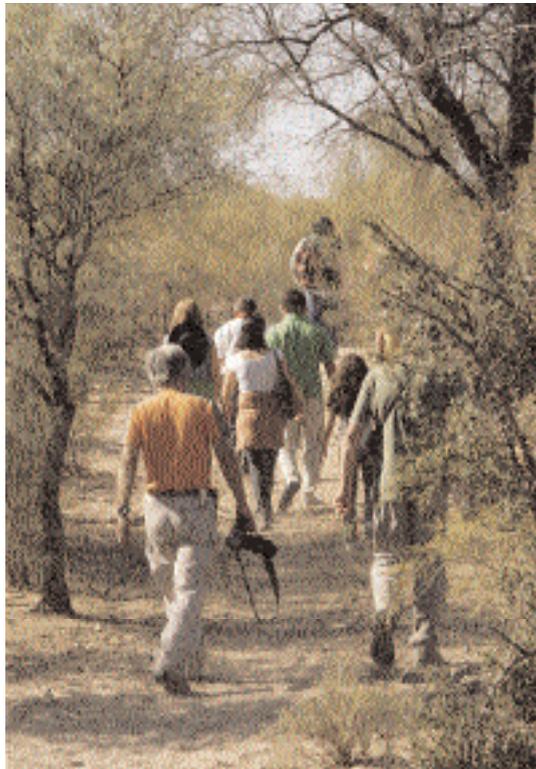
en un vehículo especial y acompañado por los guardaparques.



Reserva Telteca

En el interior del Bosque se encuentra uno de los recursos hídricos de la zona, el “jagüel” o agua-

da. También se pueden visitar los corrales caprinos y observar la flora y la fauna típica de la zona.



Reserva Telteca

PUESTO SANTA LUCÍA

Sólo resta cubrir una escasa distancia desde Los Altos Limpios y se ingresa al Puesto Santa Lucía, ubicado a unos dos kilómetros de la ruta. Esta opción es de fácil acceso, más sencilla que llegar hasta El Jagüel, y es un

ámbito similar. En este sector la comuna lleva adelante algunos avances para mejorar la atención de los viajeros, como por ejemplo la posibilidad de disfrutar comidas típicas y música folklórica.

Visitar un puesto constituye una experiencia muy especial:

“Un pueblo es San José, es Lagunas del Rosario, o Asunción, San Miguel de los Sauces, El Retiro, El Retamo, Lagunita, El Forzudo, esos son pueblos. Pero las historias suceden también en los puestos. Porque los puestos también tienen una identidad. Y un tiempo. Una identidad de soledad. El Colón, por ejemplo, un puesto que es bastante afamado. Uno va al Colón y es un lugar absolutamente lindo. Y uno no se explica por qué no vive más nadie ahí. Más allá de la dificultad para acceder, ¿no? Pero hay otros lugares que son de muy difícil acceso, y la gente vive ahí. El Calabozo, otro puesto que está... Hasta los mismos nombres, una materia interesante de ver. ¿Por qué se llama el Calabozo?, ¿por qué se llama el Colón? O el mismo Milagro, ¿vio?, yo me puse a investigar por qué se llamaba el Milagro. Y, se llama el Milagro porque era imposible que hubiera agua. Un día llegó un tipo, dijo, bueno, vamos a hacer una perforación. Entonces le plantearon que si salía agua de ahí, agua buena, era un milagro. Salió agua, entonces el puesto se llama el Milagro”.

“La ruta seguía segura: asfalto y poco tránsito, además era sábado. Luego de los Altos, el campo se hizo más virgen y armónico. Grandes dunas nos acompañaban de uno y otro lado del camino. Cruzamos varios zorros.

Antes de llegar al control policial y fitosanitario, en el límite con San Juan, giramos hacia la izquierda. Sendero de tierra, médanos consolidados. Un deshecho nos evitó un guadal, ahora seco. Al cabo de un par de kilómetros, avistamos el puesto [El puerto]”.

Gregorio Manzur. *Guanacache, las tierras de la sed.*
Mendoza, Fundación Marañón, 2007

SAN JOSÉ DE LAS LAGUNAS

El distrito de San José está ubicado a unos 80 kilómetros al norte de la Villa Cabecera y se accede a él a la altura del kilómetro 3.369 de la Ruta Nacional 40, a través del camino denominado “Los huarpes”.

Su aspecto morfológico corresponde a una planicie cubierta por sedimentos que fueron transportados por los cursos de agua provenientes del sector montañoso del oeste. El clima es seco y árido, como en el resto de las poblaciones

del desierto. El suelo es arenoso y salino. La salinización se produce por el ascenso a la superficie (por capilaridad) de las sales de las capas inferiores, las que no pueden ser “lavadas” por la escasa humedad. Las arenas están vinculadas a los procesos de erosión eólica. La vegetación es el matorral espinoso o estepa arbustiva, con grandes manchones al desnudo y agrupaciones de Algarrobos, Atamisques, Retamo, Chañar, Jume, Jarilla, Brea y Junquillo.

Como todos los pueblos del desierto, San José tiene un ayer y un hoy claramente diferenciados:

“El antiguo San José”

“Esto que voy a contar me lo contó una abuela que se llama Luisa.

Cuando empezó a funcionar el ferrocarril Belgrano, las mujeres y niños del lugar corrían al campo o se escondían debajo de la cama cuando oían el tren. También, cuando veían a un extraño la gente se escondía y no salía a recibirlos.

Ella me contó que los pobladores de San José se movilizaban en caballos, sulky, en carretelas o carros tirados por mulas. Dice que los gauchos vivían del puesto y de las chacras que ellos cultivaban a orillas de las ciénagas que regaba el río Mendoza.

Las mujeres se encargaban de las cosas de la casa y de atender el ganado caprino, hacer la comida, también trabajaban la lana, hacían peleros, *ristros* [colcha tejida al telar], frazadas, alforjas y otras prendas. Los hombres trabajaban las artesanías en cuero y hacían lazos, riendas, cabezadas, cabestros y otras cosas útiles para el trabajo de puestero.

La abuela terminó diciendo:

-Todo ha cambiado, la gente ya no se esconde y los chicos ya no respetan como antes”.

La historia la ha relatado Luisa Pastrana.
Recopilada por Carina Esquivel.

Voces de Huanacache; Relatos de transmisión oral de la zona de San José y Lagunas del Rosario, Lavalle, Mendoza.

Mendoza, Municipalidad del Pueblo de Lavalle de Huanacache, 1999, pp. 55-56

Atravesando el villorio de San José y tomando una ruta estrecha, pero cuidada y regada, se llega hasta la Capilla. Blanca, de adobe, con arquitectura campesina, campanario y una sola nave, más la casita adyacente: sacristía, alo-

jamiento del sacerdote: “Toda ella sobre un médano, nota de alegría en medio de aquellos páramos, otrora fértiles y poblados de Huarpes”. (Gregorio Manzur. *Guanacache, las tierras de la sed*. Mendoza, Fundación Marañón, 2007)

“Incrustada entre las arenas y viejos algarrobos, junto a los médanos y las sendas por donde hombres y mujeres con profundas raíces huarpes guiaron desde siempre sus rebaños de cabras, surge solitaria mirando a las soledades del desierto de Lavalle, la capilla de San José.

La casa de oración que sólo se abre para las fiestas patronales del primer domingo de mayo o por un acontecimiento muy particular, quizás la misa por los Santos Difuntos de noviembre, entrega cotidianamente un llamado para escuchar, para no olvidar, para sentir...”.

“Capilla de San José, Lavalle; Salvar un patrimonio del tiempo”.

Diario *Los Andes*, 14 de marzo de 1996

Esta Capilla de serena belleza, declarada monumento histórico, es una construcción de adobes (si se desmenuza uno de ellos, se encuentran restos de paja de trigo, una prueba más de que en la tierra hoy reseca antaño hubo trigales). El techo, que es de cañas atadas con tientos, se afirma en álamos escuadrados a hacha. Según Elsa Villegas, familiar del fundador de esta casa de oración, “la

madera fue traída desde los Barriales, en una tropa de doce carros” (“Capilla de San José, Lavalle; Salvar un patrimonio del tiempo”. Diario *Los Andes*, 14 de marzo de 1996).

Los pisos interiores no son originales: éstos son calcáreos. El tradicional ladrillo cocido está en la cubierta de la iglesia. Tiene además un esbelto campanario.

“Ir a San José...”

“Ingresar a la capilla es quedar por algunos instantes en respetuoso silencio. Todo llama la atención. El altar y retablo es colonial-indígena y de exultante colorido aunque prevalecen los verdes, dorados, azules, marrones... Entre ese juego de colores resaltan las valiosas imágenes vestidas de San José y Nuestra Señora del Tránsito”.

“Capilla de San José, Lavalle; Salvar un patrimonio del tiempo”.

Diario *Los Andes*, 14 de marzo de 1996

En los últimos días de abril y primeros de mayo (según los años) se celebran en esta localidad de Lavalle los actos centrales en homenaje a San José Artesano, una de las tradicionales fiestas religiosas del ámbito desértico lavallino, que tiene como principal escenario la capilla de adobes de más de cien años. Los festejos comienzan el día viernes con el rezo de la novena, la misa y la procesión de antorchas. Al día siguiente se organizan nuevas ceremonias religiosas: rezo de la novena, misa y bautismos, y a la noche se suele realizar un espectáculo artístico en el escenario natural de la villa.

Los festejos centrales se desarrollan el domingo a la tarde, con la misa celebrada solemnemente y a continuación la procesión en honor de San José Artesano. La procesión marcha entre arcos de flores, con rumbo al norte, precedida por jinetes ataviados a la forma gaucha, y luego, las imágenes coloniales hermosamente vestidas.

Esta fiesta brinda igualmente la oportunidad para el reencuentro con viejos amigos, familiares y vecinos, en los rústicos bodegones habilitados para la venta de comida. Además, en esos espacios se congregan artesanos, músicos y guitarreros.

“- ¿Cómo es el bodegón?

- Y, es un almacén. Con mostradorcito, ahí, un ranchito. Tienen una mesa adelante en la puerta, y ahí le compra. Lo que pide le sirven”.

Gregorio Manzur. *Guanacache, las tierras de la sed.*

Mendoza, Fundación Marañón, 2007

“Para el amante de páramos y sequerales, esa vegetación obstinada, hecha a rigurosos inviernos y a soles aterradores del verano, se vuelve una hermana; cada inclinación del ramaje de unas chilcas, o el silbido caviloso del algarrobo, se hace confidencia venida de siglos atrás; confesiones he-

chas por raíces que fueron a buscar el agua a muchos metros tierra adentro, para atesorarla en sus troncos y ramajes, cosa de ‘tirar’ otra resolana, cosa de amparar a un viajero más” (Gregorio Manzur. *Guanacache, las tierras de la sed.* Mendoza, Fundación Marañón, 2007).

EL BALDE DE LA VACA

El límite norte de nuestro recorrido puede ser el puesto conocido como Balde de la Vaca. Antiguamente se lo conocía como “Represa de la vaca” y dicen los lugareños que el nombre apunta a un hecho anecdótico: parece que hace muchos años había allí una represa, y que una vaca la atravesó a nado. Con el tiempo y las sequías ya no hubo represa, y se debió excavar un pozo-balde para extraer el agua. La transferencia fue fácil: porque ya no era una represa, ahora se llamaría Balde pero siempre, de la Vaca.

Al llegar, podremos observar uno de los típicos asentamientos de desierto: un pozo balde “[...] re-

vestido con madera de algarrobo y lo que debió ser el balde o noque transculturado en una goma de camión; el horno de barro que permite el cocimiento del pan; el rancho para los hijos y el corral para las cabras; las tinajas en las que se conserva el agua para beber; el huso [...], el telar, y a pocos metros la Capilla donde se venera a San Roque y se lo festeja en agosto de cada año” (Hebe Almeida de Gargiulo. *Proyecto Cuyo*).

El Balde de la Vaca al pie de un añoso algarrobo y con todo el cielo por techumbre, nos permite experimentar la vivencia de la soledad y las distancias.



“Juan de Dios Nievas”,
de El Balde de la Vaca -
Fidel Roig Matóns

SEGUNDO RECORRIDO: LAS LAGUNAS DEL ROSARIO DE HUANACACHE

*De lejos se divisa
la torre del campanario.
Ya se alcanzaba en la iglesia
señal que estamos llegando.*

*Por entre polvaderas
el bordo negro cruzamos.
Unos cantan y otros gritan
y otros se abrazan llorando.*

*Me voy hacia el altar
donde se encuentra la Virgen.
Virgencita del Rosario
que adoran los laguneros.*

A modo de “diario de viaje”, Gregorio Manzur nos propone, en Guanacache; Las tierras de la sed, un itinerario posible por esas mismas tierras que hoy nos proponemos recorrer:

“Pasado Jocolí, comenzó la planicie, o lo que otrora fueron lagunas, ya que las crónicas hablan de bañados y lagos que llegaban hasta Jocolí. Lo cierto es que la tierra es arcillosa y plana, fondo de laguna, en realidad. En el control explicamos que íbamos al Rosario llevando algunos víveres a los puesteros y pasamos sin problema. La Ruta de los Huarpes estaba consolidada y desde luego había llovido. Nos detuvimos unos momentos, apagamos el motor y guardamos un ‘respetuoso silencio’, cosa de marcar la transición entre la barbarie urbana y la civilización pampeana. El Desierto nos acogía con su modestia de siempre, el cielo dejó de ser loteado y desplegó su bóveda inconmensurable. Fuimos atravesando los puentecillos apuntalados por horquetas de algarrobo: uno, dos... nueve puentecillos que ‘cruzan’ el agua de lluvia de un bañado a otro. En alguno de éstos aún resistían charcos a los que acudían vacas y burros más algunas garzas”.

Gregorio Manzur. *Guanacache, las tierras de la sed*
Mendoza, Fundación Marañón, 2007

Partiendo de la Villa Tulumaya, hoy ciudad de Lavalle, podemos dirigirnos a las Lagunas del Rosario, paraje antiguamente

llamado Huanacache, “centro del exterminado pueblo huarpe; luego del mestizo, del troquel hispanoindígena” (Juan Draghi Lucero).

Geografía de tierra reseca (verdadero *Cuyum* de la sed y las arenas); de fauna huidiza, casi únicamente visible a través de esas catas bullangueras cuyos nidos decoran en profusión los árboles lugareños; de flora pobre y achaparrada, que florece sin embargo en amarillos y espinas, con el chañar, con el retortuño...Un sistema hidrográfico modificado

tanto por la mano del hombre (desvío del curso del río hacia tierras labrantías), como por causas telúricas (movimientos que afectaron la topografía de la zona). Una economía pastoril, arcaica, que nos retrotrae cientos de años en alucinado retorno a los orígenes, a la mítica *Pachamama*, diosa indígena de la fecundidad: Madre Tierra.

- ¿Cuál es su visión global de las lagunas de Guanacache?

- Para mí es un lugar que tiene una gran carga energética. En ese marco uno puede percibir otras cosas, incluso uno mismo. Son restos de algo que nosotros no conocimos. Ahí han pasado cosas importantes. Las historias son muy silenciosas, pero a la vez muy fuertes. Es porque es fuerte hasta el dolor, la resignación, el silencio. Yo he visto gente, qué sé yo, morirse sin dramatizar. Se han hecho uno con el paisaje y esto hace que el miedo no esté presente. El tiempo tiene otra dimensión. El invierno es la mejor época. En el verano uno se da cuenta que esa gente quiere realmente vivir ahí. Yo también voy en verano. Y he notado que uno adopta las mismas actitudes que ellos, porque si no, no puede vivir. O sea, moverse poco, hablar poco”.

Gregorio Manzur. *Guanacache, las tierras de la sed.*
Mendoza, Fundación Marañón, 2007

La Fiesta de la Virgen del Rosario se celebra anualmente en octubre, el fin de semana siguiente al de la Fiesta Diosesana.

Pero podemos ir también en invierno, cuando la soledad y el frío hacen todavía más hondos el desamparo y el silencio: paredes de

adobe marcadas por los surcos del tiempo, que aún no habían recibido su bautismo de cal, para disponerse –ellas también– a la fiesta... Otra faz de esa Mendoza recóndita que ofrece su secreto de piedad y misterio.



Cementerio en Las Lagunas del Rosario

LA CAPILLA DEL ROSARIO

La tradición dice que fue edificada por los indios.

“Dicen que en las Lagunas del Rosario existía una tribu de la cual el cacique se llamaba Rosario Sayanca, este cacique encontró una vez una virgen, el vestuario que llevaba era negro. Se la enseñó a los otros indios y ellos la admiraron.

Después, el cacique decidió hacer, donde mismo la encontró, un oratorio con madera y armazón fina de algarrobo. Como había sido él quien la había encontrado, decidió ponerle su nombre y la bautizó Virgen del Rosario.

Con el paso del tiempo, el cacique y su tribu decidieron construirle una capilla en el lugar del oratorio. Ésta fue construida con madera de algarrobo muy bien cortada y adobes de greda y paja.

En ese entonces, la arquitectura era diferente a la actual. Hoy se conserva en forma original sólo la torre y el altar. Después con el pasar de los años comenzaron a llamar al lugar directamente Capilla del Rosario”.

Contado por Felipa Carmona de Salazar. Escrito por Soledad Molina.

Voces de Huanacache; relatos de transmisión oral de la zona de San José y Lagunas del Rosario, Lavalle, Mendoza.

Mendoza, Municipalidad del Pueblo de Lavalle de Huanacache, 1999, pp. 53-54

“La iglesia había sido construida por los Huarpes; hecha de adobe y enlucida con barro, se alzaba como blanca carabela navegando el medanal. Al cementerio junto a la iglesia lo ceñía una alambrada, las tumbas lucían fotos de los difuntos, flores naturales o de plástico, cintas de múltiples colores adornándolas.

- [...] el Huarpe ha sido un Indio manso, un Indio de trabajo, de hacer siembra. Han sido de guerra cuando les han buscado pelea. El cacique Sayanca fue un Indio bueno, él inició la construcción de la capilla.

- ¿Y creían en el Dios cristiano?

- Claro, si ese cacique fue el que donó las tierras a la Virgen, para que se hiciera la iglesia. La abuela dice que ella era chica cuando hicieron la reforma. La capilla del Rosario tenía las puertas para el Sur, porque los vientos venían del Norte. Con el paso de los años se cambiaron los vientos al Sur, así que tuvieron que hacer las puertas al Norte.

- Así que se dieron vuelta los vientos...

- Porque hay una cierta cantidad de años y vuelven los vientos ha cambiarse. A lo mejor son vientos Sur ahora, pero a lo mejor un par de años más, corre de otro lado”.

Gregorio Manzur. *Guanacache, las tierras de la sed.*
Mendoza, Fundación Maraón, 2007

Otras versiones, quizás históricamente más confiables, atribuyen la iniciativa de su construcción a los jesuitas Juan Pastor y Fa-

bián Martínez, en 1609, aunque seguramente la mano de obra fue indígena.



Capilla del Rosario - Frente

Esta humilde capilla de adobe parece desafiar el tiempo. Juan Draghi Lucero nos da en su novela *La cabra de plata* una descripción pormenorizada de la construcción, en la que se destacan los siguientes datos: se eleva sobre

una eminencia, mira al norte, aunque antes miraba al sur; sus muros tienen casi un metro de espesor. El techo del atrio sirve de piso al coro de la capilla, con balcón avanzado al norte, resguardado por una saliente del techo.



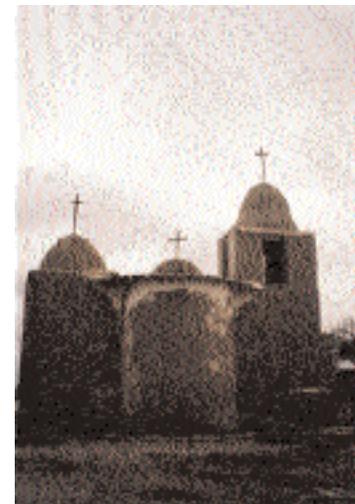
Capilla de Nuestra Señora del Rosario de Las Lagunas - Vista lateral

El largo de la construcción es de 26 metros, separada del campamento por 7 u 8 metros. En la parte posterior hay tres metros de muro recto con torre coronada por una cruz. Luego siguen 6 metros, redondeados, que corresponden a

la parte trasera del altar, también con una cruz y también otros metros de muro recto y alto, ventana en el entrepiso que deja ver dos campanas, rematada en la torre más alta con su cruz, las tres de madera pintada de negro.



Capilla del Rosario



Parte posterior de la Capilla del Rosario

Hacia el norte hay un cuarto con escalera al entrepiso para repicar las campanas. Luego, la puerta de la sacristía. Sigue un

corredor sostenido por tres pilares y piso de ladrillo, remata al norte el baptisterio con su rústica pila bautismal.



Capilla del Rosario - Vista lateral



Muro de la Capilla que mira al cementerio, con el “Reprofundo”

“[...] Ése es el Reprofundo donde lloran las velas [...] una abertura cuadrilonga, en cuya repisa de adobes revocados se veían disformes y quemados restos de velas. El pequeño local ahumado y aun quemado en parte del techo, proclamaba su función mortuoria, anímica [...] Era lugar señalado, con su elemental arquitectura de nicho grande, para encender velas a las ánimas [...] los lunes, días de ánimas, se podían contar centenares de velas ardiendo [...]”.

Juan Draghi Lucero. *La cabra de plata*.
Buenos Aires, Castañeda, 1978, pp. 30-31



“Reprofundo”



Cementerio de Las Lagunas del Rosario

Este cementerio ha merecido también la estilización poética:

Entre medio del calor
y el brillo de la arena
un cementerio devuelve
la imagen de todos los rostros.

Letra tras letra el hombre grabó
el nombre para la cruz de algarrobo.

Las mujeres han trenzado
flores de pétalos perennes.

Los niños cuelgan botellas
xilofón en el cuerpo del viento,
y a pocos pasos
el cencerro gregario de la cabra
acompaña la celebración.

Nada más
se deshoja en el polvo.
El sol enceguece colores y pájaros.

No se trata de morirse
ni de quedarse solo

sino de detenerse
un poco más
en la arena.

Bettina Ballarini. *Sin fundación mítica*
Mendoza, Libros de Piedra Infinita, 2003, p. 47

Actualmente con su blancura y sencillas líneas la “Catedral del Desierto” está hecha de adobe y se yergue entre médanos, chañarales y antiguos lechos de ríos. En

1975 fue declarada Monumento Histórico Nacional. Su altar alberga la imagen de la Virgen del Rosario, tallada por los primitivos habitantes de la zona.



Virgen del Rosario

Así describe Juan Draghi Lucero el interior de la Capilla:

“Piso de baldosas de cemento, blancas y negras. Calculó la altura del techo en 5 metros. Al entrar, al oeste, un recipiente para agua bendita. Al este, puerta que da al baptisterio con su pila bautismal de cobre, engastada en una mesa [...] Una imagen de San Juan Bautista, de hechura indígena o mestiza (¿siglo XVII?). Un cuadro de San Juan Bautista bautizando a Cristo en el Jordán. Dos candelabros de madera, dorados. Cajita para la sal. Seis andas diferentes para la Virgen del Rosario en las procesiones [...] Flores se-

cas, cintas, candeleros, cruz de madera, dos reclinatorios, apagadores de cirios [...] Ventanita que da al camposanto [...] Escalerita que sube a un palco sostenido por dos pilares labrados y baranda rústica de madera con vista al interior de la Capilla. Ahí oían misa varios de los vecinos más privilegiados. Este palco es la nota más original de la Capilla del Rosario.

Más adelante, en el cuerpo del edificio, a metro y medio, una grada y a igual distancia se inicia la mesa del altar, de adobes revocados y enducidos, de casi un metro de ancho. Al frente, en alto, el Sagrario con la Santísima Hostia consagrada. Al oeste un San Roque pequeño, vestido de peregrino, con sombrero criollo, rodeado por flores en floreros. Luego la Virgen de Lourdes entre dos candelabros de madera pintados en verde oscuro. Una imagen de San Joaquín y un cuadro del Corazón de María y otro de la Virgen de Fátima [...] Al centro del altar, sobre el Sagrario, un nicho profundo en el muro del sur, con el camarín de la Virgen del Rosario, al que se llega por una escalerilla, entrando por un hueco estrecho de la parte inferior del altar. Entre dos pilares y dosel: Santo Domingo de Guzmán. Al extremo oeste un cuadro de la Virgen del Rosario de Pompeya, todo entre sencillos candelabros con cirios.

El altar se adorna con hojas de plata y bellas alfombras elaboradas en tejido [...] Siempre afanoso el profesor, subió por la insegura escalera del exterior, de madera castigada por la intemperie. Entró al coro y remiró el interior de la Capilla. Dentro de la rusticidad de la construcción, la encontró armónica, acorde al horizonte mestizo, con su baranda de madera frente al altar. El techo de un agua, aplanaba y achataba la arquitectura habitual de tales monumentos religiosos”.

Juan Draghi Lucero. *La cabra de plata.*
Buenos Aires, Caastañeda, 1978, pp. 32-35

Y en cada octubre, esta Capilla se convierte en escenario de las principales honras a la Virgen del Rosario. Esta fiesta dura varios días, dedicados al culto religioso, que se entrelaza con expresiones

de tradiciones y costumbres lugareñas y ofrece renovadas ocasiones de sociabilidad para los dispersos puesteros, que ocupan los puestos cercanos a la Capilla, abandonados el resto del año.



Procesión en la festividad de la Virgen del Rosario de Las Lagunas

También en este caso el testimonio literario es sumamente elocuente:

“Fue casi una sorpresa que, llegado el primer domingo de octubre, se celebrara, con la estridencia acostumbrada, la festividad de la Virgen del Rosario. Días antes había venido el cura y oficiaba en la Capilla misas y novenarios para los desparramados vecinos. Después fueron llegando mercachifles ocasionales que, con no pocas discusiones y desplazamientos, se ubicaron, unos en ranchos y taperas abandonadas, y otros debajo de Algarrobos, lo más cerca posible de la Capilla. Allí desplegaron lonas, carpas y otros reparos y expusieron sus novedosas mercancías y, por sobre todo, bebidas alcohólicas. Había cerveza, vinos, licores y aguas gaseosas. El viernes comenzó a llegar el grueso de la gente. Muchos venían por tren, que, en tales ocasiones, paraba el convoy ferroviario en plena vía, frente a la Capilla, distanciada unos cuatrocientos metros. Era una verdear invasión de creyentes y de no creyentes que acudían a los festejos. Unos, los más viejos y de campos apartados, a rendir culto a la Virgen. A ella, que la veían triste, le atribuían que en castigo al creciente descreimiento, había secado las lagunas que antes dieran vida al lugar; pero la mayoría, gente moza y despreocupada, llegaba al encuentro de oportunidades de amoríos. Bien sabían, por tener visión realista, que las aguas de los ríos nutricios se aprovechaban en reguños de viñedos y huertas en tierras de provechosos cultivos intensivos”.

Juan Draghi Lucero. *La cabra de plata.*
Buenos Aires, Castañeda, 1978, p. 187

El sentimiento religioso es muy intenso en la zona y la fiesta patronal es un acontecimiento que reúne a files llegados de puestos muy remotos. Las celebraciones siguen siempre el mismo esque-

ma. Por la tarde o por la noche, la “rezadora” se hace cargo del rezo vespertino o nocturno de la novena. En la víspera se llevan a cabo actos especiales.

Gregorio Manzur ha recogido el testimonio de los lugareños:

“Empieza en setiembre y el primero de octubre, se termina. Son nueve días. Viene el Padre, aquí nueve días estar rezando y ya viene la fiesta. El día domingo tirar los juegos y qué sé yo... Esto es un lujo grandísimo, como si estuviera en la ciudad, porque hay fuegos que se ve todas las luces. Está la Virgen, ponen el Diablo ahí pa que lo quemem. Y luego corcovea en el fuego ahí.

- ¿Cómo es eso?

- El Diablo está colgao, en forma de un muñeco negro, lo quemem queda negro, negro. Y ahí corcovea bonito en las patas, lo que se está quemando, ja, ja, ja. (Risas generales) Eso es el día sábado a la noche. Despueh encienden el fuego de la Virgen. A la Virgen, como está allá, adentro de la capilla.

- Encienden las luces del altar.

- Claro, y ahí queda la Virgen, tal como está allá.

- Después se van a farrear al bodegón.

- ¡Uuuuu!.. no queda otra cosa que la farra.

- ¿Qué pasa en el Bordo Negro, abuelo?

- En el Bordo Negro hay mucha cosa que ver, ja, ja, ja... Y mucho qué hacer. Usté se va allá, a un bodegón, adonde están bailando, cantando... y tirando el lente, siempre, ah, ja, ja, ja... (risas generales)

Gregorio Manzur. *Guanacache, las tierras de la sed.*
Mendoza, Fundación Marañón, 2007

El sábado se realizan bautismos y casamientos y en la noche, en la plazuela que se extiende frente a la Capilla, se clavan postes (quizás pueda verse también en ellos una relación, aunque des-

vaída, con los “arcos” de otras celebraciones populares) en los que arderán los fuegos artificiales que serán acompañados por entusiasmados “Vivas” a la Virgen por parte de la concurrencia.

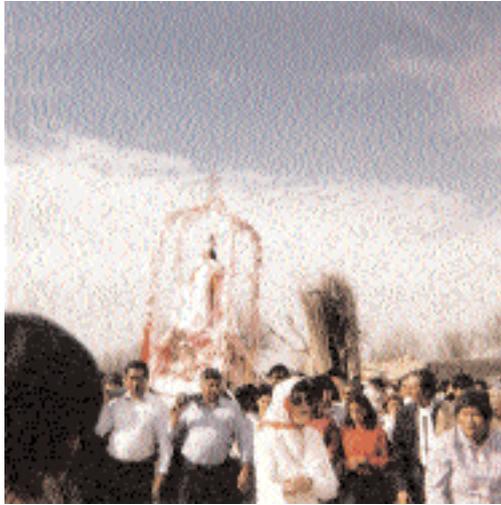


Imagen de “La Patrona”

“Richard, el tirabombas”

“La familia Leal es encargada desde hace años de la pirotecnia de la fiesta. Un trabajo lleno de secretos que tiene su premio en el aplauso y el asombro de la gente.

‘Esto lo empezó mi abuelo Fermín Leal hace 91 años, siguió mi padre Lindor y ahora estamos mi hermano Mario y yo, Richard Leal, Nunca nadie se quemó ni un dedo. Lo que hacemos es artesanal, es la herencia de mi padre, él nos enseñó los secretos de la pirotecnia, que son muchos. No gano mucho, pero vivo bien y no dejo esto por nada. Mis hijos ya están queriendo aprender’.

Ulises Naranjo. “La plegaria del polvo”.

El domingo se realiza la procesión de las imágenes que han sido adornadas el día anterior con flores y cintas de papel por las familias que han merecido el honor ese año. El cortejo lleva la pequeña imagen de “La Patrona” y tam-

bién otra estatuilla, de la misma Virgen pero de tamaño menor, llamada “La Capataza”. Resulta de sumo interés sociológico la presencia en la procesión de un pequeño San Roque vestido de gaucho que la imaginación popular ha

identificado con Santos Guayama. La historia de la imagen es curiosa: varias veces la autoridad eclesiástica intentó reemplazarla por

otra, más acorde con el aspecto auténtico del santo y siempre manos anónimas la restituyeron a la Capilla.



Imagen de la Virgen del Rosario

“[...] El día domingo culminaron las fiestas religiosas. Hubo misa por la mañana y al atardecer una lucida procesión que encabezó, llevada en andas por los vecinos más caracterizados, la imagen pequeña de la Virgen del Rosario, a cuyo lado caminaba el cura. Esta procesión se inició en la parte noroeste de la Capilla, dobló al oeste, parando entre ésta y el camposanto, siguió al sur, torció al naciente y retornó hasta junto al atrio de la Capilla. Realmente era impresionante. Jóvenes comedidos corrían cada tanto con movibles arcos de palmas para que pasara por debajo la procesión y, pasada ésta, volvían a correrla con rapidez para el mismo objeto. Llegada a su destino la procesión, el cura en una adecuada exposición rectora se dirigió a los asistentes. Exaltó las virtudes, milagros y protecciones de la Virgen y exhortó piadosamente a dar apoyo al catolicismo y a la patria [...] Ya venida la noche se prendieron fuegos artificiales y mucho gozó la concurrencia al contemplar lo novedoso del chisperío, las ruedas ardientes en su girar llameante y el tremendo retumbar de las bombas de estruendo... [...]”.

Juan Draghi Lucero. *La cabra de plata*.
Buenos Aires, Castañeda, 1978, p. 187 ss

Paralela a la fiesta religiosa se celebra la otra, la del “Bordo Negro”.

El “Bordo Negro” está a unos quinientos metros de la capilla. Sobre el origen de su nombre se han tramado múltiples relatos: al-

gunos dicen que el calificativo “negro” es por el color de la tierra; otros explican que es la antítesis del blanco de la Capilla de paredes encaladas y, por extensión de sentido, a la idea de “inmaculada” que se asocia a la Virgen.

Ésta es la festividad textualizada por Draghi: la fiesta es observada por alguien “ajeno” al entorno tradicional, que rechaza incluso el aspecto “paganos” de la fiesta, lo que tiene de “orgía”:

“Dos noches antes de la festividad religiosa, ardía el Bordo Negro con fogatas donde se doraban asados. A la luz de faroles bailaban parejas mozas al son de guitarras y acordeones [...] Con el pretexto de la festividad de la Virgen del Rosario, caían hombres y mujeres que, si bien acudían a misa de día, de noche se entregaban a todas las licencias. En borracheras y bailes varias parejas se apartaban a la oscuridad, para volver al rato a seguir las zambas, cuecas y valsas”.

Juan Draghi Lucero. *La cabra de plata*.
Buenos Aires, Castañeda, 1978, p. 188

Si bien las cosas han variado algo desde el momento en que Draghi Lucero nos describe la fiesta. Igualmente en el “Bordo Negro” continúan levantándose bodegones y quioscos alineados a lo largo de una polvorienta calle. Son enramadas y carpas con una arquitectura común, que no superan los 2,50 metros de alto y los 5 de frente. En el interior, mesas y sillas rústicas, piso de tierra, un mostrador y una guitarra colgada como anticipo de algarabía y festejo.

Cada cantinero o quiosquero

tiene su territorio. Va con su familia o amigos al mismo lugar cada año; algunos son de Costa de Araujo, otros de Guaymallén o Las Heras... Toda la comida se prepara artesanalmente, aunque no ya en hornos de barro. Para refrescar las bebidas se hace un pozo en el suelo y se le agrega hielo.

Los preparativos en el “Bordo Negro” comienzan el jueves. El viernes al mediodía ya están levantados bodegones y quioscos, y desde el atardecer comienzan a llenarse de hombres que recorren

kilómetros y kilómetros para estar todos los años, en el mes de octubre, honrando a la Patrona. Allí correrá el vino y la cerveza, y la música de guitarra y acordeones

propiciará cuecas y gatos y cogollos; en las mesas los asistentes buscarán la mejor suerte del truco y circularán los manjares criollos...

“Bordo Negro, fenómeno del desierto”

“En el ‘Bordo Negro’ a unos quinientos metros de la capilla está la fiesta que pocos ven [...] La fiesta que sólo viven esos hombres curtidos que todos los días doman los arenales.

Dentro de ese espacio de las Lagunas –la capilla y el ‘Bordo Negro’- que escuda el infinito misterio de la vida y la muerte, anualmente se mueven hombres, mujeres y niños que expresan en silencio el sentimiento impotente de pretender detener el tiempo.

Aunque no lo digan a viva voz o lo reclamen desde tribunas de expresión, todos quieren regresar a ese pasado de espejos de agua que se quebraron porque el río lentamente se escapó hacia donde nadie lo ha encontrado. Esa postal de esperanzas, de futuro, en los bodegones de carpa y enramadas del ‘Bordo Negro’ nace y crece durante la noche, junto a los festejos que todos conocen pero pocos comentan”.

Diario *Los Andes*, 4 de octubre de 1992

Antiguamente se podía visitar –al decir de Juan Isidro Maza- el denominado “Algarrobo de la justicia y de los suplicios”; en efecto, muy próximo a la capilla “aún existe el viejo algarrobo [...] y también el antiguo cepo que sirvió para asegurar a los forajidos, como también existe la gruesa rama donde colgaban a quienes merecían la pena de muerte” (*Toponimia, tradiciones y leyendas men-*

docinas. Buenos Aires, Fundación Banco de Boston, 1990, p. 123).

Ciertamente tanto éste como tantos otros testimonios de la historia comarcana han sucumbido al paso del tiempo. Sin embargo, su recuerdo aún subsiste, y en cualquiera de los muchos algarrobos que aún perduran, podemos ver vestigios de un tiempo ido, centinelas que guardan presencias milenarias...



Se terminó de imprimir
el 28 de diciembre de 2010,
en los Talleres Gráficos de
Inca Editorial
Cooperativa de Trabajo Ltda.
Federico Moreno 2164/2188
Telefax 0261 4259161- 4290409
(5500) Mendoza - República Argentina
e-mail: incasterio@incaeditorial.com
www.incaeditorial.com

